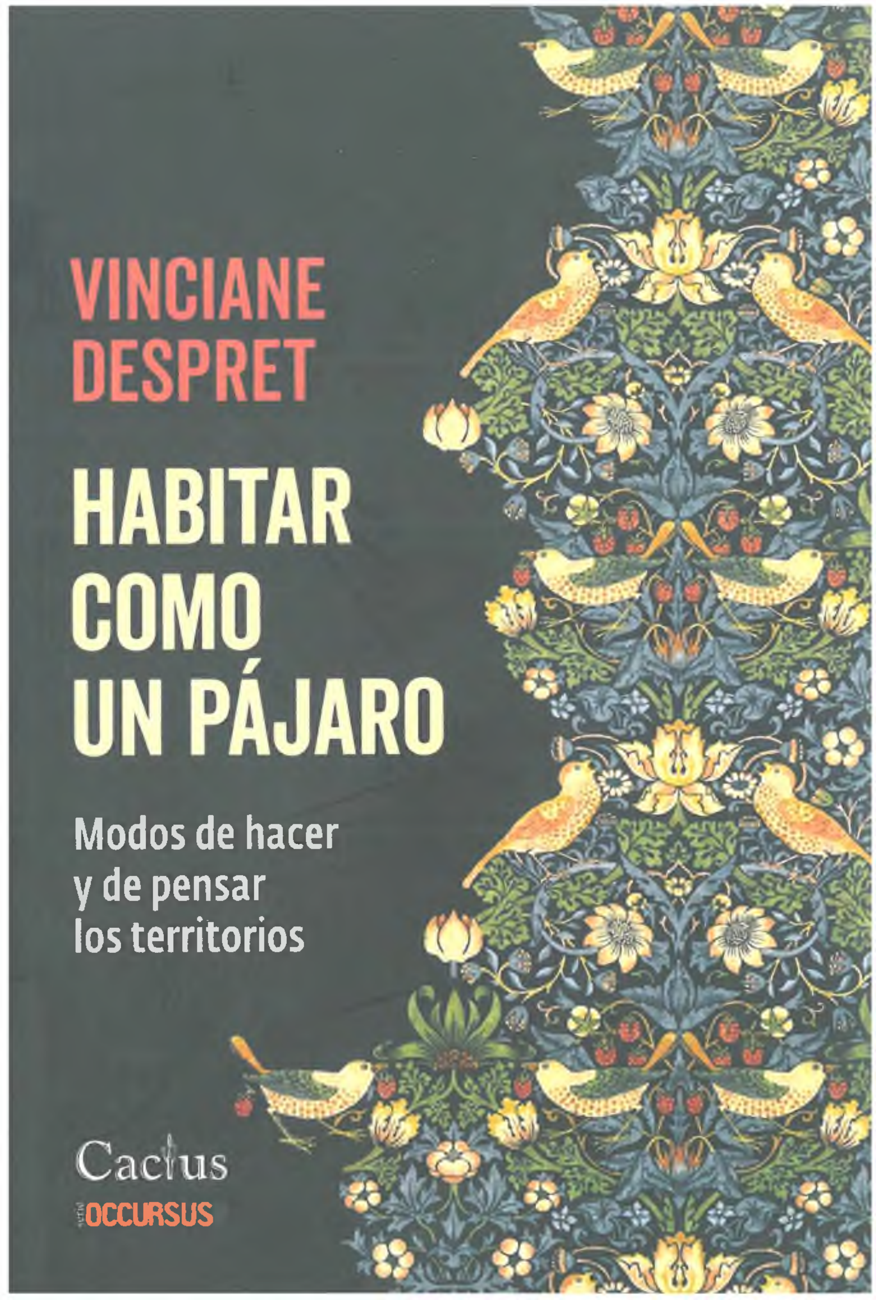

VINCIANE
DESPRET
HABITAR
COMO
UN PÁJARO
Modos de hacer
y de pensar
los territorios
Cactus
OCCURSUS


Vinciane Despret
HABITAR COMO UN PÁJARO
Modos de hacer
y de pensar los territorios

Despret, Vinciane
Habitar como un pájaro: modos de hacer y de pensar los territorios / Vinciane Despret - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2022.
176 p.; 22 x 15 cm - (Occursus / 43)

Traducción de: Sebastián Puente
ISBN 978-987-3831-66-9

1. Ensayo Filosófico. 2. Filosofía de la Ciencia. 3. Epistemología. I. Puente, Sebastián, trad. II. Título.
CDD 121

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien de l'Institut Français d'Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Institut Français d'Argentine

Título original: *Habiter en Oiseau*
Autor: Vinciane Despret
Edición original © Actes Sud, 2019

Traducción: Sebastián Puente
En la portada: William Morris, *Strawberry thief* (1883)
Diagramación: M.Ä.
Impresión: Talleres Gráficos Elías Porter y Cía. SRL

ISBN: 978-987-3831-66-9

IMPRESO EN LA ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

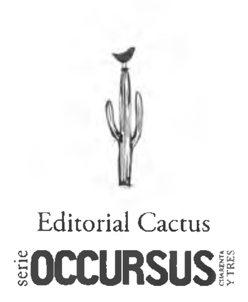
: www.editorialcactus.com.ar
: info@editorialcactus.com.ar

Vinciane Despret

HABITAR COMO UN PÁJARO

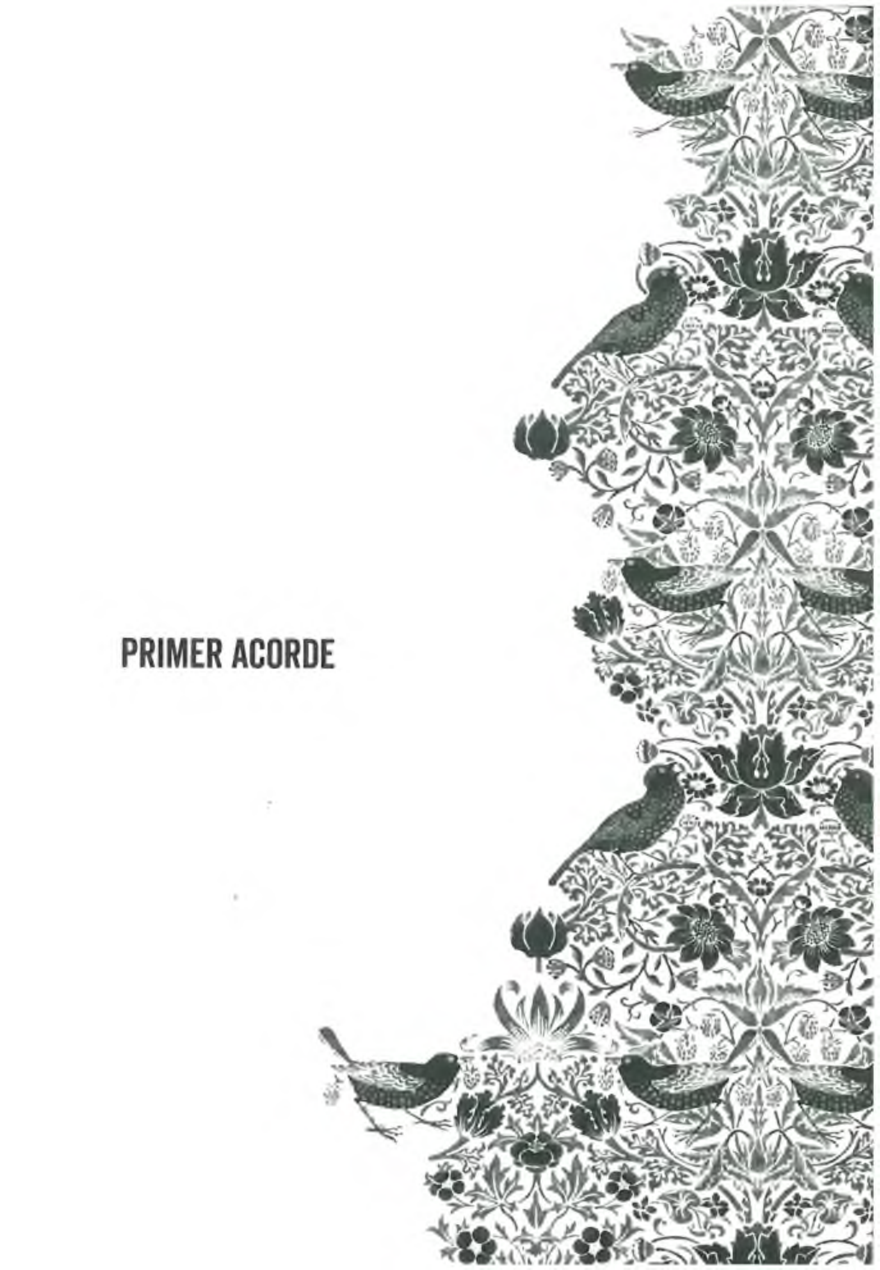
Modos de hacer y de pensar los territorios

Traducción de **Sebastián Puente**



A Donna Haraway, Bruno Latour e Isabelle Stengers. 

ÍNDICE



PRIMER ACORDE

CONTRAPUNTO

Hay muchas cosas entre el cielo y la tierra (es, en efecto, el lugar de los pájaros) que nuestra filosofía no explica con facilidad.

—ÉTIENNE SOURIAU[1]

Primero fue un mirlo. La ventana de mi habitación había quedado abierta por primera vez en meses, como un signo de victoria sobre el invierno. Su canto me despertó al alba. Cantaba con el corazón, con todas sus fuerzas, con todo su talento de mirlo. Otro le contestó un poco más lejos, seguramente desde alguna chimenea cercana. No pude volver a dormir. Ese mirlo cantaba con *el entusiasmo de su cuerpo* –diría el filósofo Étienne Souriau–, como pueden hacerlo los animales totalmente absorbidos por el juego y por las simulaciones del hacer de cuenta[2]. Pero no fue ese entusiasmo lo que me mantuvo despierta, ni lo que un biólogo gruñón podría haber llamado un éxito estridente de la evolución. Fue su atención sostenida en hacer variar cada serie de notas. Desde el segundo o el tercer llamado, me atrapó lo que se convirtió en una novela audiofónica cuyos episodios melódicos yo pedía con un "¿y qué mas?" mudo. Cada secuencia difería de la precedente, cada una se inventaba bajo la forma de un contrapunto inédito.

A partir de ese día, mi ventana quedó abierta todas las noches. Reanudé cada uno de los insomnios que siguieron a esa primera mañana con la misma alegría, la

[1] Étienne Souriau, *Le Sens artistique des animaux*, Hachette, 1965, p. 92.

[2] *Ibid.*, p. 34.

misma sorpresa, la misma expectativa que me impedía recuperar (o incluso querer recuperar) el sueño. El pájaro cantaba. Al mismo tiempo, el canto nunca me había parecido tan cercano al habla: son frases, uno puede reconocerlas, además tocan mi oído exactamente adonde llegan las palabras del lenguaje. Por otro lado, el canto nunca había estado tan lejos del habla, en ese esfuerzo sostenido por una exigencia de no repetición. Es habla, pero en tensión de belleza y en la cual cada término importa. El silencio contenía la respiración, lo sentí temblar para concertarse con el canto. Tuve el sentimiento más intenso, más evidente, de que la suerte de la Tierra, o quizás la existencia de la belleza misma, en ese momento descansaba sobre los hombros de ese mirlo.

Étienne Souriau hablaba de entusiasmo del cuerpo. El compositor Bernard Fort me contó que, en referencia a la alondra común, algunos ornitólogos mencionan la exaltación[3]. Para aquel mirlo, debería imponerse el término "importancia". Algo importa, más que cualquier otra cosa, no importa nada más que el hecho de cantar. La importancia se había inventado en el canto de un mirlo, lo atravesaba, lo transportaba, lo enviaba a lo más lejano, a otros, al otro mirlo de allá, a mi cuerpo tensado para escucharlo, a los confines donde lo llevaba su potencia. Y seguramente, el sentimiento de un silencio total que yo había tenido, indudablemente imposible en el medio urbanizado sobre el que se abre mi ventana, daba testimonio de que esa importancia me había atrapado tanto que había borrado todo lo que no era ese canto. El canto me había dado el silencio. Lo importante me había tocado.

Pero también puede ser que ese canto me haya tocado tanto solamente porque había leído hacía poco el *Manifiesto de las especies de compañía* de Donna Haraway[4]. En ese hermoso libro, la filósofa menciona las relaciones que forjó con Cayenne, su perra. Cuenta cómo esas relaciones afectaron profundamente su manera de vincularse con otros seres, o más precisamente, con "otros-seres-que-cuentan", cómo pudo aprender a volverse más presente en el mundo, más dispuesta a la escucha, más curiosa, y cómo espera que las historias que vive con Cayenne puedan provocar un apetito por nuevos compromisos con otros seres que lleguen a contar. Lo que *hace* el libro de Haraway, y yo descubrí su eficacia en esta experiencia, es suscitar, inducir,

[3] Por otra parte, en el disco *Le Miroir des oiseaux* (Groupe de Musiques vivantes de Lyon, distribuido por Chiff-Chaff), Bernard Fort titulará "Exaltación" a una de sus composiciones electroacústicas en torno al canto de la alondra común.

[4] Donna Haraway, *Manifeste des espèces compagnes*, Flammarion, 2019.

hacer existir, volver deseables otros modos de atención[5]. E invitar a prestar atención a esos modos de atención. No volverse más sensibles (una bolsa de gatos demasiado cómoda y que puede además provocar alergias), sino aprender a volverse capaces de *conceder* atención. Aquí *conceder* asume el doble sentido de "prestar atención a" y de reconocer la manera en que otros seres son portadores de atenciones. Es otra manera de declarar importancias.

El etnólogo Daniel Fabre acostumbraba decir que su oficio consistía en interesarse en lo que le quita el sueño a la gente. El antropólogo Eduardo Viveiros de Castro propone una definición de la antropología muy cercana: dice que es el estudio de las variaciones de importancia. Escribe en otra parte que "si hay algo que le corresponde por derecho a la antropología, no es la tarea de explicar el mundo del otro, sino más bien la de multiplicar nuestro mundo"[6]. Creo que algunos de los etólogos que observan y estudian animales, de la misma manera en que se lo habían tomado a pecho los naturalistas anteriores a ellos, nos proponen un proyecto semejante: dar cuenta, multiplicar las *maneras de ser*, es decir "las maneras de experimentar, de sentir, de darle sentido e importancia a las cosas"[7]. Cuando el etólogo Marc Bekoff dice que cada animal es una manera de conocer el mundo, dice lo mismo. Por supuesto que los científicos no pueden prescindir de las explicaciones. Pero explicar puede asumir formas muy diversas. Puede ser recomponer historias complicadas como otras tantas aventuras de la vida que se obstina y que experimenta todos los posibles, puede ser

[5] Baptiste Morizot, que aborda el rastreo como un arte y una cultura de la atención capaces de volver a poner en juego las maneras en que cohabitamos con otros no humanos, nos invita explícitamente a un proyecto similar. *Sur la piste animale*, Actes Sud, col. "Mondes sauvages", 2018.

[6] Eduardo Viveiros de Castro, *Métaphysiques cannibales, Lignes d'anthropologie post-structurale*, PUF , 2009, p. 169.

[7] Didier Debaise, *L'Appât des possibles. Reprise de Whitehead*, Les Presses du réel, 2015. La cuestión especulativa que atraviesa su obra, "darle su importancia plena a la multiplicidad de las maneras de ser en la naturaleza", se funda sobre el diagnóstico de la influencia siempre presente de lo que Whitehead llamó "bifurcación de la naturaleza", cuyos efectos se hacen sentir particularmente en la negación de las formas plurales de existencia en la naturaleza. La "bifurcación de la naturaleza", que determina nuestra experiencia moderna del mundo, designa un tipo de comprensión para la cual nuestra experiencia solo revela lo que es aparente, mientras que los elementos pertinentes en el proceso de conocimiento están siempre ocultos y deben encontrarse en otra parte. Por esta razón, la naturaleza resulta dividida en dos órdenes distintos.

intentar elucidar el enigma de los problemas a los que responden las soluciones que han inventado tales o cuales animales, pero también puede consistir en pretender encontrar una teoría general todoterreno a la cual obedecerían todos. Resumiendo, hay explicaciones que multiplican los mundos y honran la emergencia de una infinidad de maneras de ser, otras que las disciplinan y les recuerdan algunos principios elementales.

El mirlo había comenzado a cantar. Algo le importaba, y en ese momento no existía nada más que el deber imperioso de hacer escuchar. ¿Saludaba el fin del invierno? ¿Cantaba su alegría de existir, de sentir que revivía? ¿Le dirigía una alabanza al cosmos? Seguramente los científicos no podrían enunciarlo de esta manera. Pero podrían afirmar que todas las fuerzas cósmicas de una primavera naciente le ofrecieron al mirlo las primeras condiciones de su metamorfosis[8]. Pues, efectivamente, se trata de una metamorfosis. Ese mirlo, que probablemente había vivido un invierno bastante apacible aunque hubiera sido difícil, marcado por algunos momentos de indignación apática respecto de sus congéneres, intentando permanecer discreto y llevar una vida sin inconvenientes, ahora canta a viva voz, posado en lo más alto y lo más visible que pudo encontrar. Y todo lo que el mirlo pudo experimentar, sentir en esos últimos meses, todo lo que hasta ese momento le daba sentido a las cosas y a los otros, se acomoda ahora a una importancia totalmente distinta, imperiosa, demandante, que modificará completamente su manera de ser: devino territorial.

[8] En Louis Bounoure encontraremos en múltiples ocasiones la expresión "factores cósmicos" para designar particularmente la prolongación del período de luminosidad y la modificación de las temperaturas. *L'Instinct sexuel. Étude de psychologie animale*, PUF, 1956.

Capítulo 1
Territorios

Unicum arbustum haud alit
Duos erithacos
(Un árbol no cobija dos petirrojos)

Proverbio de Zenódoto de Éfeso
(filósofo griego, siglo III AC)

Esa metamorfosis en marcha es lo que verdaderamente ha intrigado a los científicos. No solamente intrigado: impresionado. ¿Cómo algunos pájaros que hemos visto que viven tranquilamente juntos durante el invierno, que vuelan de concierto, que buscan alimento juntos, que pelean a veces por lo que parecen ser nimiedades sin consecuencias, pueden cambiar completamente de actitud en un momento determinado? Se aíslan, eligen un lugar y se acuartelan, cantan sin cesar desde alguno de esos promontorios. Parece que ya no soportan la presencia de sus congéneres y se entregan frenéticamente a todas las extravagancias de amenazas y de ataques si alguno pasa una línea, invisible a nuestros ojos, pero que parece dibujar una frontera con una precisión notable. La excentricidad de su comportamiento sorprende, pero todavía más la agresividad, determinación y combatividad de sus reacciones ante los demás, y sobre todo lo que más tarde llamaremos el "lujo" increíble de los cantos y las posturas –colores, danzas, vuelos, movimientos de lo más extravagantes, todo es espectacular, todo es un recurso para la espectacularización–. Y la redundancia, igualmente sorprendente, de

las rutinas de instalación. En 1920, Henry Eliot Howard describe así el devenir territorial de un escribano palustre macho al que observa de cerca, en la campaña inglesa de la región de Worcestershire. El pájaro se establece en los pantanos, en un lugar arbolado con pequeños alisos y sauces. Cualquier árbol podría servir para encaramarse y vigilar los alrededores, pero el escribano elegirá uno solo, que de cierta forma se volverá el punto más importante en relación con el espacio ocupado, su "cuartel general" dirá Howard, el sitio desde el cual advertirá de su presencia con su canto, vigilará los movimientos de sus vecinos y partirá en busca de alimento. Uno podrá observar el emplazamiento de una auténtica rutina a partir de lo que deviene el centro del territorio: el pájaro sale del árbol, va a posarse en un arbusto más lejos, luego sobre un junco todavía un poco más lejos, después vuelve al árbol. Repetirá esos trayectos en todas las direcciones con una regularidad notable. La redundancia de los trayectos dibuja el territorio y fija progresivamente su límites.

Otras descripciones son posibles. No tardarán en llegar, pues Howard realmente le dio vuelo a toda una corriente de investigaciones. Todos los científicos que han trabajado en ese dominio lo reconocen como el auténtico fundador. Su libro, *Territory in Bird Life*, publicado en 1920, no solamente brinda las descripciones más minuciosas, sino que propone una teoría coherente que permite dar cuenta de esas observaciones: los pájaros se aseguran un territorio que les permita aparearse, construir el nido, proteger a las crías y encontrar suficiente alimento para la nidada.

Aclararé, por un lado, que Howard no era un científico profesional, sino un naturalista apasionado por la observación de pájaros, a los cuales les dedicaba las primeras horas de cada uno de sus días antes de ir al trabajo. Pero los científicos van a tomar la posta y a reconocerlo como verdadero pionero de ese nuevo campo de investigaciones. El territorio, tal como lo concibe Howard, puede volverse un buen objeto científico: se vuelve susceptible de ser explicado desde las "funciones" que cumple respecto de la supervivencia de la especie. Es más, para marcar la entrada del objeto en el dominio de la ciencia, los ornitólogos hablarán de un período "preterritorial", que designa

el campo de las tentativas teóricas anteriores a Howard. Por otro lado, aclaremos también que, de hecho, Howard no es el primero que asoció el comportamiento territorial con las funciones que puede asegurar y las exigencias de la reproducción. Otros dos autores ya lo habían hecho: por un lado, el zoólogo alemán Bernard Altum, que había desarrollado en detalle una teoría del territorio en 1868, pero en un libro que se traducirá mucho más tarde; por otro lado, Charles Moffat, otro aficionado, un periodista enamorado de la historia natural, cuyos trabajos, publicados en 1903 en una ignota revista irlandesa (*Irish Naturalists' Journal*), permanecerán ignorados por los científicos. Si Howard es reconocido como auténtico pionero de las investigaciones, es ante todo porque fue el primer autor *leído* por los ornitólogos ingleses y americanos que aportó una teoría detallada y unificada, allí donde reinaba un montón de retazos de hipótesis[1]. Además, estuvo en el origen de la difusión rápida de un método nuevo: la historia de vida de pájaros individuales. Es importante: no se trata solamente de historias, sino también de "vidas" de pájaros –no olvidemos que, hasta esa época, muchos ornitólogos y aficionados estudiaban a los pájaros principalmente matándolos o sacándoles sus huevos para armar colecciones o elaborar categorías–.

Aquello que los científicos llaman el "período preterritorial" de la teoría del territorio designa entonces el hecho de que las observaciones estaban relativamente fragmentadas y carecían de una elaboración teórica real. Por ejemplo, el proverbio de Zenódoto que cité como epígrafe será retomado posteriormente con la hipótesis de que los petirrojos aman la soledad. Antes que él, Aristóteles había observado en su *Historia animalium* que los animales, en este caso las águilas, defienden el espacio que les permite asegurarse el alimento. Señalaba también que en algunos lugares donde el alimento resulta escaso, uno encuentra una sola pareja de cuervos.

Para otros, el territorio estaría ligado ante todo a la rivalidad de los machos por las hembras. O bien el espacio defendido le permitiría al

[1] Por ejemplo, es la hipótesis de Ernst Mayr, "Bernard Altum and the territory theory", *Proceedings of the Linnaean Society*, 45-46, 1935, pp. 24-30.

macho garantizarse la exclusividad de la hembra que se instala en él, y sería entonces un problema de celos; o bien le ofrecería un sitio de "promoción" a partir del cual cantar y exhibirse con el fin de atraer una eventual compañera. Esta será una de las hipótesis de Moffat. En este caso, el territorio no cuenta tanto como espacio, sino como un conjunto comportamental.

La hipótesis del amor a la soledad del petirrojo, como es de suponerse, no obtendrá el salvoconducto que permite figurar en los escritos científicos. En cambio, aquella según la cual el territorio le permite al pájaro asegurarse la exclusividad de los recursos necesarios para su subsistencia, será considerada durante mucho tiempo como pertinente y contará con la preferencia de muchos ornitólogos. Por su parte, la tesis según la cual el territorio está ligado a un problema de competencia por las hembras dominó un largo tiempo la escena preterritorial (fue favorecida particularmente por Darwin). Por más controvertida que sea, no será abandonada y volverá a aparecer con frecuencia en los escritos de los científicos bajo una forma u otra –seguramente favorecida por la atracción que sienten algunos por los bellos dramas que ofrece la competencia, y por otros (a veces los mismos) que no logran deshacerse de la idea de que las hembras son recursos para los machos–. Sin embargo, Howard discutió fuertemente esta hipótesis de la competencia por la hembras porque no podía conciliarse con algunas de sus observaciones. Escribe, además, que solo pudo sostenerse mientras se pensaba que los conflictos eran un asunto únicamente de los machos. Ahora bien, en ciertas especies –dice– las hembras luchan con las hembras, las parejas con las parejas, o a veces una pareja puede incluso atacar a un macho o una hembra solitarios. ¿Y cómo comprender que en las especies que se desplazan para llegar a los lugares de reproducción, los machos a veces llegan mucho antes que las hembras y comienzan inmediatamente las hostilidades? A pesar de todo, el comportamiento territorial sigue siendo un asunto de machos: si las hembras se comportaran de la misma manera y se aislaran –dice Howard– ¡nunca se encontrarían!

La idea de que los pájaros pueden establecer lugares de residencia cuya exclusividad protegerían, no tiene, por lo tanto, nada de nue-

va. Dan testimonio de ello Aristóteles, Zenódoto, y algunos otros posteriores. No obstante, el término "territorio" no se menciona. En lo que respecta a los pájaros, aparecerá recién en el siglo XVII. En la cronología que le consagra a la noción en 1941, la ornitóloga estadounidense Margaret Morse Nice señala que su primera aparición se puede encontrar en un libro en inglés publicado en 1678, *The Ornithology of Francis Willughby* de John Ray (1627-1705) –de hecho, como lo indica su título, el libro de Ray retoma los trabajos de su amigo Francis Willughby (1635-1672)–. A propósito del ruiseñor común, Ray cita a otro autor, Giovanni di Pietro Olina, quien en 1622 publica en Roma un tratado de ornitología, *Uccelliera, ovvero, Discorso della natura, e proprietà di diversi uccelli*. Este tratado resulta ser un libro sobre las diferentes maneras de atrapar y cuidar a los pájaros con el fin de constituir pajarerías: "Olina escribió que lo propio de este pájaro es ocupar o apoderarse, desde que llega, de un lugar que considera como su *propiedad*, donde no tolera a ningún ruiseñor que no sea su cónyuge". Ray menciona también, siempre siguiendo a Olina, que "una característica del ruiseñor es que no puede soportar un compañero en el lugar donde vive y atacará con todas sus fuerzas al que contraríe sus reivindicaciones"[2]. Pero según los ornitólogos Tim Birkhead y Sophie Van Balen[3], Antonio Valli da Todi habría precedido a Olina en 1601, con un libro sobre el canto de los pájaros, e incluso se puede pensar que este último copió a su predecesor, si se tiene en cuenta la similitud de las observaciones: el ruiseñor "elige una propiedad en la cual no quiere que entre ningún otro ruiseñor que no sea su hembra, y si otros

[2] Para esta historia, remito a Margaret Morse Nice, "The role of territory in bird life", *The American Midland Naturalist*, vol. 26, 3, 1941, pp. 441-487; así como a David Lack, "Early references to territory in bird life", *Condor*, vol. 46, 1944, pp. 108-111.

[3] Tim Birkhead y Sophie Van Balen, "Bird-keeping and the development of ornithological science", *Archives of Natural History*, vol. 35, 2, 2008, pp. 281-305, p. 286. Y ya que tratamos con temas de apropiación, agregaría que el trabajo de estos dos autores consiste en remover esa forma de amnesia muy característica de los ornitólogos científicos respecto de los saberes de los aficionados a los pájaros, saberes que sin embargo utilizan mucho sin reconocerlo.

ruiseñores llegan a entrar, se pone a cantar en el centro de ese sitio". Valli da Todi estimará el tamaño de ese territorio observando que su radio corresponde a un largo tiro de piedra. Señalemos, de paso, que el propio Valli da Todi podría haber tomado una buena parte de sus informaciones de una obra de Manzini publicada en 1575. Pero este último no menciona la cuestión del territorio.

Podríamos preguntarnos por una coincidencia: el término "territorio", con una connotación muy marcada de "propiedad exclusiva de la que uno se apodera", aparece en la literatura ornitológica en el siglo XVII, es decir en el momento en que, según Philippe Descola y numerosos historiadores del derecho, los Modernos resumen el uso de la tierra mediante un solo concepto, el de apropiación[4]. Descola resalta que esta concepción adquirió la fuerza de una evidencia tal que hoy en día es difícil desprenderse de ella. Dicho brevemente, esta noción se desarrolló a partir de Grocio y del derecho natural[5], aunque hunde sus raíces en la teología del siglo XVI. Redefine el derecho de propiedad como un derecho individual y se apoya, al mismo tiempo, sobre la idea de un contrato que redefine a los humanos como individuos y no como seres sociales (la "propiedad" del derecho romano resultaba de un reparto y no del acto individual, un reparto sancionado por la ley, las costumbres y los tribunales), sobre nuevas técnicas de valorización de la tierra, que exigen que esté delimitada y que su posesión esté garantizada, y sobre una teoría filosófica del sujeto, la del individualismo posesivo que reconfigura la sociedad política como un dispositivo de protección de la propiedad de los individuos. Conocemos las consecuencias dramáticas de esta nueva concepción de la propiedad, qué favoreció y qué destruyó. Conocemos la historia

[4] Curso en el Collège de France del 2 de marzo de 2016. Sobre esto, ver también Sarah Vanuxem, *La Propriété de la terre*, Wildproject, 2018.

[5] Como recuerda Philippe Descola, para el jurista Grocio (1583-1645) la apropiación individual y colectiva solo es posible porque habría existido un derecho primordial durante el período presocial ficticio que llama "estado de naturaleza". Este derecho "natural" le garantizó a cada ser humano el libre acceso a todo: "cada uno podía tomar lo que quería para utilizarlo, y nadie podía quitárselo sin injusticia".

de los *enclosures*, la expulsión de las comunidades campesinas de las tierras cuyo disfrute les correspondía consuetudinariamente y la prohibición de sacar de los bosques los recursos esenciales para su vida. Con esta nueva concepción de la propiedad, se asiste a la erradicación de lo que hoy en día se llaman los *commons*, que eran objeto de usos colectivos, coordinados y autoorganizados de los recursos comunes, como canales de riego, pasturas comunes, bosques[6]... Escribe Polanyi que en Inglaterra, "en 1600, la mitad de las tierras arables del Reino eran todavía de disfrute colectivo, en 1750 no quedaban más de un cuarto, y en 1840 casi ninguna"[7]. De las múltiples maneras de habitar y repartir los usos de la tierra que se habían inventado y cultivado durante siglos, no quedarán más que derechos de propiedad, a veces limitados, desde luego, pero siempre definidos como derechos exclusivos de usar, e incluso de abusar.

De todos modos, volviendo a los pájaros, a los ruiseñores y a los petirrojos, no estoy segura de que la coincidencia de época nos enseñe gran cosa. Sería apurarse demasiado. Por ejemplo, sería pasar por alto el hecho de que el término no aparece en cualquier parte en referencia a los animales, sino en la descripción de prácticas para conservar pájaros en pajareras, prácticas de apropiación efectivamente, prácticas de enjaulado y de encierro, pero prácticas que tienen igualmente el objetivo de desterritorializar a los pájaros para hacerlos vivir "con nosotros", en lo que son "nuestros" territorios. Entonces, si quisiera comenzar por esa coincidencia para contar historias sobre el territorio, ¿no debería mencionar también que la pajarería tiene su origen en la voluntad de proteger a las cosechas de los pájaros? ¿Precisar que, por eso, estuvo ligada a las artes de la caza y a la cetrería, y que estas artes

[6] Sobre este tema, ver principalmente a Sarah Vanuxem, que busca en los recursos de la historia del derecho la posibilidad de torcer la concepción moderna de la propiedad. En la perspectiva de repoblar la imaginación, de pensar la posibilidad de una reapropiación de los *commons*, ver también el hermoso artículo de Serge Gutwirth e Isabelle Stengers, "Le droit à l'épreuve de la résurgence des commons", *Revue juridique de l'environnement*, vol. 41, 2, 2016, pp. 306-343.

[7] Citado por Serge Gutwirth e Isabelle Stengers, *op. cit.*, p. 312.

exigían astucia y un conocimiento íntimo de sus hábitos? Así, en el siglo XIV se cazaban faisanes con espejos, partiendo de la observación de que "un macho no puede soportar la presencia de otro" y buscará pelea inmediatamente. Se ataba un espejo a un cordel, y el faisán, creyendo ver en su reflejo a uno de sus semejantes, atacaba el espejo, lo golpeaba y hacía caer una jaula en la que quedaba apresado. Pero si tuviera que contar esta historia, debería interesarme también por el hecho de que, justamente en el siglo XVII, la pajarería se separa de la cetrería y los pájaros serán capturados en grandes cantidades no solamente para matarlos, sino por el placer de vivir con ellos y de escuchar sus cantos[8]. Este entusiasmo sin precedentes por las pajareras, va a orientarse particularmente hacia los pájaros cantores, es decir, en su mayoría, a pájaros territoriales. Lo cual motivará la redacción de numerosos tratados consagrados a sus modales, sus costumbres, las maneras de capturarlos y de mantenerlos con vida. Y seguramente necesitaría muchas otras historias para complicar esa coincidencia, para tejer otros lazos que vinculen esos dos acontecimientos, para poblar un mundo que conozco mal, pero del cual soy heredera, y particularmente en esta investigación. Pero si no puedo hacerlo, y tengo que dejar esta coincidencia como una pregunta abierta, puedo atesorar con mucho cuidado el hecho de que ella me indica que debo estar atenta: el "territorio" es un término que no tiene nada de inocente, y no debo olvidar las violencias apropiativas y las destrucciones que configuraron algunas de sus significaciones actuales. Es un término que podría acarrear hábitos de pensamiento tan empobrecidos como resultaron,

[8] Elzéar Blaze, "Mœurs et usages de la vie privée: chasse, vénerie, fauconnerie, oisellerie", en Paul Lacroix y Ferdinand Seré (ed.), *Le Moyen Âge et la Renaissance. Histoire et description des mœurs et usages, du commerce et de l'industrie, des sciences, des arts, des littératures et des beaux-arts en Europe*, t. I, éditions Paris Administration, 1848, pp. i-xix. Hay que señalar que el autor aclara que ya en el siglo XV la pajarería era una profesión sometida a reglamentaciones y que tenía privilegios (en particular, el de poder colgar jaulas en las tiendas de París sin permiso de los locatarios, como así también el derecho exclusivo de los maestros pajareros para cazar y vender pájaros).

a partir del siglo XVII, los múltiples usos que habían caracterizado durante mucho tiempo el hecho de habitar y de repartir la tierra.

Desconfianza, entonces. Y curiosidad. Por supuesto que encontré algunas apariciones de términos por lo menos ambiguos, como que un macho "reivindique" un espacio, que se asegure una "posesión", o incluso que los colibríes defienden un "coto de caza". El hecho de que la agresividad en el comportamiento territorial sea tan manifiesta, y de que en apariencia esté tan determinada, ha suscitado asimismo un cierto tipo de atención, más aún en la medida en que los observadores, comprendiéndola dentro de los esquemas habituales de la competencia, han tendido a interpretarla de manera literal, insistiendo en su efecto aversivo. Las palabras que utilizan algunos ornitólogos para describir los comportamientos son elocuentes, e incluso bélicas o militares: conflictos, combates, retos, disputas, ataques, persecuciones, patrullas, defensa territorial, cuartel general (muy frecuente para indicar el centro del territorio desde donde canta el pájaro), pintura de guerra (para designar los colores de los pájaros territoriales)... Pero muy pronto, algunos ornitólogos discutirán estos usos terminológicos, no porque antropomorfizarían a los pájaros, sino porque invitan a privilegiar los comportamientos competitivos y agresivos practicados en la territorialización, ocultando otras dimensiones que les parecen cruciales.

Dejando esto a un lado, a lo largo de mi investigación descubriría que pocos ornitólogos transmiten una concepción en términos de "propiedad". La mayoría adhiere a la definición que propondrá el zoólogo estadounidense Gladwyn Kingsley Noble en 1939 –"el territorio es cualquier lugar defendido"– porque tiene el mérito de que es sobria y puede describir prácticamente todas las situaciones territoriales. Según las teorías, se le añadirán funciones: un sitio puede ser defendido para asegurar la subsistencia, para protegerse de las interferencias durante la reproducción, para permitir la "promoción" –término que designa las exhibiciones, los cortejos y los cantos–, para asegurarse la exclusividad de la hembra o para garantizar la estabilidad de un lugar de encuentro de un año al siguiente, y muchas otras funciones que abordaremos en el segundo capítulo. Muy rápidamente los ornitólogos se dieron cuenta de que no había *una* manera de hacer territorio, sino múltiples

formas de territorialización. Esta definición de "lugar activamente defendido" va a ser objeto de muchos matices, al ritmo de los descubrimientos y con la multiplicación de las maneras en que los pájaros se territorializan. Las fronteras van a mostrarse mucho más elásticas, negociables y porosas de lo que se habría imaginado en base a las primeras observaciones y –sorpresa– algunos investigadores van a llegar a la conclusión de que, en muchos pájaros, no tendrían solamente la función de proteger contra las intrusiones y de asegurar la exclusividad del uso de un sitio. Todo esto será el objeto de lo que sigue.

El territorio adquirirá, por lo tanto, otros sentidos que desbordan ampliamente la idea de que se trataría de una propiedad. Por otra parte, algunos ornitólogos se tomarán el trabajo de aclarar que lo que se dice de los pájaros en materia de territorio, no tiene el mismo sentido que lo que designan los humanos con ese término. Howard, por ejemplo, subrayará que el territorio es ante todo un proceso, o más bien una parte de un proceso implicado en el ciclo de la reproducción: "Considerado de este modo, nos evitamos el riesgo de concebir la acción de 'asegurarse un territorio' como un acontecimiento independiente en la vida del pájaro, y espero que así nos evitemos el riesgo de una concepción basada sobre la significación de la palabra cuando es utilizada para describir los procesos humanos en lugar de los procesos animales"[9]. Algunas páginas más adelante, agregará que lo que llama disposición a conservar un territorio se traduce como disposición a permanecer en un lugar particular en un momento particular. Incluso el padre de la etología, Konrad Lorenz, cuyo libro *Sobre la agresión. El pretendido mal* no está exento –todo lo contrario– de analogías realmente sospechosas y poco problematizadas, insistirá en distinguir el territorio de la propiedad: "no tenemos que representárnoslo como una propiedad territorial, limitada por fronteras geográficas fijas inscriptas en el catastro, por así decirlo"[10]. Agrega que además, en ciertas circunstancias y para ciertos animales, el territorio puede

[9] Henry Eliot Howard, *Territory in Bird Life*, Collins, 1948 (1920), p. 16.

[10] Konrad Lorenz, *L'Agression. Une histoire naturelle du mal*, trad. Vilma Fritsch, Flammarion, 1963, p. 44-45.

no estar tan ligado al espacio, sino al tiempo. Así, los gatos establecen lo que él llama "un horario de utilización": un mismo espacio no está dividido, sino repartido en el tiempo. Los gatos dejan marcas olorosas a intervalos regulares. Si un gato encuentra una de esas marcas, puede saber si es fresca o si tiene muchas horas. En el primer caso, cambia de itinerario, en el segundo sigue tranquilamente su camino. Lorenz dice que estas marcas "actúan como las señales del ferrocarril, que evitan de una manera análoga la colisión de dos trenes".

No obstante, esta prudencia de Lorenz frente a los malentendidos (prudencia relativa, de todos modos, pues en la misma página encontraremos la idea del territorio como "cuartel general") no está tan bien distribuida como nos haría pensar lo que precede. Hablé de los ornitólogos, pero no son los únicos que se interesan en los territorios de los animales. Ahí es donde, como se dice familiarmente, las cosas se ponen feas[11].

Así, en el inventario histórico que elaboró la ornitóloga Margaret Nice, encuentro una cita de Walter Heape, que a fines de la década de 1920, en un libro consagrado a la emigración, la inmigración y el nomadismo, escribe que "los derechos territoriales son derechos (*rights*) establecidos en el seno de la mayoría de las especies animales. No hay ninguna duda de que el deseo de adquirir un lugar territorial dado, la determinación a mantenerlo por medio del combate en caso de ser necesario, y el reconocimiento de derechos tanto individuales como tribales, son dominantes *en todos los animales*. De hecho, se puede

[11] Omitiré deliberadamente, en el cuerpo del texto, el libro de Robert Ardrey, *El imperativo territorial*, que busca en el mundo animal los orígenes instintivo de la propiedad y de las naciones (¡nada menos!). So pretexto de una invitación a la humildad (aceptemos nuestros orígenes animales y nuestros instintos, así todo andará mejor), se inflige al lector un retorno del derecho natural más conservador y patriarcal de nuestras organizaciones sociales. Para no perder el tiempo, nos bastará con dirigirle la crítica que hizo Engels a los darwinistas sociales a fines del siglo XIX, cuando denuncia lo que llama un "truco de prestidigitación": trasponen nuestros conceptos, nuestros usos y nuestras categorías de la sociedad a la naturaleza, luego las aplican de vuelta a la sociedad y esas categorías, organizaciones o usos, se vuelven leyes naturales.

sostener que el reconocimiento de los derechos territoriales, uno de los atributos más significativos de la civilización, no es solamente un hecho del hombre, sino que ha sido un factor inherente a la historia de la vida *de todos los animales*"[12]. ¿Debería aclarar que Heape es embriólogo y no ornitólogo? ¿Debo tomar en cuenta también lo que descubro buscando un poco, que se volvió famoso por haber logrado en 1890 la primera transferencia de embriones de un conejo de Angora al útero de una coneja doméstica, llamada liebre belga, inseminada tres horas antes por un congénere? ¿Importa esto? ¿Será que el logro de esa transferencia entre seres diferentes (los dos conejitos de Angora y las dos pequeñas liebres belgas salidas de la operación podrían dar testimonio de su éxito) habrá incitado a Heape, como una forma de autorización que se habría otorgado a sí mismo, a dejarse llevar por otros tipos de transferencias, sin medir que se trata de riesgos de otra naturaleza, que exigen otras precauciones? Por supuesto, proponiendo esta hipótesis exagero, y yo misma estoy efectuando, deliberadamente, pasajes sin precaución y que tampoco son del mejor gusto. Pues en las analogías y las comparaciones no está en juego solamente una cuestión de estilo, una cuestión de estilo político o epistemológico, sino también una cuestión de gusto. Isabelle Stengers propone volver a darle al *sapere aude* kantiano, "atrévete a conocer", su sentido original, el de un poeta, el poeta romano Horacio: "atrévete a degustar". Aprender a conocer –escribe ella– es aprender a discriminar, aprender a reconocer lo que importa, aprender cómo unas diferencias cuentan, y aprenderlo en los riesgos y los efectos del encuentro, es decir conectándose con la multiplicidad inherente de lo que importa para *estos seres* que uno quisiera conocer y lo que ellos hacen que importe. Es un arte de las consecuencias[13].

Esta es exactamente la razón por la cual quedé consternada por la lectura del libro de Michel Serres, *Le Mal propre*[14]. Más todavía en la

[12] Margaret Nice, "The role of territory in bird life", *op. cit.*, p. 470.

[13] Isabelle Stengers, *Civiliser la modernité? Whitehead et les ruminations du sens commun*, Les Presses du réel, col. "Drama", pp. 135-138.

[14] Michel Serres, *Le Mal propre. Polluer pour s'approprier?*, Le Pommier, 2008.

medida en que, hasta ese momento, el trabajo que había emprendido, el de "desterritorializar" las preguntas y los conceptos, sacarlos de los campos disciplinares y de las temporalidades a las que habían quedado atados, se parecía a una obra de creación arriesgada e imaginativa de conexiones, traducciones y entretraducciones, de establecimientos de relaciones fecundas. Así, cuando en *El contrato natural*[15] plantea la pregunta "¿En qué lenguaje hablan las cosas del mundo para que podamos entendernos con ellas por contrato?", se ve que se emplaza una verdadera red de analogías que yo calificaría como generativas, analogías que enriquecen los términos de la comparación, analogías a través de las cuales, por efecto de las relaciones, se vuelven sensibles cualidades hasta el momento desapercibidas, y a través de las cuales se reactivan intercambios de potencias de actuar entre las cosas y entre los vivientes: es lo que pasa con la Tierra, que según Serres nos habla en términos de fuerzas, de vínculos y de interacciones. En un libro posterior, *Darwin, Bonaparte y el Samaritano, una filosofía de la historia*, Serres retomará esa idea, esta vez articulándola más precisamente con la escritura. La lectura no se limita –dice– a la de los códigos de la escritura tal como los entendemos usualmente. Lo saben los buenos cazadores, capaces de leer la edad, el sexo, el peso, el tamaño y otros mil detalles más, en las huellas que deja el jabalí: "El buen cazador lee, después de haber aprendido a leer. ¿Qué descifra? Una impresión codificada. Ahora bien, esta definición podría ser una caracterización de la propia escritura humana histórica"[16]. Pues la escritura –continúa Serres– es el *trazo* de todos los seres, vivos y no vivos, que escriben todos "sobre las cosas y entre ellos, las cosas del mundo, unas sobre otras". El océano escribe sobre el acantilado rocoso, las bacterias escriben sobre nuestro cuerpo, todo está *dado* para ser leído, fósiles, erosiones, estratos, luz de las galaxias, cristalización de las rocas volcánicas... Se lee antes de escribir, y esta posibilidad abre la escritura a muchos otros registros, como "conjunto de trazos que codifican un sentido". "Si la

[15] Michel Serres, *Le Contrat naturel*, Flammarion, col. "Champs", 1990.

[16] Michel Serres, *Darwin, Bonaparte et le Samaritain. Une philosophie de l'histoire*, Le Pommier, 2016, pp. 16 y sig. para todas las citas.

historia comienza con la escritura, entonces todas las ciencias entran, junto con el mundo, en una historia nueva y sin olvido". Por supuesto que Serres opera pasajes arriesgados, traducciones que vinculan lo que parecía destinado a permanecer desvinculado –aunque más no fuera porque el excepcionalismo humano supervisa cuidadosamente esas separaciones de registros–. Pero, justamente, el motivo que anima a Serres consiste en romper con el hábito sórdido de poner lo humano en el centro del mundo y de los relatos, en abrir la historia a miríadas de seres que cuentan y sin los cuales no estaríamos ahí.

Le Mal propre responde a un motivo totalmente distinto, ya lo indica el subtítulo del libro: *¿Contaminar para apropiarse?* Desde las primeras páginas, la cuestión son los territorios: "El tigre mea en los límites de su morada. El león y el perro también. Al igual que estos mamíferos carnívoros, muchos animales, nuestros primos, marcan su territorio con su orina, dura, hedionda; y con sus ladridos o sus canciones dulces, como pinzones y ruiseñores"[17]. Estos son –escribe Serres– los modos por los cuales los seres vivos habitan un lugar, lo establecen y lo reconocen. Los desechos de los machos definen estos lugares y los defienden. Constituyen otras tantas maneras de apropiarse, no solamente animales, sino homínidas: "Quien acaba de escupir la sopa, la guarda para él; nadie volverá a tocar la ensalada o el queso contaminados de esa forma. Para conservar algo como propio, el cuerpo sabe dejar alguna marca personal: sudor en la ropa, saliva en la comida o pies en el plato, olor, perfume o deyección, todas cosas bastante duras..."[18]. Serres señala después que el verbo haber, que designa la propiedad, tiene el mismo origen que habitar. "Desde los siglos de los siglos, nuestra lenguas se hacen eco de la relación profunda entre la morada y la apropiación, entre el alojamiento y la posesión: habito, luego tengo"[19]. Para Serres, el acto de apropiarse sale de un origen animal, etológico, corporal, fisiológico, orgánico, vital… y no de una convención o de algún derecho positivo: "siento en él que está recubierto de orina,

[17] Michel Serres, *Le Mal propre*, op. cit., p. 5.

[18] *Ibid.*, p. 7.

[19] *Ibid.*, p. 11.

de deyecciones, de sangre, de cadáveres putrefactos"[20]. Previamente señalé que el motivo de Serres aquí ya no incumbía al establecimiento de una relación para luchar contra el antropocentrismo o contra esa extraña amnesia de la historia respecto de todo lo que no es humano. Ahora se trata de rebelarse contra todas las formas de apropiación que constituyen las contaminaciones, sean las del aire, las de la invasión del espacio visual o sonoro que nos infligen las publicidades, los autos, las máquinas… todas tan inmundas y contaminantes como las deyecciones que marcan la apropiación. "Lo propio se adquiere y se conserva a través de lo inmundo", escribe. O incluso más explícito: "el escupitajo ensucia la sopa, el logo el objeto, la firma la página: propiedad [*propriété*], pulcritud [*propreté*][21], el mismo combate dicho por la misma palabra, de igual origen y de igual sentido. La propiedad se marca, como el paso deja su huella"[22].

Pero este no es el motivo de mi severidad para con él, todo lo contrario. Aquí no se cuestiona que la apuesta de Serres consista en volver perceptibles e insoportables las múltiples operaciones de expropiación y apropiación que lleva a cabo el mercado. En ese aspecto, estoy con él de todo corazón. En cambio, el hecho de que asocie desechos y marcas, como gestos de suciedad, con un origen animal, me parece gravemente problemático, y más aún porque el gesto de apropiación se identifica con el de la desapropiación y el de la exclusión[23]. La ecuación es demasiado apresurada. Pues el establecimiento de esta relación solo puede lograrse al precio de una doble simplificación, una doble negligencia. La primera, para empezar, porque esa ecuación implica olvidar que para un tigre, un perro o un ruiseñor, el territorio no es eso, y seguramente no es siquiera "*un* eso" que podría aspirar a unificar

[20] *Ibid.*, p. 7

[21] Las dos palabras están vinculadas con *propre* (que aparece en el título del libro: *Le mal propre*), que significa tanto "propio" en el sentido de perteneciente exclusiva o particularmente a algo o alguien, como "apropiado", "pulcro", "limpio" [N. de T.].

[22] *Ibid.*, p. 15.

[23] Para la referencia explícita, ver *Le Mal propre*, op. cit., p. 43.

un conjunto de conductas; luego porque ese régimen de propiedad bajo la forma del acaparamiento me parece que define el habitar de una manera que implica demasiados sobreentendidos. Argumentando una forma de naturalidad de las conductas territoriales para denunciar el derecho que se arrogan algunos de expoliar el aire, el campo sonoro, las cosas colectivas y el espacio, Serres asocia, sin interrogarlo ni un solo instante, el comportamiento territorial de los animales con el régimen del tener y de la propiedad, y de ese modo lo asimila a una forma de derecho natural. En pocas palabras, le atribuye a los animales una concepción moderna y no cuestionada de la propiedad, convirtiéndolos en pequeños propietarios burgueses preocupados por la exclusividad.

No pretendo defender la dignidad ultrajada de esos animales movilizados en el proyecto de defender una Tierra arruinada o unas existencias contaminadas. Pero si la cuestión es pensar la reapropiación de la Tierra, creo que hay que prestar atención a las maneras de habitar y a aquellos con quienes debemos habitar. Con esta etología simplificadora, empezamos mal.

Señalemos ante todo que la asociación de la marca animal con la suciedad, y la consideración de esta última como el reverso de lo limpio, son discutibles. Para *nosotros*, o para la mayoría de nosotros, el excremento atañe a lo sucio; pero las cosas son mucho más complicadas para muchos animales. Quien haya podido ver a su perro revolcándose con entusiasmo en una carroña o en estiércol, comprenderá de inmediato que estamos en otro mundo de sentir. Además, poner a los mamíferos y a los pájaros al mismo nivel, no es muy buena idea. Desde luego, la marcación y el canto parecen tener funciones comunes: se trata de hacer acto de presencia. Pero los mamíferos y los pájaros tienen problemas muy diferentes que resolver cuando se trata de manifestar la presencia. Partiendo de allí, las similitudes deben construirse con prudencia. Es incauto hablar "de los animales". Si algunos pájaros pueden –aunque es más raro– marcar su presencia mediante heces, generalmente privilegian el canto y lo que podríamos llamar las manifestaciones intensas de una presencia actual. Los mamíferos, en su mayoría, eligieron la presencia evocada. Para la mayoría de los pájaros,

el territorio es un sitio de espectacularización, es el lugar a través del cual el pájaro puede ser visto y escuchado. Por cierto, tenemos derecho a preguntarnos si en algunos casos (es indiscutible en el de las arenas de cortejo), no es tanto que el pájaro cante y se pavonee para defender su territorio, sino más bien que el territorio le ofrece la escena para sus cantos y sus exhibiciones. De hecho, algunos ornitólogos propusieron esta hipótesis.

La ambición de muchos mamíferos es visiblemente diferente, responden a lo que Jean-Christophe Bailly proponía como definición del territorio: es un sitio donde uno se puede ocultar o, más precisamente, un sitio donde uno sabe dónde ocultarse[24]. En este caso, el canto y los rastros ya tienen solamente similitudes superficiales. Se podría decir que los mamíferos se volvieron maestros en el uso de la metáfora *in absentia* –los rastros *evocan*, los animales se hacen presentes sin estar–, mientras que los pájaros eligen lo literal: "estoy", todo es pretexto para hacer ver y escuchar. Para designar este proceso, un autor utiliza el término *broadcasting*, que puede significar "difundir" –y así es en este caso–, pero que remite también a la promoción a través de la difusión en los medios (radio o televisión)[25]. Si el término *broadcasting* puede aplicarse tanto a los pájaros como a los mamíferos, será en un sentido un poco diferente: en los pájaros, invita a insistir sobre la "promoción", la publicidad; en los mamíferos que marcan, remitiría al hecho de que el emisor y el mensaje no solamente no están en el mismo sitio, sino que el emisor multiplica su presencia en tantos "difusores" como rastros haya dejado. Potencia diferida de la ubicuidad a través de mensajes.

Los mamíferos deben resolver un problema que es mucho menos difícil para los pájaros: el de estar presente en todas partes. Los pájaros gozan de una movilidad mucho más grande, pueden recorrer muy rápidamente el territorio de una punta a la otra, cosa que los mamíferos no pueden, y más aun porque desean permanecer ocultos. Cada uno

[24] Jean-Christophe Bailly, *Le Parti pris des animaux*, Christian Bourgois, 2013.

[25] Luca Giuggioli, Jonathan R. Potts, Daniel I. Rubenstein, Simon A. Levin, "Stigmergy, collective actions, and animal social spacing", PNAS, 42, octubre 2013, pp. 16904-16909.

resolvió el problema de la circulación en el espacio –poder o no poder estar en todas partes– y el de la necesidad de ser visto o estar oculto, mediante una relación diferente de la presencia con el tiempo: con el canto y las exhibiciones, el pájaro está en un régimen de presencia actual; con las marcas, el mamífero adoptó un régimen de presencia histórica. Los rastros tienen efectos en un tiempo relativamente largo (respecto de la presencia actual), el animal está presente por todas partes al mismo tiempo, aunque solo haya estado anteriormente. En este marco, los excrementos serían del orden de la ilusión, crean un efecto de presencia en la ausencia. Pero una ilusión que no engaña a nadie, lo cual no modifica en nada su eficacia, pues en cada mensaje hay un "¡pon atención!", "¡ten cuidado!". Y es recibido. Los rastros incumbirían entonces a ese proceso designado con el nombre de "estigmergia", o "reglas no locales de las interacciones", a través de las cuales el comportamiento de ciertos animales puede afectar a distancia –ya sea espacial o temporal– el comportamiento de otros –como hacen las hormigas, que van dejando feromonas que desviarán el trayecto de las que las siguen–. Es un modo de presencia que crea ciertos modos de atención. Por cierto, es bastante triste que Serres, que con el argumento de la escritura generalizada había sabido precisamente convocar a los rastros animales como dispositivos de escritura increíblemente sofisticados, capaces de traducir una enormidad de cualidades y de mensajes, no haya pensado, o más bien haya olvidado deliberadamente, que el cazador no es el único que lee los rastros, que los animales lo hacen constantemente y que seguramente leen más y mejor que los humanos, y que los haya reducido aquí a una única función: ensuciar para apropiarse.

Hay una cosa más, sobre la que volveré más adelante (pues el canto podrá recibir una interpretación semejante): si la marcación parece crear efectos de presencia en la ausencia, algunos autores propusieron, particularmente a propósito de las cabras de las Montañas Rocosas o de ciertos animales en cautiverio, que la marcación es igualmente una forma de extensión del cuerpo del animal en el espacio[26]. En este

[26] A propósito de las cabras de las Montañas rocosas: Valerius Geist, "On the rutting behavior of the Mountain Goat", *Journal of Mammalogy*, vol. 45, 4,

marco, el término "apropiación" adquiere otra significación, se trata ahora de transformar el espacio, no tanto en "suyo", sino en "sí mismo". Lo que es "sí mismo " y lo que "no-sí mismo" se vuelve tanto más indeterminado en la medida en que muchos mamíferos no solamente marcan los lugares y las cosas, sino su propio cuerpo con sus propias secreciones, desparramándolas sobre diferentes partes de este. Más sorprendente todavía es que muchos de ellos también se impregnan del olor de las cosas del lugar territorializado: tierra, pastos, carroñas, corteza de los árboles. El animal deviene entonces apropiado *por* y *para* el espacio en la misma medida en que se lo apropia marcándolo, creando con los lugares una concordancia corporal por la cual el "sí mismo" y el "no-sí mismo" se vuelven indistintos.

Vemos que estamos en algo mucho más complicado que el simple régimen de apropiación que describe Serres. Y podría continuar la lista de estas diferencias salpicadas por algunas semejanzas parciales, sería casi infinita. Pero lo que intento es insistir en que la cuestión de los territorios, y lo que podemos aprender de ellos, no es una cuestión "todoterreno". El pasaje de un territorio a otro –sea el de tal o cual animal a quien le dirigen sus preguntas unos investigadores, sea el de las prácticas científicas– no se puede hacer así como así, sin precaución, sin atención a la diversidad increíble de las maneras de ser que los territorios contribuyeron a inventar. E igualmente esta es la razón por la cual insisto sobre el hecho de que algunos ornitólogos –no todos, por supuesto, volveremos sobre eso– captaron muy rápidamente que difícilmente los territorios podían ser objeto de *una* teoría general. El zoólogo británico Robert Hinde, en su introducción al número especial de la revista *Ibis* consagrado a los territorios, en 1956, escribirá que "la diversidad de la naturaleza nunca podrá ajustarse a un sistema de casilleros y de categorías"[27]. Las categorías –agrega– solo están para ayudarnos en nuestras discusiones. Son tanto más discutibles en la

1965, p. 562. Sobre los animales en cautiverio: Heini Hediger, *Wild Animals in Captivity*, Butterworths, Londres, 1950.

[27] Robert A. Hinde, "The biological significance of the territories of birds", *Ibis*, 98, 1956, pp. 340-369, p. 342.

medida en que, en el seno de la misma especie, durante el mismo período, se pueden encontrar costumbres muy diferentes, simultánea o sucesivamente, y en otras especies se observarán costumbres variadas según la edad, el sexo, el hábitat o la densidad de población.

Todo esto no es fortuito. Los ornitólogos se encontraron enfrentados de entrada con la diversidad de las especies y cultivaron muy pronto un abordaje comparativo que los volvió atentos a la pluralidad de las organizaciones[28]. Los abordajes comparativos exigen y nos involucran en una auténtica cultura del tacto, de la atención a las diferencias y a las especificidades, y de la preocupación por lo que cuenta. Es una cultura que muchos de ellos –no todos, sino los que van a demostrarse más interesantes– han aprendido a honrar.

Pero también es posible que pase algo que tenga que ver con el comportamiento territorial. Yo mencionaba el hecho de que es un comportamiento que había sorprendido e impresionado a los investigadores. Muy a menudo los pájaros manifiestan tal vitalidad, tal potencia de determinación, gastan tanta energía, de hecho parecen tan "poseídos" por lo que están defendiendo, que no es descabellado pensar que los propios hayan sido conmovidos: ¡allí hay algo que *verdaderamente importa*! Y que esa importancia haya contado.

[28] Le agradezco a Baptiste Morizot, revisor generoso y atento, por haberme llamado la atención sobre este aspecto.

CONTRAPUNTO

La imaginación es una forma de la hospitalidad, [puesto que] nos permite albergar aquello que, en el sentimiento del presente, aguza un apetito por la alteridad.

—PATRICK BOUCHERON, Ce qui peut l'histoire[1]

Si hay territorios que dependen de ser cantados, o más precisamente, que *solo dependen de* ser cantados, si hay territorios que dependen de ser marcados por simulacros de presencia, territorios que devienen cuerpos y cuerpos que se extienden a lugares de vida, si hay lugares de vida que devienen cantos o cantos que crean un sitio, si hay potencias del sonido y potencias de olores, hay sin ninguna duda gran cantidad de modos de ser del habitar, que multiplican los mundos. ¿Qué verbos que evoquen esas potencias podríamos descubrir? ¿Habría territorios danzados (potencias de la danza *que ha de concertarse*)? ¿Territorios amados (¿que *solo dependen de* ser amados? Potencia del amor), territorios disputados (¿que *solo dependen de* ser disputados?), repartidos, conquistados, marcados, conocidos, reconocidos, apropiados, familiares? ¿Cuántos y qué verbos pueden hacer territorio? ¿Y qué prácticas van a permitirles proliferar a estos verbos? Estoy convencida, junto con Haraway y muchos otros, que multiplicar los mundos puede volver más habitable el nuestro. Crear mundos más habitables sería entonces buscar cómo honrar las maneras de habitar, inventariar lo que los territorios

[1] Lección inaugural en el Collège de France, jueves 17 de diciembre de 2015, books.openedition.org/cdf/4507.

implican y crean como maneras de ser, como maneras de hacer. Esto es lo que le pido a los investigadores.

Digo habitar, pero debería decir cohabitar, pues no hay ninguna manera de habitar que no sea en principio y ante todo "cohabitar". Y digo "inventariar" porque es deliberadamente el proyecto más modesto al cual me até, el de atenerme a hacer una lista de "hábitos", lo cual no quiere decir rutinas, sino invenciones de vida y de prácticas que ligan el actuar y el saber a lugares y a otros seres. Indagar sobre este tema, volver a poner en juego las evidencias, describir con curiosidad lo que habitar suscita como establecimiento de relaciones y como maneras de estar "en casa".

En pocas palabras, abrir la imaginación honrando las invenciones. De todos modos, yo no busco pedirle a los animales que nos instruyan, ni tampoco movilizarlos para encontrar soluciones a nuestros problemas. Aprendí, y vuelvo a aprenderlo con Serres, que cuando uno mete a los animales en este tipo de demandas, la manera misma de construir el problema y de imponerlo excluye justamente a quienes uno interroga, puesto que se espera de ellos que respondan en términos ya establecidos de antemano. Recordaremos el "todos los animales" del embriólogo Heape, que ya nos pone en alerta, al igual que ese otro atajo que le permitía pasar de los animales a la civilización. Seguramente no es casual que en materia de territorios, cuando se opera un pasaje demasiado rápido de los animales a los humanos, se termine atribuyéndoles a los primeros nuestra concepción del territorio como propiedad. Se trata de multiplicar los mundos, no de reducirlos a los nuestros. Y de no insultar las prácticas que participan de dicha multiplicación. Porque justamente cuentan en dicha multiplicación, aunque más no fuera porque obligan a lentificar esos pasajes y a complicarlos.

Así, no puedo evitar irritarme de nuevo cuando leo esa otra forma de práctica "todoterreno" que proponía el sociólogo Zygmunt Bauman en el libro *Mundo consumo*[2]. Las primeras páginas de ese libro relatan un descubrimiento importante respecto de los insectos sociales y lo que constituye un "en casa" en un mundo de avispas –por esta razón me habían aconsejado leerlo–. Según un artículo del *Guardian* –escribe Bauman– unos investigadores de la Zoological Society de Londres, que trabajan con avispas en la región de Panamá, habrían vuelto con una noticia asombrosa para todos quienes conocen el comportamiento de las avispas sociales, una noticia

[2] Zygmunt Bauman, *L'éthique a-t-elle une chance dans un monde de consommateurs?*, Flammarion, 2009.

que –nos anuncia– invierte los estereotipos antiguos sobre los hábitos sociales de estos insectos. Los zoólogos siempre pensaron que la sociabilidad de las avispas se limitaba a su nido, en otros términos, a la comunidad de nacimiento, y por ende también a la comunidad de pertenencia. Esta idea era tan obvia que los científicos dedicaron durante mucho tiempo una gran cantidad de investigaciones a comprender cómo los insectos detectaban a los extranjeros para expulsarlos o suprimirlos –¿por el oído, por el olor, por el comportamiento?–. "La gran pregunta –escribe Bauman– era saber cómo los insectos llegan a realizar lo que nosotros, humanos, a pesar de todas nuestras armas y todas nuestras herramientas inteligentes y sofisticadas, solo logramos hacer mal. Es decir, cómo esos seres aseguran la estanqueidad de las fronteras de sus comunidades, cómo mantienen la separación entre 'nativos' y 'extranjeros', entre 'nosotros' y 'ellos'"[3]. Ahora bien, los científicos descubrieron que una gran mayoría (56%) de las obreras cambia de nido a lo largo de su vida, y que se integra y participa en el trabajo colectivo en su comunidad de adopción. De hecho, este descubrimiento está vinculado a un dispositivo tecnológico totalmente novedoso que consistió en equipar a algunas avispas con un pequeño sistema de radio adherido al tórax. Este activa un ojo electrónico situado en la entrada de cada nido cada vez que una avispa portadora entra o sale.

Aunque Bauman menciona el rol de esta nueva técnica en lo que llama la inversión de la perspectiva, señala que de todos modos eso no es lo más importante. Lo más importante –dice– es que antes no se había pensado en estudiar esta cuestión, y que ahora se piensa en ella porque –lo cito de nuevo– "expertos de una generación nueva importaron a la selva panameña su propia experiencia (y la nuestra) de prácticas de vida adquiridas e integradas en sus nuevos hogares multiculturales de diásporas ensambladas". Por este hecho –sigue Bauman– "naturalmente 'descubrieron' que la fluidez de pertenencia y la mezcla constante de las poblaciones constituían también la *norma* en los insectos sociales"[4]. En resumen, "las creencias que hasta hace poco imaginábamos que reflejaban el 'estado de naturaleza', revelan de aquí en más, retrospectivamente, que son solo una proyección, sobre los hábitos de los insectos, de las preocupaciones y prácticas humanas, demasiado humanas, de los expertos"[5]. Lo cual quiere decir también, y es lo que afirma Bauman, que el descubrimiento de

[3] *Ibid.*, p. 10.

[4] *Ibid.*, p. 12.

[5] *Idem.*

los expertos resulta ante todo de la modificación de las creencias y de las "redes conceptuales heredadas".

Por supuesto que uno no puede dejar de estar de acuerdo en que, de un mundo que cambia, pueden emerger nuevas preguntas. Podrán entonces preguntarse aquí qué es lo que motiva mi irritación. Es la manera de distribuir esos cambios lo que me parece crucialmente problemático.

En primer lugar, quisiera señalar un detalle que me parece importante. Ya mencioné que Bauman se basa en un artículo del periódico *Guardian* que anunciaba este descubrimiento el 25 de enero de 2007[6]. El artículo no indica el nombre de los investigadores, pero no me resultó difícil encontrar su artículo científico, publicado dos días antes[7]. Evidentemente Bauman no lo consultó y se basó en algunas líneas de diario. Ahora bien, en el artículo científico los investigadores explican que habían llevado adelante una primera experiencia con estas avispas en 2004, y que entonces las cifras indicaban que solamente un 10% de las avispas observadas parecían cambiar de nidos. La investigación a la que se refiere la publicación data de 2005, y con ella es que la cifra asciende a un 56%. Si sigo a Bauman, entre 2004 y 2005 los investigadores habrían cambiado su marco cognitivo. Pero los investigadores explican que en 2004 habían utilizado la técnica tradicional: marcaron algunas avispas en cada nido con ayuda de una pintura y siguieron los cambios de hábitat mirando qué encontraban en cada uno en momentos diferentes. De hecho, la cifra de 10% corresponde a 100 horas de observaciones. Por esta razón, sabiendo que muchas avispas que cambian de nidos escapan a la observación, los investigadores, por extrapolación, estimaban en 25% el número de insectos que visitan otros nidos. Con la nueva técnica, en 2005, el seguimiento de 422 avispas equipadas correspondió a 6.000 horas de observación. Los investigadores afirman claramente que, a menos que se observen los nidos de manera continua, con el viejo método no se puede esperar obtener resultados tan elevados como los de la técnica de las balizas electrónicas. Esta diferencia de método es lo que Bauman califica como menos importante. Lo importante para él es que cambia lo que se observa en las avispas, son los nuevos hábitos cognitivos

[6] Richard Jones, "Why insects get such a buzz out of socialising", *The Guardian*, 25 enero de 2007.

[7] Seirian Sumner, Eric Lucas, Jessie Barker, Nick Isaac, "Radio-tagging technology reveals extreme nest-drifting behavior in a Eusocial Insect", *Current Biology*, vol. 17, 2, 23 de enero de 2007, pp. 140-145.

derivados "de nuestra nueva experiencia de un marco de cohabitación humana cada vez más heterogéneo"[8]. Son ellos los que explican que ahora tengamos una idea que no podíamos tener antes, según la cual las avispas podrían organizarse de manera mucho más hospitalaria de lo que imaginábamos[9]. Que Bauman no se haya tomado la molestia de leer el artículo de los científicos da testimonio de falta de curiosidad, es cierto. Y de una audacia considerable, puesto que construye casi la totalidad de la introducción a su libro a partir de lo que aprende de las avispas en la decena de líneas del artículo del *Guardian* –por cierto, lo que me molesta no es la audacia, sino esa forma de *ethos* que lleva a algunos académicos a sentirse "en casa" en todas partes–. Y esto no tendría consecuencias si no produjera los efectos de un cierto tipo de atención, es decir sobre todo un cierto tipo de desatención, de negligencia.

Para Bauman importan poco los equipamientos, los binoculares, las balizas, los chips, las estadísticas, los sonogramas, los cuadernos de notas, las marcas de pintura, los nidos equipados, en suma, todos esos instrumentos que vuelven visibles, que vinculan, que construyen intimidad en el conocimiento, que hacen emerger semejanzas y diferencias, trayectorias y hábitos. Todo eso es accesorio: lo que importa verdaderamente son las ideas de los científicos. Y entonces, las 6.000 horas de observación que permite el "radioseguimiento" en comparación con las 100 horas de observación que habilita la marcación con pintura, que permiten pasar de 10% a 56% de avispas móviles, es un detalle o un simple corrector de ideas. Es completamente ajeno a Bauman el hecho de que saber de otra manera, es primero saber más, y en el caso de las avispas, es tener más testigos bajo la forma de más equipamientos, más presencia, más proximidad, una mayor intimidad, un dispositivo de seguimiento más fiel. Las avispas viven, ahora lo sabemos, en el mundo de las Ideas.

[8] Zygmunt Bauman, *op. cit.*, p. 16.

[9] Señalemos también que los investigadores responsables de este descubrimiento mencionan igualmente otra investigación, de 1991 y publicada en 1998, que había hecho un experimento sobre esta posibilidad en las abejas (Kristin J. Pfeiffer, Karl Crailsheim, "Drifting in honeybees", *Insectes Soc.*, vol. 45, 2, 1998, pp. 151-167). Aunque es cierto que la hipótesis privilegiada había sido mayoritariamente la del parasitismo social, este último artículo afirma que las abejas son conocidas por migrar de una colmena a otra. Los autores invalidan la idea del parasitismo señalando que no se había observado ninguna tentativa de robo, y notan además que las guardianas de la colmena dejan entrar fácilmente a las abejas extranjeras luego de inspeccionarlas, pero rechazan a los individuos que parecen querer robar.

Por supuesto que las ideas importan, conducen a preguntas particulares; lo que los investigadores observan *sitúa* sus intereses. Esto vale para las avispas, los babuinos o los pájaros. La mayor parte de los investigadores están atentos a eso, saben que lo que descubren está *asociado a sus* preguntas. Y esta inquietud desborda ampliamente la simple preocupación por evitar el antropomorfismo. Cuando afirmo, como lo hice, que el vocabulario guerrero o competitivo induce un cierto tipo de atención, son ellos quienes me lo señalaron. Cuando algunos investigadores consideran la teoría según la cual el territorio tendría la función de regular la densidad de la población (volveremos sobre esto en el capítulo 3), puesto que solo se reproducen los que tienen territorio, a otros científicos los inquieta que esta teoría de la regulación demográfica quizás traduzca *nuestras* inquietudes en materia de sobrepoblación. Cuando algunos describen las conductas territoriales en los peces como rígidamente agresivas y violentas, otros interrogan el hecho de que fueron observadas en los espacios muy restringidos de los acuarios.

Lo que Bauman no toma en cuenta es que los dispositivos de investigación constituyen otra manera de organizarse con los animales, otra manera de crear, con ellos, ciertas forma de intimidad. Y los investigadores saben hasta qué punto la intimidad se construye. Margaret Nice es una de las ornitólogas más fecundas, más interesantes del campo de las investigaciones sobre los territorios. Al principio los estudió como aficionada, observando gorriones cantores en los alrededores de su casa en Ohio. Comprendió bastante rápido que solo podría conocerlos y comprenderlos verdaderamente si los reconocía individualmente. A fines de la década de 1920, anilló entonces a los pájaros con una combinación de cuatro aros de color y un aro de aluminio. El procedimiento de anillamiento no era nuevo. A fines del siglo XVIII, el monje Lazzaro Spallanzani había tenido la idea de atar hilos de color en las patas de los pájaros con el fin de verificar la hipótesis según la cual algunos de ellos, que se veía que desaparecían al fin del otoño, migraban[10]. Por lo tanto, aunque el procedimiento no era desconocido, se usaba muy raramente y, hasta la época en que Nice lo adopta, solamente para establecer las rutas migratorias (o, por cierto, para identificar los pájaros domésticos con el fin de impedir su tráfico). El proyecto de Nice es completamente distinto. Su cuestión no es establecer mapas de viaje, sino más bien concederles a los pájaros biografías que permitan comprender mejor

[10] Se encontrará esta información en el muy bello libro de Christine Van Acker, *La bête a bon dos*, Éditions Corti, col. "Biophilia", 2018, p. 75.

qué cuenta para ellos cuando establecen un territorio. En 1932 estaban anillados 136 gorriones, machos y hembras –pero ella conocía tan bien a los machos que lograba saber cual era escuchándolo, pues cada uno tenía un repertorio único de seis a nueve cantos diferentes–. Descubre así que los machos vuelven cada año al mismo territorio, que algunos parten para migrar –los que llamará residentes de verano– y que otros eligen quedarse todo el año –los residentes de invierno–. El macho 2M vivió nueve años, y durante esos nueve años conservó el mismo lugar. Se desplazó muy ligeramente, apenas cincuenta metros, entre 1930 y 1934, pero volvió al lugar de origen en los años posteriores. Las hembras, en cambio, manifiestan menos constancia, y a veces incluso cambian de macho en el transcurso de una estación, para una segunda nidada. Señala igualmente que las batallas ocasionan lo que llama "adopciones de rol". Cuando un pájaro intenta meterse en un territorio ocupado, adopta claramente, a nivel comportamental, el rol del intruso: cuanto más se acerca al centro del territorio, menos decidido está, y más agresivo será el ocupante. Se dice entonces, haciendo referencia a las teorías de la jerarquía, que el residente adopta un rol dominante, el intruso un rol subordinado, y que esto se corresponde con la diferencia de intensidad de la agresividad. Esto es lo que explica que, entre los gorriones cantores, un territorio raramente cambia de patas. Pero lo que parece constituir una regla es mucho más complicado. Así, si el territorio en el cual vivía el año anterior un pájaro que ha migrado está ocupado cuando regresa de la migración, el actual ocupante, el actual residente es el que adopta el rol de intruso. Salvo en casos muy raros, será expulsado. Nice dice que las batallas entre los pájaros descriptas hasta entonces no mencionan la diferencia de roles, seguramente porque los pájaros no estaban anillados.

Con el anillamiento, se descubren historias de vida, apegos a lugares, pájaros que hacen elecciones. Así, 4M, que fue anillado en 1929, pero que Nice piensa que ya ocupaba el mismo territorio el año anterior, permaneció en el mismo lugar pero desplazándose algunos metros cada año. En el invierno de 1931-1932 habitó treinta metros más al oeste, sin que ningún pájaro lo haya obligado a hacerlo. Los primeros años era un pájaro belicoso, el tirano del vecindario. No paraba de obligar a 1M, su vecino, a defender sus fronteras. A partir de 1932 gasta mucha menos energía en buscar pelea, e incluso va a autorizar sin protestar a 110M, un residente de verano juvenil, a instalarse en el antiguo territorio de 1M. Durante el invierno siguiente se desplazó todavía más lejos hacia el oeste, al antiguo territorio de 9M. Anidó allí tres años, antes de volver, en 1935, al jardín de la investigadora. Con la identificación de

cada pájaro, Nice descubre que las relaciones personales podrían contar, lo cual explicaría el hecho de que algunos residentes de invierno a veces son tolerados en un territorio en proceso de instalación, que allí donde uno debería esperar conflictos, ve otros arreglos, como cuando un residente de verano, que vuelve de la migración y encuentra un congénere instalado, prefiere de manera manifiesta ir a otra parte en lugar de echarlo. A veces se produce un cambio de territorio sin que haya, en apariencia, presión de parte de otros pájaros. Los pájaros aman los hábitos, pero a veces aman de igual modo cambiarlos. Barbara Blanchard estudia en la misma época a los gorriones corona blanca en California. Una familia compuesta por tres pájaros subdividió el territorio en dos partes, cada una ocupada exclusivamente por uno de los gorriones. Hay disputas permanentes entre ellos, no paran de cantar y de atacarse. Blanchard descubre que, contra toda expectativa, son hembras. Y escribe: "Si no las hubiera anillado, habría pensado que observaba una disputa de fronteras entre dos machos"[11]. Por su parte, Nice señala que entre los gorriones cantores las hembras aprenden las fronteras de su pareja y generalmente las aceptan. Pero en 1929, una de ellas, K2, construyó su nido en lo del vecino 4M (del que ya hablamos), creándole una cuantas dificultades –dice Nice– a 1M, su cónyuge, hasta que consiguió anexar esa porción de territorio.

Desde luego, podríamos vernos tentados a abrir un paréntesis y a comprender el interés que ponen estas dos investigadoras en las hembras a la luz del hecho de que son mujeres. Seguramente más tentados aún a imaginarlo en el caso de Blanchard, puesto que a lo largo de su carrera fue permanentemente víctima de su estatus de mujer. La profesión es muy masculina y evidentemente quiere seguir siéndolo: cuando ella pretende comenzar una tesis de doctorado sobre los pájaros, su mentor le aconseja que mejor estudie gusanos, que son mucho más simples. Ella se mantiene firme y va a estudiar las diferencias comportamentales y los dialectos de cantos en los gorriones corona blanca, y descubrirá que las diferencias están ligadas al hecho de que sean o no migratorios. Y cuando se postula para un puesto académico, le dirán que si un hombre con la misma competencia se postula como candidato, le darán preferencia. La carta de recomendación que le ofrece su mentor cuando se presenta en un centro de investigaciones, menciona simplemente que tienen que tomarla porque tiene un temperamento jovial. Las anécdotas son numerosas y Blanchard las

[11] Citado por Margaret Nice, *op. cit.*, p. 452.

contará con humor para –dice ella– mostrar hasta qué punto esa época era absurda[12]. Nice siguió otra trayectoria. Aunque renuncia a emprender una tesis para seguir a su marido y asumir el rol de madre de familia, hizo observaciones como aficionada durante años y con una obstinación notable, en su jardín y en los alrededores, antes de cruzarse con el biólogo Ernst Mayr, que la alentará para que publique sus investigaciones y haga conocer su trabajo. Pero aunque estas dos trayectorias son efectivamente las de las mujeres científicas en una época poco estimulante –una que choca contra el machismo académico y la otra que picotea durante años el poco tiempo que le dejaba una carrera de esposa y madre de familia numerosa–, no pueden resumirse a esa posición histórica. En primer lugar, ambas rompieron con los hábitos predominantes en el dominio de la ornitología –las clasificaciones de especímenes– para interesarse en variaciones comportamentales en el seno de las mismas especies, a veces de los mismos grupos. Ambas se dedicaron a seguir pájaros individuales y vivos, pues a ese nivel es que las diferencias se vuelven notables y adquieren su significación. Desde entonces, las hembras, que en apariencia están tan a menudo al margen de la dramaturgia territorial, pasan de repente al frente de la escena. No porque son observadas por mujeres –como podría pensar Bauman, por ejemplo– que habrían tenido la idea de cuestionar su rol –la sorpresa de Blanchard al verlas implicadas en esa cuestión dice todo lo contrario– sino porque justamente los anillos las han vuelto *notables*. En otros términos, esos anillos son dispositivos de atención, es decir dispositivos que vuelven perceptibles cosas que hasta entonces no se notaban.

En suma, con esos aros de metal y de color, comienzan a importar otras cosas, emergen diferencias, y esto cambia la manera en que se describen los pájaros: no solamente adquieren vidas singulares, sino que devienen más flexibles, más complicados, dan testimonio de las variaciones, de las extravagancias comportamentales, de los imprevistos, en el seno de la misma especie. Por eso estas prácticas importan, no solamente porque ponen en marcha un cierto modo de atención que hace emerger diferencias, sino porque abren la pregunta de qué importa para los pájaros, una pregunta que –indiscutiblemente en el caso de los pájaros– los vuelve más interesantes, y una pregunta ante la cual las respuestas que dan los pájaros

[12] Estos datos se encontrarán en el elogio fúnebre que escribe Stephen I. Rothstein cuando muere Barbara Blanchard. Stephen I. Rothstein, "*In memoriam*: Barbara Blanchard Dewolfe, 1912-2008", *The Auk*, vol. 127, 1, enero de 2010, pp. 235-237.

multiplican las maneras de ser –residente de verano, residente de invierno, macho, hembra, intruso, residente, residente que desempeña el rol del intruso, intruso que desempeña el rol de residente, macho tirano que se apacigua con la edad, hembra distraída, hembra combativa–.

Se comprenderá mejor qué le reprocho a Bauman, esa falta de curiosidad típica de los que consideran todo campo como un "en casa". Para él, las avispas no son en definitiva más que actores secundarios de nuestros cambios sociales –eso es una hipótesis "todoterreno"–. Y esto solo puede funcionar ocultando, deliberadamente o no, la manera en que las conocemos, la manera en que se les dirigen otras proposiciones para conocerlas, y el modo en que las avispas responden a esas proposiciones de los científicos –y les dan, a veces, ideas nuevas–. Finalmente, solo se moviliza a la naturaleza para hacerla callar y decretar que todo lo que encontramos en ella no es más que el efecto de nuestras "redes conceptuales". No sorprenderá, entonces, la persistencia de esa idea idiota de que la naturaleza es muda, cuando la mera manera de convocarla la enmudece.

En resumen, con Bauman, como con Serres, todo va demasiado rápido. Olvidan que toda percepción de semejanzas se apoya sobre la puesta en suspenso activa de las diferencias. Iluminar una situación a través de las luces que ofrece un otro, es un gesto que debe incumbir a la estética y a la creación. Esto exige gusto, curiosidad, tacto, y un poco de mala fe. No se trata de prohibirse las comparaciones y las analogías, de abstenerse de buscar las coincidencias o las convergencias de intereses, se trata de intentar hacerlo con atención, de cuidar las relaciones que se crearon, de saber que se pone en práctica una mala fe que pretende que lo que insistía en la diferencia no insistía lo suficiente. En pocas palabras, velar por que aquello que ilumina una situación bajo una claridad nueva, no aplaste todo bajo la luz de la explicación. Que nos dé pequeñas lamparitas.

Capítulo 2
Las potencias de afectar

En el lapso de algunos años, a partir del siglo XX, las investigaciones sobre los territorios van a conocer una explosión asombrosa. Margaret Nice, en su inventario histórico de los países de habla inglesa, registra 11 publicaciones a lo largo del primer decenio, 15 en el segundo, 48 entre 1920 y 1930, y 302 entre 1930 y 1940. Con ellas, van a multiplicarse las teorías. Cuando Robert Hinde estableció su estado de la cuestión, a principios de la década de 1950, el territorio respondía a no menos de diez funciones.

No voy a contar esta historia siguiendo la cronología. Preferiría seguirla como una historia de ideas, de intuiciones, de aperturas, pues los territorios y los pájaros han hecho pensar, y esto es lo que me interesa. Elegiría entonces una historia por "pliegues", que siga una idea que unos pájaros le insuflaron a un investigador, a partir del momento en el que surge, para volver a encontrarla en sus diferentes reapariciones asida en otros pliegues, en el momento en que un autor, frente a otros pájaros, le ofrezca una prolongación o la recupere, asida en otro problema, mucho más tarde, y a veces incluso sin siquiera saber que ya había encontrado

algún otro que la piense mucho tiempo antes. Esto funciona para algunas ideas que devienen hipótesis, que tienen varias vidas o simplemente una vida bella, cuando unos pájaros pudieron inspirarla en un investigador y convencerlo de que señalaba algo importante para ellos y que podía importar para otros, otros pájaros y otros investigadores que tomaran la posta. O también cuando supieron suscitar controversias porque eran movilizados otros pájaros que demandaban que se tome en cuenta otra cosa. Para otras ideas, la vida será más difícil, como para la idea de que los petirrojos aman la soledad, que no encontrará un abogado, y que yo retomaré recién al final de mi investigación, aunque bajo una forma un poco diferente. Hay entonces una ecología de las ideas asociadas a los pájaros, que es tanto más interesante en la medida en que, en el caso de los territorios, no sigue la trayectoria de un progreso ordinario. En efecto, muchas de ellas están presentes desde las primeras investigaciones, pero se han apagado provisionalmente por falta de socios. Hay hipótesis que deberán esperar a que un pájaro discuta, que un científico o una científica se sacrifique de nuevo por ellas, y que resurgirán cuando las condiciones se hayan vuelto así más favorables. Y hay otras que son tan potentes y tan poco propensas a transigir, que invaden y colonizan todo el lugar amenazando a las otras con asfixiarlas.

La historia –ya lo señalé– comienza antes del siglo XX, aunque a los autores más antiguos solo se les haya permitido participar en ella retrospectivamente. Es el caso del ornitólogo alemán Bernard Altum, cuyos trabajos de 1868 serán traducidos del alemán recién en 1935. Afirma que las distancias que mantienen los territorios entre los pájaros dan cuenta de su necesidad: se trata de velar por asegurarse el alimento para las crías. Todas las especies de pájaros tienen un régimen especializado. En la búsqueda del alimento para sus pequeños y para sí mismos –lo más importante para los animales, dice Altum–, van a limitar sus desplazamientos a pequeños espacios. No deben establecerse cerca de otras parejas por el peligro del hambre, y por lo tanto necesitan un territorio de un tamaño determinado en función de la productividad del lugar. Esta idea va a mantenerse mucho tiempo, a pesar de que será muy discutida y muy a menudo refutada. El propio Henry Eliot Howard la propondrá, sin conocer los trabajos de su prede-

cesor. Para él, el territorio tiene la función de satisfacer las necesidades alimentarias. Como consecuencia, también permite una regulación de la población –solo se reproducen los pájaros que pudieron adquirir un territorio, lo cual limita fuertemente el crecimiento–. Para las especies que viven en colonias y cuyo alimento es ilimitado pero los sitios de nidificación son escasos, como los pájaros marinos, el rol del territorio asegura solamente esta segunda función.

La regulación de la población y la necesidad de garantizar una zona alimentaria suficiente pueden entonces estar disociadas. Retomaré más adelante la teoría de la regulación de la población, para atenerme aquí a la que afirma que el territorio asegura la subsistencia de quienes lo defienden. Ya señalamos que esta hipótesis fue la primera que se vino a la mente, ya la encontramos en Aristóteles, aunque no mencione que se trata de un territorio. Podemos incluso comprender su lógica, tan solo con que la atención no se focalice en la idea de que los animales "poseen" un sitio cuya exclusividad se aseguran. Si el territorio es un lugar de nidificación, para cada pareja es mucho más económico y más prudente limitar los desplazamientos. Alejarse del nido para alimentarse y alimentar a la nidada incrementa el peligro. No solamente porque el o los padres dejan sin vigilancia a los polluelos –los predadores, e incluso algunos congéneres entre los pájaros que practican el canibalismo, podrían aprovecharse de su ausencia–, sino también porque esto los obliga a desplazarse por lugares poco familiares. El territorio es entonces un sitio familiar, que tiene el mérito de aportar alimento y lugares de protección conocidos en caso de riesgo de depredación.

Nice señala que ya de entrada esta hipótesis no consigue unanimidad. En 1915, John Michael Dewar observa ostreros eurasiáticos y nota que las fronteras suelen ser muy elásticas, dependiendo, en parte, de la presencia o no de otras parejas. Cada territorio contiene un área de nidificación y de alimentación, pero alrededor de este espacio, un área alimentaria más vasta parece constituir una "propiedad común" donde todos los pájaros del distrito vienen a comer sin ser molestados[1].

[1] John Michael Dewar, "The relation of the oyster-catcher to its natural environment", *Zoologist*, 19, 1915, pp. 281-291 y 340-346.

Las hembras de ciertos mosquiteros, observados unos años antes por Sidney Edward Brock, a veces pueden construir su nido afuera del territorio del macho al que están asociadas. En 1931, el ornitólogo Lord Tavistock se burla de lo que llama "la gran ilusión de la escasez alimentaria": en el territorio de los mosquiteros musicales que observa, encuentra alimento para una docena de pájaros. El ornitólogo británico David Lack –y podría encontrar otros ejemplos– señala también en 1933 que las especies más belicosas sobre la cuestión del territorio no parecen mantener territorios estrictos cuando alimentan a sus pequeños. Si fuera una cuestión de recursos, deberían por el contrario ser mucho más agresivos en ese momento. Propone que de hecho el territorio parece no ser más que un asunto de los machos, y que su significación real parece ser que ofrece una ubicación social bien situada, elevada y aislada, donde pueden cantar y exhibirse. En 1935, Lack observa obispos alinegros, paseriformes de las regiones tropicales, y descubre que la hembra se alimenta afuera del territorio. Probablemente, la función del territorio sería entonces aislar al macho y ayudar a las hembras a encontrar una pareja[2]. Siempre respecto de la función alimentaria, Robert Hinde señala que el hecho de que el pájaro se alimente en su territorio no significa que el aprovisionamiento sea una consecuencia significativamente ventajosa, de igual modo que el hecho de que el pájaro se alimente afuera no significa que el territorio no tiene relación con la alimentación[3]. Evidentemente la función alimentaria del territorio está lejos de crear algún acuerdo.

Hay que subrayar, y lo señalan muchos investigadores, que la hipótesis del territorio como fuente de alimento seguirá siendo, a pesar de todo, una hipótesis relativamente privilegiada por los científicos, especialmente porque ha sido la más fácil de estudiar. Los comportamientos alimentarios son fácilmente observables y cuantificables. Y pueden ser sometidos a experimentos. Si el alimento es el atractor dominante de la elección de un territorio, el hecho de proporcionar una fuente abundante de alimento en otra parte,

[2] Estos últimos datos se encontrarán en el artículo ya citado de Margaret Nice.

[3] Robert A. Hinde, "The biological significance of the territory of birds", *op. cit.*

alejada de los territorios, debería conducir a los pájaros a cambiar de lugar. De los experimentos que se llevaron a cabo de este modo, parece que se puede concluir que el alimento no es el factor determinante. En la mayoría de los casos, los pájaros aceptan la oferta, van a alimentarse y vuelven a sus lugares. Pero estos experimentos no tuvieron un impacto real, pues pocos fueron publicados, lo que explicaría que se mantenga esta hipótesis a pesar de las numerosas impugnaciones de las que fue objeto. La razón es simple y se debe, según Christine Maher y Dale Lott[4], a la pregunta planteada: cuando los investigadores hacen experimentos sobre los efectos del cambio en la provisión de alimento sobre la manera en que los pájaros se organizan en el espacio, desembocan a menudo en un resultado negativo: no cambia nada. Como esto no permite afirmar nada, no publican los resultados de estos experimentos. Como solo publican los que pudieron demostrar que eso cambia algo al nivel de la organización social, se ha creado un sesgo a favor de las investigaciones que podían establecer una correlación entre recursos alimentarios y organización social.

Ya mencioné que David Lack había discutido la hipótesis de la función alimentaria y propuesto otra: el territorio sería un asunto de los machos, constituiría una ubicación social a partir de la cual exhibirse y cantar. Los ornitólogos han insistido muy tempranamente en la importancia del canto en la creación del territorio. Así, Bernard Altum proponía que el canto tiene la función de permitir que los pájaros se vuelvan perceptibles entre sí y de fijar las fronteras del territorio. Observaba que los conflictos comienzan generalmente con cantos, y que el canto se prolonga durante los conflictos. En 1903, Charles Moffat afirma que el canto tiene la función "de advertir en un cierto lugar de la presencia de un macho invicto, que reivindica el lugar como suyo y que afirma que no permitirá que ningún otro macho entre sin

[4] Christine R. Maher y Dale F. Lott, "A review of ecological determinants of territoriality within vertebrate species", *The American Midland Naturalist*, 2000, vol. 143, 1, pp. 1-29.

que esto genere un conflicto"[5]. ¿Pero por qué un canto tan elaborado donde bastarían unas pocas notas? Según Moffat, el canto elaborado constituye una ventaja. Solo los vencedores cantan. Por eso ejercitan su canto y lo mejoran. La competencia del cantor "aguerrido" daría un testimonio, dirigido a todos los que están en los alrededores, de la calidad de su práctica, y por lo tanto permitiría a los más talentosos "presumir de la lista más larga de éxitos en la vida" –un poco como si el canto se exhibiera como un blasón sonoro que señala numerosas victorias–, mientras que los cantores más mediocres "tendrán miedo de medirse con ellos, naturalmente". Moffat rompe aquí con la teoría de la selección sexual, según la cual el canto tendría como motivo atraer a las hembras. El canto tendría efectivamente una función "de autopresentación", como pretende la teoría de la selección sexual, pero está dirigido a los otros machos y no a la hembras, al mismo tiempo como "promoción" del valor del cantor y como advertencia –el canto bien interpretado debería desalentar toda tentativa vana de medirse con el cantor talentoso–.

Al abordarlo de esta manera, Moffat anticipa de cierta forma lo que se convertirá en la teoría de las señales honestas: el pájaro afirma su valor y lo afirma de manera fiable, puesto que no puede hacer trampas dado que el canto, señal honesta, resulta de una larga práctica, lo cual quiere decir del tiempo, de las competencias, de una buena salud o –en los términos de Moffat– de un pasado hecho de numerosas victorias. Moffat interpretará según la misma línea teórica los plumajes tan brillantes que exhiben algunos pájaros. Dice que los colores no están destinados a captar la atención de las hembras, como suponía la teoría de la selección sexual. Habrían evolucionado –retomo sus términos– *como una pintura de guerra*, una advertencia coloreada para los machos rivales. "Prueba de ello –continúa– es que jamás vi conflictos, entre dos pájaros de plumaje brillante, en los cuales las plumas más notables no se exhiban de manera ostentosa durante la riña". Se invocan numerosos ejemplos, como el del combatiente, ave cuyas

5 Charles B. Moffat, "The spring rivalry of birds", *The Irish Naturalists' Journal*, vol. 12, 1903, pp. 152-166.

"decoraciones son tan útiles como un escudo en sus célebres batallas". Y cuando vemos a estos pájaros tan coloreados posados de manera tan notable encima de un arbusto, "¿no nos recuerda cada uno de ellos a una pequeña bandera resplandeciente, ubicada como si se tratara de marcar que tales o cuales espacios están bajo tal o cual dominio?". Esos colores son entonces los medios por los cuales los pájaros les hacen comprender a los otros la posesión de un territorio y –aclara Moffat– "si esto no permite ganar un espacio de tierra, al menos vuelven su posesión menos susceptible de ser perturbada". Moffat agregará, por otra parte, que "la rapidez con la cual los intrusos acostumbran batirse en retirada cuando son atacados o solamente amenazados por los 'tenedores establecidos' parece indicar que la reivindicación de la propiedad temporal [Moffat se refiere a las residencias estacionales] es respetada por toda ave sensata"[6].

En estas proposiciones de Moffat se dibujan dos hipótesis, se anuncian dos destinos teóricos. Por un lado, lo vimos claramente, los cantos y los colores no solamente tienen un valor de promoción, sino también de advertencia: limitan los conflictos. Esto es lo que me llevaba a ver en sus proposiciones una intuición semejante a la que inspirará ulteriormente la teoría de las señales honestas. La señal honesta puede jugar el rol de regulador de los conflictos en la medida en que, por ejemplo, el canto es un indicador fiable de la cualidad de un pájaro. No hay ninguna necesidad de medirse "realmente" en un combate para saber cuál será el resultado. Se evitan así los combates perdidos de antemano e inútilmente costosos en términos de energía o de riesgos. Hay que recordar que, desde los inicios de su historia, la cuestión de la agresividad ha estado asociada al territorio, y que la cuestión de la regulación de dicha agresividad, particularmente para Konrad Lorenz, estará inextricablemente ligada a su emergencia: el territorio se debería a la agresión y sería un modo de regularla repartiendo a los animales en el espacio, a distancia unos de otros. Volveremos sobre esto en el próximo capítulo.

[6] Citado por Margaret Nice, *op. cit.*, p. 445.

Pero por otro lado, lo que Moffat permite pensar con esa idea de que los colores y los cantos tendrían un valor de autopresentación, va a llevar a que algunos investigadores se interesen en un problema muy bello: el de las apariencias. Se bosqueja aquí la intuición de una de las dimensiones más interesantes del territorio, que Gilles Deleuze y Félix Guattari volverán particularmente perceptible en el libro *Mil mesetas*: el comportamiento territorial es ante todo un comportamiento expresivo. El territorio es *materia de expresión*. O, en los términos de Étienne Souriau, el territorio en los pájaros, con esos colores, esos cantos, esas posturas, esas danzas ritualizadas, está atravesado por *intenciones espectaculares*[7]. Lo cual quiere decir, igualmente, que el territorio crea modos de atención particulares: todo está territorializado, tanto quien recibe los mensajes como quien los emite. Se entra de concierto en un nuevo tipo de código.

Pero al afirmar que el territorio es materia de expresión, o intención espectacular, me alejo de la concepción según la cual esta espectacularización tendría la función de regular los combates substituyéndolos. Porque justamente, si el territorio se define como lugar de intención espectacular, la agresividad ya no es el motivo en el sentido psicológico, o la causa, de la actividad territorial, es su motivo en el sentido estético o musical, le da su estilo, su forma de presentación, su energía, su coreografía y sus gestos: la agresión deviene del orden del simulacro. Es desviada de la función "agredir" por otra función, una función expresiva. El comportamiento territorial toma prestados *formalmente* los gestos de la agresión, de la misma manera que lo hace el juego que toma prestado los gestos de los conflictos –morder, amenazar, perseguir, echar, etc.– para hacer de ellos otra cosa que tiene un valor totalmente distinto. La agresión como modalidad expresiva se emparenta entonces, como los gestos del juego en los animales, con el "hacer de cuenta": los gestos del juego, como los del territorio, abolen la materialidad de lo real, la subliman, para "solo conservar de ella una pura forma que vale por sí misma", como escribe Souriau. Son, por ejemplo, lo que llama mímicas, como cuando los rituales de amenaza

[7] Étienne Souriau, *op. cit.*, p. 32.

utilizan los gestos de la agresión bajo el modo del "hacer como si". Más adelante, dice que lamenta que "algunos biólogos interpreten las cosas de una manera demasiado racionalista, viendo una simple economía de los males del combate: dicen que con la mímica se obtiene el mismo resultado con menos daño. Pero el resultado conseguido con estos medios diferentes no es necesariamente el mismo. El vencedor no es el mejor combatiente, sino el mejor actor"[8]. La idea de que la agresión que parece guiar el comportamiento territorial sería una "puesta en escena", escena cuya extravagancia sería por cierto uno de los indicios más seguros, fue considerada por algunos investigadores. Recordaremos a Nice y su intuición de que se trata de un "juego de roles" flexibles e intercambiables. Nice escribirá que, entre los gorriones cantores, cuanto más impresionante es el espectáculo, menos serio será el enfrentamiento, dado que el bluf ocupa el lugar de la acción. Volveré sobre esto en un capítulo posterior, en la medida en que esta cuestión tuvo destinos muy diversos y sometió a los investigadores a un enigma apasionante: si todo eso es un simulacro y si, como algunos constatan, el resultado de los conflictos es tan previsible, *Cui bono?* ¿Para qué sirve?

Ahora, si me quedo lo más cerca posible de lo que propone Moffat, se ve que las apariencias, junto con el territorio, entran en nuevas relaciones de fuerza –potencia o magia de las apariencias capaces de operar a distancia para mantener a distancia–. Darwin consideraba que estos modos de aparecer tan particulares que son los cantos como "cosas para ser escuchadas"[9] y los colores y los pavoneos como "cosas para ser vistas", daban testimonio del efecto de la selección sexual. Tenían la función de atraer la atención de las hembras, de seducirlas. Como contrapartida, estas han ejercido una fuerte presión selectiva a favor de ciertos rasgos, los colores más brillantes, los cantos, las extravagancias coreográficas. Moffat rompe con esta teoría y afirma claramente que las hembras no tienen mucho que ver en el asunto. Otros investigadores siguieron sus pasos, pero sin excluir necesariamente el rol de

[8] *Ibid.*, p. 102.

[9] *Ibid.*, p. 62.

las hembras. Algunos propusieron que los colores, cantos y pavoneos habrían sido seleccionados por las hembras, y que luego habrían sido desviados hacia la función territorial de autopresentación. Otros consideran el camino inverso: el territorio habría permitido la emergencia de esas apariencias, después habrían tenido efectos sobre las hembras que habrían ejercido, por sus elecciones, una presión selectiva a favor de ciertos rasgos. Según cada una de estas versiones, los modos de aparecer estarían asidos en nuevos agenciamientos de potencias, se los volvería capaces de operar otras magias, de producir otros efectos –cautivar, atraer, seducir, crear deseo, impresionar, espantar, poner a distancia–.

Cualquiera sea la historia que elijamos contar entre estas dos, en esta perspectiva las apariencias –o modos de aparecer– están *puestas al servicio de* la potencia de afectar. Y si insisto sobre el hecho de que están "puestas al servicio de", es porque estas historias abren la de la vida a la invención y a la reinvención de usos, al bricolaje, a los rebusques, a las malversaciones, a formas exuberantes de oportunismo. Cualquier madera es buena para hacer fuego[10]... ¡Pero qué fuego! ¡Qué lujo! "El pájaro canta mucho más de lo que permite la teoría darwiniana de la selección sexual", escribía el biólogo neerlandés Frederik Buytendijk[11]. He allí un destino más del territorio, un destino frágil porque lo favorecen poco los biólogos, el de haber hecho pensar a algunos de ellos que no necesariamente todas las conductas están adaptadas ni son útiles, que, por ejemplo, "los pájaros son bellos porque son bellos por sí mismos", e incluso a arriesgar la hipótesis de que las grandes plumas tan coloridas habrían evolucionado para producir belleza –recién después habrían sido cooptadas para volar[12]–. Para estos biólogos no se trata de renunciar a la idea de que las funciones puedan

[10] *Faire feu de tout bois* es una expresión que significa valerse de cualquier medio para conseguir un fin [N. de T.].

[11] Citado por Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mille plateaux* ("1837. De la ritournelle"), Minuit, 1980, p. 55.

[12] Ferris Jabr cita al científico Richard O. Prum en el artículo que le dedica, "How beauty is making scientists rethink evolution", *The New York Times*, 9 de enero de 2019.

haber favorecido la adopción de algunos rasgos o comportamientos, a la idea de que haya una "captura" de las utilidades por parte de la evolución. Investigar una función equivale a rastrear una historia, la de la emergencia de una novedad que va a encontrar una vida, un ser que la albergue y que haga con ella alguna cosa, u "otra cosa", un ser que va a entrar en nuevas relaciones con el aire, la temperatura, los congéneres, el medio. Y lo que importa no perder de vista es esa "otra cosa". Pues Baptiste Morizot nos recuerda que el "¿de qué sirve"?, al que a veces nos vemos tentados a recudir la función, equivale a ocultar el hecho de que la selección natural se ha apoyado en el pasado sobre una multitud de funciones sucesivas de un mismo rasgo, y que "ricos posibles susurran así en esa herencia. Consecuentemente, el individuo dispone de un cierto margen de libertad para reinventar sus usos"[13]. El término "usos", que él propone, insiste sobre el hecho de que si los animales heredan ciertos caracteres que pudieron ser seleccionados porque fueron útiles en tal o cual circunstancia, esos caracteres cargarán con la memoria de los múltiples usos a los que pudieron estar asociados a los largo de su historia, las torsiones y las reinvenciones a las que se habrán prestado. Y estos usos quedan disponibles para hacer "otra cosa" con un mismo rasgo, pluma, canto o gesto agresivo, podrán incluso ser reclutados de nuevo por la selección en el marco de un uso completamente diferente.

Volviendo a Moffat, las hipótesis que afirman que los territorios son ante todo un asunto de los machos han sido objetadas algunas veces. Es verdad que la lógica misma manda que se incluya a las hembras: una buena parte de los territorios, de hecho la mayoría, están ligados a la reproducción. Pero también es verdad que, en estas diversas hipótesis, las hembras parecen siempre quedar al margen de las escenas territoriales, confinadas a menudo a un rol de espectadoras o, en el mejor de los casos, de figurantes –e incluso, la mayoría de las veces, al de recursos–. Con unas pocas excepciones. En 1935 se descubre que los cenzontles tienen dos territorios, uno de verano y uno de invierno, siendo este

[13] Baptiste Morizot, "Les animaux intraduisibles", in *Billebaude, Mondes sonores*, marzo de 2019, pp. 56-66, p. 61.

último un área de aprovisionamiento que será defendida por el macho y la hembra. En cambio, la hembra no defiende el territorio de verano. En el mismo año, el ornitólogo neerlandés Nikolaas Tinbergen informa que, en los falaropos, la hembra es la que reivindica y defiende el territorio. Ella realiza un vuelo ceremonial acompañado de llamados de amor para todo nuevo recién llegado. Si es una hembra, ataca, si es un macho, lo corteja. Algunas hembras más serán destacadas, algunas porque manifiestan un comportamiento territorial respecto de otras hembras, otras porque participan en los conflictos junto con los machos. Entre los petirrojos anillados que observa David Lack a fines de la década de 1930, los machos defienden un territorio todo el año, las hembras lo hacen en el otoño. Recordaremos que Barbara Blanchard había observado que lo que creyó que era un conflicto de fronteras entre dos machos, se debía, de hecho, a dos hembras. Su error dice mucho sobre qué se espera de ellas. Muy recientemente, tres investigadoras –Katharina Riebel, Michelle Hall y Naomi Langmore– se preocuparon por el hecho de que, aparentemente, entre los científicos nadie se interesaba por las hembras que cantan. El título de su breve artículo es elocuente: "Entre los pájaros cantores, las hembras todavía pelean por ser escuchadas". Evidentemente el canto es más raro entre las hembras que entre los machos. De todos modos –señalan–, a lo largo de estos últimos años comenzamos a darnos cuenta de que podrían ser mucho más numerosas de lo que se había pensado. Y que parecería que los cantos de las que se consagran a ellos son muy complejos, como también lo serían los aprendizajes. Para estas tres autoras, entre los pájaros cantores, machos y hembras habrían originariamente cantado por igual. Y no tenemos la mínima idea de la razón por la cual muchas de ellas habrían abandonado[14].

[14] Katharina Riebel, Michelle L. Hall y Naomi Langmore, "Female songbirds still struggling to be heard", *Trends in Ecology and Evolution*, 8, 2005, pp. 419-420. Ver igualmente Katharina Riebel, "The 'mute' sex revisited: vocal production and perception learning in female songbirds", *Advances in the Study of Behavior*, vol. 33, 2003, pp. 49-86.

No obstante, no deja de ser cierto que, en la literatura actual, el territorio sigue siendo un asunto de los machos. Pero en la medida en que, desde las primeras teorías, se considera como un elemento esencial en el proceso de reproducción, en un momento u otro las hembras van a tener que desempeñar allí algún rol. Por mínimo que sea. Para algunos científicos, entre ellos Howard, el territorio jugaría el rol de un lugar de encuentro. Tendría incluso la función de "preservar la libertad de movimiento para ambos". Howard elabora un escenario imaginario[15]: algunos pájaros construyen su nido algún tiempo después del apareamiento. Si la pareja no tuviera territorio, habría un lapso de tiempo, entre la fecundación y la construcción del nido, durante el cual el macho y la hembra vagabundearían libremente, guiados por la búsqueda de alimento. En tal caso, la reunión de la pareja se volvería completamente azarosa, pues no tendrían ningún lugar para encontrarse, nada que los atraiga a ambos y nada que los retenga. En cambio, si la disposición del macho lo lleva a establecer un territorio, cada uno es libre de ir y venir, e incluso de asociarse con otros, sin el riesgo de una separación permanente, y por lo tanto hay certeza de reencontrarse con el otro cuando haya llegado el momento de construir el nido.

Paralelamente, cuando las parejas viven separadas por fuera de la estación de reproducción, las hembras pueden encontrar más fácilmente a su compañero si este vuelve, como lo hacen muchos pájaros, al mismo sitio del año anterior. El territorio tendría entonces la función, o el efecto, de apegar a los seres, los machos al territorio, las hembras a los machos por su intermedio. De cierta forma, sería la invención de condiciones de apegos. Algunos van a considerar que el territorio está al servicio del encuentro, le ofrece la seguridad que permite los rituales de apareamiento. Estos son a menudo procesos largos, que requieren delicados ajustes –y es probable que las exhibiciones y los cantos participen de esos rituales por los cuales el macho estimula a la hembra, e incluso que sincronicen los ciclos de reproducción–.

[15] Henry Eliot Howard, *Territory in Bird Life*, op. cit., p. 131.

Por otra parte, el territorio protege a la hembra de las tentativas de otros pájaros. Por ejemplo, es el caso de los gorriones cantores, a los que Nice describe como auténticos granujas en estas cuestiones: "Los machos tienen el hábito de cortejar a las hembras vecinas durante la ausencia momentánea de sus machos de una manera particular, bastante grosera. Por lo tanto, el territorio parece una necesidad ligada al temperamento además de económica"[16].

Algunos científicos van a considerar la ampliación de la teoría de la selección sexual: las hembras quizás no elijan tanto un macho como un territorio particular. Las cualidades de este último determinarían su elección. Interesándose en esta cuestión, van primero a observar que el tamaño de los territorios y la elección del tipo de arreglo matrimonial –monogamia, o diversas formas de poligamia– están vinculados. Así, en una especie de colibrí, el colibrí insigne observado en Costa Rica, el macho instituye un territorio. Este será objeto de visitas por parte de las hembras con el fin de alimentarse. Serán echadas, van a insistir, hasta que se apareen con el macho. Desde ese momento, las tolera. Con la condición de que no se alimenten del néctar de las flores cuya exclusividad se reserva. Esto lleva a los autores a plantear la hipótesis de que las hembras no eligen tanto un macho como una cierta calidad del territorio. La selección sexual no es objetada, sino que ahora incluye todas las características que pueden importar en la elección de la pareja. "Desde esta perspectiva – escriben Larry Wolf y Gary Stiles– los territorios son caracteres sexuales externalizados, como los arcos de los pergoleros"[17].

A principios de la década de 1960, Jared Verner observó dos grupos de cucaracheros pantaneros en el estado de Washington, uno en la región de Seattle, el otro a unos cuatrocientos kilómetros de allí,

[16] Margaret Nice, *op. cit.*, p. 461.

[17] Larry L. Wolf y Gary Stiles, "Evolution of pair cooperation in a tropical hummingbird", *Evolution*, vol. 24, 1970, pp. 759-773. Se podrá relacionar esta hipótesis con lo que el biólogo Richard Dawkins llamó el fenotipo extendido, considerando el nido del pájaro, o también la tela de la araña, como una extensión del organismo (*The Extended Phenotype*, Oxford University Press, 1982).

cerca del pueblo de Cheney, en Turnbull[18]. Dado que algunos pájaros eligen la poligamia y otros no, Verner proyecta comprender las razones de estas elecciones en función de los tipos de territorio. Las dos poblaciones estudiadas difieren en muchos aspectos. Por ejemplo, en Seattle los machos alimentan a las crías a lo largo de toda la estación, en Turnbull solo lo hacen al final. Tanto en Seattle como en Turnbull, muchos machos –pero no todos– son polígamos, lo cual hace que algunos queden solos a pesar del hecho de que tienen un territorio. Las hembras basarían su elección en la calidad del territorio, y por lo tanto se encontrarían en algunos casos cohabitando con otras que hicieron la misma elección –apuntaría de pasada que si es así, la poligamia de los machos no sería tanto una estrategia "viril", como se la presenta a menudo, sino que resultaría de una elección de las hembras de cohabitar de a varias con un mismo compañero–. Entre los machos bígamos de Seattle, se constata que la puesta de las dos hembras está ajustada de tal suerte que prácticamente solo haya dos días de superposición entre los ciclos: cuando las crías de la primera comienzan a salir del nido, eclosionan los huevos de la segunda. Cada una gozará de la ayuda exclusiva del macho, durante casi la totalidad del período de nidificación. En cambio, en Turnbull los machos solo ayudan al final de la estación y esa sincronización no se observa. Verner evaluó la calidad de los territorios y concluyó que no es muy importante la superficie, sino más bien la calidad de lo que se encuentra en ella. Las hembras de Turnbull, apegándose a un macho que reside sobre un territorio mejor, y compartiéndolo con otra hembra, elegirían entonces una ayuda menor que si hubieran optado por un territorio de menos calidad habitado por un macho soltero. Pero, claramente, algunas eligen esta última opción, lo que explica que los cucaracheros pantaneros no sean todos polígamos. Verner menciona a este respecto al macho 25, cuyo lugar, aunque muy ventajoso desde el punto de vista de la superficie, disponía de muy poca vegetación para ponerse a cubierto, lo cual evidentemente resulta determinante para

[18] Jared Verner, "Evolution of polygamy in the long-billed marsh wren", *Evolution*, 18, 1964, pp. 252-261.

las hembras. Ese macho –cuenta Verner– tendrá menos éxito y solo logrará aparearse tardíamente, a duras penas. "Y cuando finalmente logró aparearse, su nido estaba emplazado de manera tan precaria que decidí atarlo sólidamente para evitar que se caiga".

Quisiera detenerme por un instante en esta historia. Aquí sucede algo importante que nos indica que no todas las prácticas han cedido a las convenciones vigentes en las ciencias, que exigen distancia e indiferencia respecto de aquellos que observamos, o que prohíben algunas interferencias –prohibición muy relativa o muy parcial, lo veremos más adelante–. Me vi tentada de decir –este fue mi primer reflejo– que la práctica de Verner lleva la marca de las prácticas de los aficionados. Pero esto sería olvidar que las prácticas de los amantes de los pájaros han sido de una violencia innegable –lean el magnífico *Le Traquet kurde* de Jean Rolin para hacerse una idea de lo que también pudo querer decir "amar a los pájaros"–. En el siglo XIX, muchos amantes de los pájaros fueron coleccionistas, y todo conduce a creer que, para algunos, amor y apropiación pudo haber tenido la evidencia de una ecuación. Entonces, para evitar analogías que obligan a pasar por alto lo que hace que las semejanzas crujan, diríamos que Verner es ejemplo más bien de una práctica de atención particular. Y no puedo evitar vincular intuitivamente este régimen de preocupación y de atención con el que guía su investigación. Es una práctica que se apega a las diferencias. Y al apegarse a esas diferencias, a las cosas que cuentan, el investigador es tocado por las cosas que importan para los pájaros. Por supuesto que esta práctica se inscribe en una teoría que pretende explicar una pregunta masiva –la elección de la poligamia–, pero se esfuerza justamente por explicarla tomando activamente en cuenta *esos* cucaracheros, con sus elecciones diferenciadas, y cuyas diferencias indican cómo, ante las opciones posibles, cada uno intenta arreglárselas lo mejor que puede. O a veces no tanto. Y esto produce historias, auténticas historias, aventuras de lo cotidiano que comprometen vidas, con actores sólidamente dotados de intenciones, proyectos y deseos. Así, por ejemplo, el macho 16, que llegó al pantano el 2 de abril de 1961, mucho después de que los machos hayan establecido su territorio. Se instaló en una zona desocupada. Pero un poco después, comenzó a

desafiar al macho 2, cuya compañera estaba lista para poner. Hostigado, tomado por las coacciones de la situación, el macho 2 se encontró obligado a ceder una parte de su territorio y ocupó solamente una pequeña parcela de él. El macho 16 se encontraba ahora con casi la totalidad del territorio, incluido el espacio que rodeaba al nido. "Es la única vez –escribe Verner– que un recién llegado expulsó a un macho establecido del espacio de sus actividades, lo que me lleva a pensar que 16 es mucho más agresivo que la media". Ante la defección forzada del macho, la hembra se quedó con el macho 16, seguramente porque estaba a punto de poner y su nido ya estaba recubierto. Pero después de haber terminado el ciclo de reproducción, desertó del territorio y fue a juntarse con un tercero en discordia, el macho 13, que hasta allí había quedado solo, seguramente porque su territorio no era de muy buena calidad. Dice Verner que es uno de los muy pocos casos en los que se ha visto que una hembra cambia de compañero mientras el primero todavía está vivo. Pero se puede pensar –escribe– "que el comportamiento anormalmente agresivo del macho 16 provocó la partida de una hembra anormalmente conseguida [anormalmente, puesto que él había usurpado el lugar del residente ya en pareja]. Lo cual indica también que 16 jamás habría conseguido una compañera si se hubiera instalado en el pantano en el comienzo de la estación, cuando los otros machos todavía estaban libres". Había evocado, con Isabelle Stengers, el hecho de que conocer podía incumbir a una cuestión de gusto. Más allá de la constatación de que Verner transgredía los códigos científicos al implicarse e interferir a favor del desgraciado, sin duda es esto lo que provocaba mi primer reflejo, el de pensar su práctica como la de un aficionado –las prácticas de los que "aman" y desarrollan una pericia apasionada–. Son prácticas de gusto. La analogía con los amantes de los pájaros es demasiado fuerte si nos lleva a borrar el hecho de que, entre esos aficionados que eran los coleccionistas, amar no era ni un vínculo romántico ni una relación inocente. Pero la analogía se sostiene si uno considera, por un lado, que los aficionados a los pájaros han cambiado y han entrado en otras costumbres con los pájaros. Por otro lado, se sostiene mejor todavía si uno lee las historias de los cucaracheros de Verner como dando cuenta

del buen gusto de quienes (al igual que los amantes de la música, del vino, o de todo lo que se vuelve una cuestión de gusto por el hecho de que es amado) buscan ínfimas diferencias que cuentan, son tocados por esas diferencias y cultivan el arte de hacer que cuenten.

Volvamos a las hipótesis. Un enorme número de autores van a considerar también que el territorio puede tener una función de protección contra los predadores. El pájaro conoce los lugares, está familiarizado, y sabe entonces dónde esconderse –acabamos de mencionarlo con el cucarachero 25, cuyo territorio tenía el defecto de que no permitía ponerse a cubierto–. También mencionamos que ofrece una protección –relativa, el macho y la hembra víctimas de la intrusión de 16 pueden dar cuenta de ello– frente a interferencias de los congéneres. Esta función protectora del territorio fue entendida a menudo en el marco de una competencia (en torno a las hembras o a los recursos). Pero a fines de la década de 1940, los ecologistas de la escuela de Chicago, bajo la dirección del zoólogo Warder Clyde Allee, van a proponer una hipótesis mucho más amplia que traduce al mismo tiempo su interés por la vida de las comunidades, por las relaciones de interdependencia que crean y mantienen esos "ensambles", y por la manera en que los animales hacen la experiencia subjetiva de lo que viven. Los investigadores tienen una tendencia –escriben– "a retener solamente, y a poner un acento excesivo sobre, los momentos dramáticos de la vida de los animales. Pero los animales, como las plantas, en numerosas condiciones simplemente persisten. Por lo tanto, es crucial investigar las relaciones no dramáticas que los vuelven capaces de continuar viviendo cuando nada está en juego, más allá de la simple persistencia. Los animales no hacen nada más que permanecer con vida. [...] El aislamiento tranquilo de animales que son por cierto capaces de una actividad extrema, es a menudo una parte fundamental del hecho de vivir"[19]. Señalemos de pasada que esto lleva a los autores a la reprobación de las prácticas experimentales, pues "la mayoría de las veces un observador no tiene nada

[19] Warder Clyde Allee, Alfred E. Emerson, Orlando Park, Thomas Park y Karl P. Schmidt, *Principles of Animal Ecology*, Ed. Saunders, 1949, p. 6.

que hacer, salvo esperar y mirar. De hecho, la paciencia es uno de los primeros requisitos para el estudio naturalista de una vida silvestre no perturbada, e incluso cuando la atención se reduce a unas pocas aves o mamíferos. La impaciencia es una de las razones principales del crecimiento de los experimentos en ecología". Desde la perspectiva de que una dimensión crucial de la vida de los animales sería la quietud, el territorio jugaría un rol importante: no es solamente un lugar de protección, sino también un lugar de ruptura con el régimen de la actividad. Una actividad continua en una comunidad –explican los autores– tendría como consecuencia una demanda excesiva que resultaría en el agotamiento o en la muerte. "En lugares protegidos se vuelven posibles momentos periódicos de recuperación marcados por una inactividad relativa, momentos en que el animal ya no responde, o ya no tan rápidamente, a los estímulos".

En esta perspectiva, el territorio deviene –y de un modo bastante paradójico, habida cuenta de la agitación que puede reinar en él– un lugar donde la vida colectiva se pone en sordina, un espacio de retiro –pero justamente, ¿la paradoja no es, al menos en parte, el producto de cierta atención que ponen los investigadores en la agitación?–. Sería un espacio de ruptura parcial con las usos de la vida social, una tregua durante la cual se instalan otros hábitos, protegidos por las formas de convenciones consuetudinarias que son las fronteras y que serían también los "roles" de los que hablaba Margaret Nice. En suma, un lugar de vida tranquila. Nice, justamente, consideró la idea de que el territorio pudiera estar ligado a cuestiones de confort, a cuestiones de previsibilidad y de hábitos. El territorio –dice ella– es sobre todo una cuestión de hábitos. El hecho de anillar a los pájaros permitió mostrar que muchos vuelven a su cuartel de invierno, ya sea en condiciones normales o cuando están deportados en condiciones experimentales. Cita al ornitólogo y ecologista británico Frank Fraser Darling, que escribe en 1937: "El conservadurismo de los hábitos, un factor de importancia para la supervivencia, tiende a restringir los movimientos a un espacio particular. La elección constituye otra razón por la cual los individuos o los grupos permanecen en el mismo sitio. *Los animales viven en sitios determinados porque les*

gustan. La familiaridad con una parcela de tierra le permite al animal utilizarla de manera ventajosa para su confort y su bienestar"[20]. Y nosotros –comenta Nice–, que amamos sentarnos en el mismo lugar en la escuela, en la iglesia o en la biblioteca, estamos familiarizados con ese tipo de hábitos. Esta idea de un apego al lugar es rara en este dominio, pues los científicos generalmente son bastante ascéticos con esas nociones. Sin embargo, en los científicos de la escuela de Chicago, Allee y sus colegas, encuentro algo que me parece que va en ese sentido. Mencionan el hecho de que muy a menudo los animales migran, no como reacción a un peligro, sino porque perciben señales que les parecen desagradables. "No podemos decidir si en ese comportamiento hay que discernir sentimientos semejantes a los sentimientos estéticos o si tenemos que investigar aspectos mecánicos del equilibrio mental". Algunas líneas más adelante, agregan que aunque hay que estar atentos a los riesgos del antropomorfismo, les parece desafortunado tener que utilizar una raíz griega o latina que signifique "amar" para describir una relación ecológica (como la filopatría) –"como si el hecho de decirlo en inglés fuera ridículo o reprensible"[21]–.

Podríamos evocar muchas versiones más de lo que puede ser un territorio para un pájaro. Al ritmo de las investigaciones, van a aparecer otros territorios, con otras formas, otros motivos, otras convenciones.

La posibilidad de encontrar una teoría parece tanto más incierta en la medida en que las variaciones se multiplican, no solamente entre las especies, sino en el seno de la misma especie en hábitats diferentes. Y a veces incluso en el seno de una misma especie que comparte el mismo hábitat, lo vimos con los cucaracheros. Los verdugos flautistas, una especie de urraca australiana, pueden vivir en grupos territoriales estables de 2 a 10 individuos, de los cuales estarán habilitados para reproducir un máximo de tres parejas –aunque una subespecie del oeste de Australia forma grupos que llegan a los 26 individuos, entre

[20] Margaret Nice, *op. cit.*, p. 468.

[21] Warder Clyde Allee *et al.*, *op. cit.*, p. 8.

los cuales 6 machos adoptaron el régimen de la poligamia–[22]. Entre los verdugos flautistas, los grupos mismos difieren. El ornitólogo escocés Robert Carrick, que los estudió a fines de la década de 1950 en Australia, registró cuatro tipos de organizaciones en un mismo sitio. Por un lado, observa grupos permanentes que están bien establecidos sobre territorios vastos cuyo alimento es abundante. Grupos llamados "marginales" ocupan zonas más pobres. Se encuentran también –dice– grupos "móviles", que se desplazan entre los sitios de alimentación y los de nidificación, y grupos "abiertos", que se forman en los pastizales y duermen en un bosque a poco más de un kilómetro. Estos últimos no son territoriales, no nidifican, y en parte estarían constituidos por pájaros de colectivos que se habrían separado –la pérdida de un macho dominante en un grupo suele conducir a su desmembración–. Se observa que, entre las hembras de los grupos no territoriales, los ovocitos no se desarrollan. Los grupos móviles pueden tener huevos, pero las crías difícilmente sobreviven. Obligados a ir lejos para alimentarse, los padres los dejan sin vigilancia, y entonces suelen ser víctimas de la depredación de las cornejas, los halcones o –según los autores– de los *Homo sapiens* inmaduros que roban las crías para convertirlas en animales domésticos. Otra característica de estos grupos es que la mortalidad no solamente afecta de manera diferente a las familias de los grupos permanentes y de los grupos móviles, sino que variará también en función de la territorialidad misma. Durante el invierno frío y húmedo de 1956, una forma de tuberculosis mató muchos pájaros. Como se esparcía por contacto, no mató a ningún pájaro territorial, mientras que en los bosques de los alrededores, en el momento más álgido de la epidemia –dice el autor– recogían todos los días pájaros muertos provenientes de los grupos abiertos. Esta descripción sucinta permite mostrar la posible presencia de un buen número de funciones asociadas al territorio: la muerte de los verdugos débilmente territorializados durante una epidemia le daría

[22] Robert Carrick, "Ecological significance of territory in the Australian Magpie, Gymnorhina tibicen", *Proceedings of the XIIIth International Ornithological Congress*, 1963, pp. 740-759.

la razón a David Lack y a muchos otros, que piensan que el territorio protegería de los parásitos y de los vectores de enfermedad porque pone distancia. El éxito que parecen aportar los territorios estables mostraría que ofrecen un ahorro real de recursos en la búsqueda de alimento –esta función no es necesaria, pero evidentemente el territorio facilita la vida–. Organiza la vida social, favorece los desarrollos fisiológicos que permiten la reproducción…

Otros investigadores vienen con observaciones de nidos colectivos. La defensa del territorio, en este caso colectivo, no se debe al sexo ni al alimento, sino a la protección de un espacio de tierra que constituye de hecho la extensión del sitio de nidificación.

Los territorios se multiplican. Al ritmo de los descubrimientos, lo vemos, aparecen otro territorios. Y ahora ya no digo otras hipótesis, otras perspectivas, sino otros *territorios*, otras maneras de habitar, por lo tanto, de hacer mundo. A medida que se suman investigaciones, los hábitos –y hablo de los hábitos de los pájaros– divergen cada vez más. Y más divergen en la medida en que las circunstancias los modifican, en que los pájaros tienen trayectorias de vida que difieren, y en que estas trayectorias no solamente pueden favorecer la emergencia de nuevos usos, sino también conservar a veces hábitos incorporados por los ancestros. Lo cual significa que la elección de un territorio no necesariamente atestigua una adaptación óptima a las situaciones tales como nosotros las conocemos. Así, por ejemplo, los carboneros comunes evolucionaron en los bosques nativos de los países nórdicos y sufrieron una fuerte presión selectiva relacionada con numerosos predadores. Con la fragmentación de los bosques, los predadores prácticamente desaparecieron. La instalación de pajareras artificiales en muchos lugares aumentó considerablemente la densidad de los carboneros. Pero nada permite afirmar que eligen su territorio en función de lo que algunas teorías podrían proponer, en este caso los recursos alimentarios, y podríamos igualmente suponer que siguen siendo guiados por indicios indirectos de menor riesgo de depredación.

Mencioné que Robert Hinde llegaba a constatar la imposibilidad de asignar, de manera fiable, una función determinada a un territorio dado. Finalmente, dirá por otra parte, no podemos esperar compren-

der el rol del territorio para pájaros determinados si no tenemos un conocimiento íntimo de sus historias de vida. La ecologista estadounidense Judy Stamps, que retoma esta última observación, señala que estas conclusiones, sin ninguna duda pertinentes, disuadieron a los científicos de campo y a los teóricos de intentar formular una teoría global a propósito de esas funciones[23]. Mejor así, agregaría yo. Solo que no es del todo cierto.

[23] Judy Stamps, "Territorial behavior: testing the assumptions", *Advances in the Study of Behavior*, vol. 23, 1993, pp. 173-232, p. 176.

CONTRAPUNTO

No es del todo cierto por dos razones. En primer lugar, porque si es parcialmente cierto (y solo parcialmente, lo veremos en el capítulo que sigue) para la época que va desde principios del siglo xx hasta fines de la década de 1950, la década de 1960 conocerá un giro crucial. Los investigadores van a encontrar, finalmente, la manera de crecer en generalidad gracias a las teorías económicas. Las aplican a diversos problemas, lo que les permite calcular costos y beneficios de cada estrategia comportamental y formalizarlas en modelos matemáticos. Estos van a multiplicarse a una velocidad creciente. Las estrategias territoriales van a constituir un objeto privilegiado. Al hecho de tener o de defender un territorio se le asocian costos, en términos de la energía gastada para su vigilancia y el mantenimiento de las fronteras, para los comportamientos de exhibición y de advertencias, los comportamientos agresivos y los riesgos que se toman para excluir a los rivales. Los beneficios se calculan según la posibilidad de acceso a recursos limitados, incluidas las hembras. Asignándole el rol de funciones a estos beneficios (alimentarias, de reproducción o de regulación de la densidad) y ponderando los valores estimados de los costos, los modelos permiten elaborar "estrategias estables desde el punto de vista evolutivo" y, por lo tanto, matematizar las historias. Al fin y al cabo, hay reglas y leyes en todo este asunto. Por fin vamos a deshacernos de esa diversidad incorregible,

de esas vidas individuales tan indisciplinadas, de esas circunstancias que arruinan la unidad de las tablas, y de ese apetito lamentable de los seres vivos por las variaciones. Hemos encontrado un convertidor universal, la economía. Por fin podremos unificar teóricamente a los territorios.

Pero, si hemos de hablar como los economistas, todo eso también tiene un precio. El primero parecerá seguramente anecdótico: la lectura de los artículos se convierte en un verdadero suplicio. Cifras, ecuaciones y grafos. Los animales no están del todo ausentes, se los convoca generalmente al final de los artículos. Una vez que las ecuaciones de los modelos han demostrado cuáles deberían ser las elecciones razonables, acuden tales o cuales animales a probar que sí, de que es así como se organizan. Y esta vez marchan al paso. Pero indudablemente a mí me gustan más las historias que las cifras, y no soy lo suficientemente sensible a la estética de los grafos, a los colores de los gráficos de torta y a la coreografía de las curvas que formalizan los costos y los beneficios. Todo eso no me dice nada. Pero al mismo tiempo, esto dice otra cosa y, sobre todo, *no dice* otras cosas. Pues el precio a pagar no es solamente una cuestión de gustos, toca un problema de negligencia. El precio de estos modelos –explica Bruno Latour– es el que requiere la adhesión de las teorías económicas a una creencia reciente según la cual "solo se puede calcular el interés del individuo –estatal, animal, humano, da lo mismo– de una única manera: poniéndolo sobre un territorio que solo le pertenece a él y sobre el cual reinaría de manera soberana; y luego, remitiendo 'al exterior' lo que no *debe* ser tomado en cuenta. Esta es tanto la novedad como la artificialidad de este tipo de cálculo, que es bien señalada por el término técnico "externalización", sinónimo exacto de *negligencia calculada* (...)"[1].

Estos modelos económicos que ambicionan legislar la organización de los territorios exhiben un amplio "fuera de cuadro" de negligencia calculada: se focalizaron mayoritariamente sobre el recurso alimentario. Así, como señala la investigadora Judy Stamps, los riesgos de predación fueron eliminados de los cálculos, al igual que el rol de los parásitos y muchas otras cosas que podrían haber importado. En los artículos y en el imaginario de los investigadores, esto implicó sobre todo una reducción considerable del número de factores que pueden motivar a los animales y, entre estos, los factores sociales. Con las teorías económicas, el interés se desplaza sobre los efectos de competencia entre los congéneres. Vecinos, vagabundos, intru-

[1] Bruno Latour, *Face à Gaïa. Huit conférences sur le nouveau régime climatique*, La Découverte, col. "Les Empêcheurs de penser en rond", 2015, p. 348.

sos... todos son integrados a una ecuación como factores que contribuyen al costo de la defensa territorial. Hay que aclarar aquí que las prácticas de observación han estimulado fuertemente esta manera de pensar: los comportamientos agresivos son más notables y más visibles, son igualmente medibles; no lo son, o difícilmente lo son, los beneficios sociales más sutiles que los poseedores de territorio podrían ofrecerse mutuamente, a veces activamente, a veces por el simple hecho de estar ahí. Por ejemplo, es más fácil contar el número de conflictos en los que se metió un pájaro, que medir los efectos de los vecinos sobre la capacidad de ese mismo pájaro para detectar o expulsar un intruso que podría amenazarlo. Agreguemos que muchas investigaciones sucedieron en laboratorios (esto vale sobre todo para los peces, pero los pájaros no escaparon del todo), esos espacios cerrados donde a veces solamente la agresión le permite al animal hacer frente a una situación que lo supera. La competencia como modo de pensamiento se impone mucho mejor en la medida en que el territorio se define por la calidad de los recursos alimentarios. El cálculo está entonces casi armado de antemano: si la densidad aumenta, el alimento disminuye; los animales solo pueden ser competidores[2]. Así va a desaparecer de la escena una observación que muy tempranamente había dejado bastante perplejos a algunos investigadores, habida cuenta del distanciamiento que los territorios parecen operar prioritariamente: el hecho de que, paradójicamente, los animales territoriales parecen buscar la presencia de los otros. Y de que el territorio sería quizás un medio a través del cual la consiguen. Volveremos sobre esto.

[2] Judy Stamps, "Territorial behavior: testing the assumptions", *op. cit.*

Capítulo 3
Sobrepoblar

La esencia de la territorialidad es entonces regular el número de los ganadores y dividir la población entre "los que tienen" y "los que no tienen".

—VERO COPNER WYNNE-EDWARDS[1]

Ya he señalado que las teorías económicas no son las únicas que han intentado volver a poner un poco de orden en esa indisciplina de los usos. En efecto, antes que ellas hubo una teoría cuya ambición explícita consistía en poder dar cuenta de la razón última de los territorios, de su verdadera función, independientemente de todas esas funciones dispares que permite asegurar. Y si tuviera que decirlo en una fórmula simple, esta teoría no pretendía nada menos que tener la última palabra.

La teoría de la regulación de la población, regulación demográfica o regulación de la densidad, aparece muy tempranamente sin presentar, no obstante, el carácter totalizante que adquirirá más adelante. Moffat la propuso primero. Según él, el territorio divide un espacio dado en parcelas, de tal suerte que, en un momento dado, estas terminan por estar distribuidas completamente entre los pájaros: "Una vez alcanzado

[1] Vero Copner Wynne-Edwards, *Evolution Through Group Selection*, Blackwell Scientific Publication, Oxford, 1986, p. 6.

ese estado venturoso, el número de parejas reproductoras sería cada año el mismo, el número de nidos y de pequeños criados también, y ya sea que la mortalidad invernal sea alta o baja, el número de pájaros en la región seguiría siendo el mismo"[2]. La idea de esa gran tragedia de la lucha por la existencia de Darwin –dice– que permitiría dar cuenta de la relativa estabilidad de las poblaciones, exigiría de hecho –Moffat lo calculó– una mortalidad del 90% entre los pequeños antes de que estén en edad de reproducir. Si tal mortalidad es factible en el pez caníbal y entre los grandes multiplicadores que son los insectos, no es plausible entre las aves. Moffat censó durante años una colonia de golondrinas. Observa que el número que vuelve cada año en la primavera es prácticamente el mismo que el que partió en otoño. Los famosos peligros de la migración –dice– son como máximo espasmódicos. Puede haber un huracán destructor o un invierno terrible, pero estos acontecimientos no tienen la frecuencia que sería necesaria para impedir que las aves aumenten su cantidad según una curva de crecimiento geométrico. Hay por lo tanto otros procesos de restricción, y si no conocemos –dice– mucho sobre ellos, "afirmo que no debemos aceptar la creencia no verificada de que funcionan siempre *matando*"[3]. Darwin relativizó el concepto de *struggle for life* confiriéndole el estatus de metáfora, pero no tomó en consideración que lo que frenaba el crecimiento geométrico en los animales es el hecho de que muchos "viven una vida de solterones o de solteronas". Se ha pensado que las aves pelean por una hembra. ¿Por qué lo harían, si están siempre seguras de que siempre encontrarán una, puesto que hay tantas hembras como machos y evidentemente cualquiera puede servir? –esto lo afirma Moffat–. Pero la cuestión es totalmente diferente si uno considera que el resultado de la batalla es "impedir que el vencido construya una familia en la vecindad". "Los aves pueden o no darse cuenta de la importancia de proteger a su futura familia contra los males de la sobrepoblación", pero "como la tierra es un bien

[2] Fabienne Raphoz, *Parce que l'oiseau*, Éditions Corti, col. "Biophilia", 2018, p. 45.

[3] Charles Moffat, *op. cit.*, pp. 153 y ss. para las citas.

limitado, los machos deben pelearse en la primavera para resolver esa cuestión". En cada una de las batallas, el vencido es expulsado y sus proyectos matrimoniales son destruidos: "No es que no pueda encontrar una compañera, es que no tienen ningún hogar para ofrecerle". Resaltaría, de pasada, que uno siente que en las palabras de Moffat despunta esa forma de "indiferencia" que caracterizará a la teoría de la regulación –un modelo que vale para todas las situaciones, desde entonces "indiferenciadas" por sus premisas–. Así, el hecho de que las hembras son "todas iguales" a los ojos de los machos, o también la idea de que la proporción de machos y hembras es idéntica, lo cual solo es cierto teóricamente y a menudo es refutado por los hechos, pues la mortalidad afecta de manera diferente a los sexos. Y si la tierra puede ser un bien limitado, no lo es en todas partes.

Howard sostendrá una hipótesis similar, aunque con menos fantasía. Pero ella conocerá su auténtico frenesí con la teoría de Konrad Lorenz y su libro *Sobre la agresión. El pretendido mal*[4]. Lorenz parte de una pregunta que ya puede leerse en el título: ¿por qué puede ser bueno ese mal que es la agresión? Aunque la agresión desempeña un rol muy comprensible en las relaciones presas-predadores, se puede plantear la cuestión de por qué se mantiene en las relaciones intraespecíficas. Según Lorenz, tendría una primera función de repartición de los individuos en el espacio con el fin de evitar la sobreexplotación de los recursos. Si en una cierta región, un cierto número de médicos y de panaderos desean ganarse la vida, harán bien en instalarse tan lejos como sea posible unos de otros. Lo mismo sucede con los animales que ocupan un espacio dado: será útil que se repartan lo más regularmente posible en el espacio vital disponible. La agresión elimina de la manera más simple el peligro de que, en una parte del biotopo disponible,

[4] Konrad Lorenz, *op. cit.* Señalemos que, justo un año antes, el zoólogo británico Vero Copner Wynne-Edwards propondrá hipótesis semejantes, que pone al servicio de la teoría de la selección de grupo. La recepción de su trabajo fue muy controvertida. Para un análisis de su teoría, remito a mi primer obra: *Naissance d'une théorie éthologique. La danse du cratérope écaillé*, Les Empêcheurs de penser en rond, 1996.

una población demasiado densa de una única especie de animales agote todos los recursos alimentarios. Por lo tanto, en la hipótesis de Lorenz la agresión desempeña un rol de regulación de la distancia y de repartición de los individuos en el espacio. Esta repartición conduce a la territorialidad[5]. Desde luego que la agresión prevalece, pero –subraya Lorenz– muchos mecanismos tendrán la función de canalizarla y "civilizarla". Serán principalmente las exhibiciones y los rituales, las amenazas que permiten retrasar el conflicto e incluso sustituirlo, y las posibilidades de trastrocar la agresividad en otras conductas, de reorientarla o de inhibirla.

Es indiscutible que esta teoría sedujo. Seguramente, las razones son muchas. Sin dudas, su poder unificador debe haber desempeñado un rol convincente, habida cuenta de la deleznable diversidad de los motivos. Presentaba otra ventaja, que los investigadores aprovecharon: es fácil de testear experimentalmente. Así, por ejemplo, si uno puede mostrar que al retirar los machos de su territorio, otros se abalanzan para reemplazarlos y lanzarse a su turno en la aventura de la perpetuación de la especie, encuentra la prueba de que habría un gran número de solteros excluidos de la reproducción "para preservar los recursos", que forman además una reserva en caso de condiciones extremas y de fuerte mortalidad. Por otra parte, esto se alinea bien con la idea inextirpable de que la selección favorece a los más fuertes, puesto que solo ellos reciben la carta blanca que les permite transmitir sus genes. Y se corresponde igualmente con una visión competitiva en un mundo de recursos limitados. ¿Pero limitados por quién? ¿Cómo? ¿Dónde? El naturalista ruso de fines del siglo XIX, Piotr Alekséyevich Kropotkin, ya había demostrado que la limitación de los recursos y la sobrepoblación no eran un problema universal en la naturaleza, y que solo se imponen como coacción en circunstancias muy precisas[6]. A pesar de los innumerables casos en que se ve que no funciona así, que la selección tiene más de un as bajo la manga, e incluso que no se

[5] *Ibid.*, p. 40.

[6] Pierre Alexandre Kropotkine, *L'Entraide. Un facteur de l'évolution*, éditions du Sextant, 2010.

inmiscuye en muchas cosas, la idea de que el territorio fue seleccionado para evitar la sobrepoblación sigue imponiéndose, sorpresivamente si uno tiene en cuenta que, lo mínimo que se puede decir, es que fue ampliamente contradicha por los hechos.

Si los pájaros evitan *localmente* la sobrepoblación, esto no quiere decir que la eviten *generalmente*. Unos investigadores neerlandeses estudiaron durante años la densidad de varias especies de páridos en los Países Bajos[7]. Por un lado, constatan que el número de animales se mantiene constante de un año al siguiente en lugares determinados, aunque los sitios de nidificación sobran y el alimento disponible varía de un año a otro. Una vez que cierto número de pájaros se instalaron, los siguientes van a buscar establecerse en otra parte, en un sitio menos favorable pero menos densamente ocupado. David Lack convocará a los carboneros comunes. Constata que la mortalidad en el nido es baja, y la mayoría de las veces solo sucede cuando faltan los recursos –orugas, en este caso–, a menudo en el momento de las segundas nidadas: las crías tienen hambre y gritan, lo que atrae a los depredadores. El cálculo de Lack es simple: a razón de una puesta de 12 o 13 huevos por pareja y por año, el crecimiento de la población debería ser del 600%. Sin embargo, no se constata un crecimiento en el largo plazo. Además, los límites de densidad son superados a menudo. Según Lack, el territorio no regula la población. La regulan los recursos alimentarios, que solo actúan tardíamente, cuando los pequeños adquieren independencia. Solo *en ese momento*, y no en otros, la mortalidad por insuficiencia de recursos es un factor decisivo.

Muchos investigadores han discutido igualmente la idea de sobrepoblación porque pasaba por alto una observación crucial: es absolutamente evidente que los pájaros juntan sus territorios. ¿Por qué no los esparcen? Desde luego, algunos responderán que los sitios más atractivos atraen a la mayoría. Pero parecería que esto no siempre es así, y que los pájaros podrían tener otras razones. A fuerza de

[7] Huyb Kluyver y Lukas Tinbergen, "Territoriality and the regulation of diversity in Titmice", *Archives Néerlandaises de Zoologie*, vol. 10, 1953, pp. 265-274.

focalizarse sobre el problema de la sobrepoblación –escriben Warder Clyde Allee y sus colegas ecologistas de Chicago– se ha olvidado que la subpoblación constituye un problema igual de crucial para algunos animales. No es casual que Allee haya estado particularmente atento a esta dimensión, puesto que justamente todo su trabajo ha consistido en prestar atención a la manera en que la vida de cada ser descansa sobre las vidas de otros, en "ensambles ecológicos" a los que también llama "comunidades de vida", insistiendo en el hecho de que son ensambles en cuyo seno todos los organismos desempeñan un rol crucial como condición de existencia para los otros –lo que Allee llama "facilitación" o "protocooperación"–. Todos los seres de una comunidad, muertos o vivos, desde las bacterias que hicieron posible a los seres que respiran o que renuevan la fertilidad del suelo, hasta "la lluvia de organismos muertos que caen desde la superficie del océano y permiten así el desarrollo de la vida en las grandes profundidades oscuras del mar", forman "asociaciones"[8]. Allee toma prestada de Darwin la noción de "red de vida" y el ejemplo con el cual ilustraba la importancia más inesperada de un ser para otro en una sucesión de interdependencias. Darwin había constatado la existencia de una relación entre el número de gatos y el número de tréboles en una comunidad inglesa. En esa comunidad, los gatos cazan a los ratones de campo. Ahora bien, los ratones de campo son los predadores de una cierta especie de abejorro que encuentran en los nidos cavados en la tierra. Los abejorros polinizan los tréboles. Por lo tanto, habrá más tréboles en la medida en que haya más abejorros, y habrá más abejorros en la medida en que los gatos dificulten los hábitos de los ratones. Por supuesto que se podría extender esta comunidad y plantear la cuestión de la presencia de ancianas solas que aman a los gatos, y situar luego en una red de historias la cuestión de la presencia de esas ancianas solas, interrogando su cantidad en relación con la supervivencia diferencial de los hombres, etc. Allee no lo propone, no porque quiera mantener separadas las comunidades humanas y no humanas, sino porque, de *esa* comunidad, no puede decir nada más

[8] Warder Clyde Allee *et al.*, *op. cit.*, p. 11.

que lo que proponía Darwin, porque justamente se niega a ir hacia generalidades, pasando alegremente de una comunidad dada a una comunidad imaginaria que funcionaría como ejemplo. Lo aclaro: Allee no tiene ninguna reticencia a pensar las comunidades tanto humanas como no humanas y los colectivos interespecíficos, pero se apega siempre a pensar *a partir de*, de tal suerte que lo que vale para tal o cual ensamble de vida nos enseña lo que es posible para él, no lo que vale para todos. Es así que después de descripciones de comunidades de abejas, codornices o ungulados, encontraremos en sus escritos un ejemplo bastante sorprendente, el de las comunidades menonitas de América del Norte, los *amish*. Allee entrevistó a los miembros del comité central[9]. En los primeros decenios de la comunidad, cuando los viajes eran difíciles y las comunicaciones con las demás colonias eran limitadas, las colectividades *amish* no podían aspirar a un futuro viable con menos de cincuenta familias. Cincuenta familias permitían la autonomía relativa de la comunidad, porque podían ofrecer los servicios comunitarios fundamentales –tanto los almacenes de calzado o de alimentación y las peluquerías, como la iglesia y la escuela, pueden ser asegurados por los miembros del colectivo–. El matrimonio podía ser intracomunitario. En condiciones muy favorables para los pioneros, cuarenta familias podían en última instancia mantener la comunidad. Pero más allá de este umbral, la comunidad se volvía vulnerable. Los matrimonios estaban forzados a ser endogámicos o debían realizarse en el exterior de la comunidad; los contactos multiplicados con el exterior conducían a tantas más perturbaciones en la medida en que el número decrecía. Pero también existe un tamaño máximo: más allá de cierto número, el sistema de organización de la congregación y el ministerio laico ya no funcionan bien y las rivalidades intracolonia pueden crear rupturas en su seno. En las condiciones actuales (en el momento en que Allee escribe estamos en la década de 1940) las posibilidades de viajar y de comunicación permiten que sobrevivan comunidades con veinte a veinticinco miembros, en la medida en

[9] *Ibid.*, pp. 399 y sigs.

que pueden mantener contactos cercanos con otras. Por debajo de ese número, los colectivos son vulnerables.

Los *amish* no son traídos aquí para que den una solución a un problema general, sino para mostrar que para cada comunidad, por diferentes que sean, se plantea un problema particular que es el del número y el de las relaciones de interdependencia. Y si Allee entrevista a los *amish*, es porque ellos ya han reflexionado el problema y porque saben con bastante precisión lo que importa para ellos y cuáles son las condiciones para responderlo. No se trata entonces de analogías "todoterreno" que aplastan las diferencias, no se trata de encontrar la fórmula o la ecuación que autoriza todos los pasajes, sino de buscar cómo puede plantearse un mismo problema a todo grupo que *se sostiene* como ensamble en un momento dado de su historia. ¿Cuántos deberíamos ser para seguir siendo nosotros mismos? ¿Cuántos deberíamos ser para que subsista lo que cuenta para nosotros? Y se trata de cómo este problema, en cada caso, recibe soluciones locales y situadas en el tiempo. Se puede comprender –continúa Allee– que si la subpoblación también es un problema, quizás más todavía que la sobrepoblación, algunas especies resultan insalvables cuando alcanzan un umbral mínimo –lo saben, por cierto, quienes se encargan de erradicar a los insectos llamados dañinos: no es necesario matarlos a todos; por debajo de cierto umbral, los individuos mueren por causas naturales–. Por cierto, es lo que le ha sucedido a esa especie tan prolífica de aves cuya fragilidad no podríamos haber imaginado jamás, habida cuenta de su número y de su entusiasmo por multiplicarse: las añoradas palomas migratorias. Para ciertos animales, hay un umbral por debajo del cual ya no se reproducen. Para muchos pájaros, pero no todos, la presencia de los otros tiene un efecto benéfico hasta cierto techo: estimularía principalmente las funciones reproductivas, e incluso sincronizaría a los pájaros entre sí. Debido a su gran visibilidad –prosigue Allee– el efecto de la subpoblación puede ser benigno en algunos animales. Pero en otros –como la rata almizclera en una zona subpoblada– los animales están esparcidos en el espacio y las hembras, que tienen un período de receptividad muy corto, no tendrían ninguna oportunidad de encontrar un macho. Otros animales tienen evidentemente

umbrales de tolerancia más flexibles. ¿No se dice acaso que una sola pareja de ratas noruegas lograron colonizar la isla Deget en Dinamarca y que una sola pareja de castores reintroducidos puede dar nacimiento a toda una colonia? No se pasa a la fuerza de una comunidad a otra, solo se puede decir que ciertos problemas son comunes, pero no todos, y ciertas soluciones son a veces semejantes, aunque se articulan de manera diferente en cada caso.

El modelo de Allee, según el cual la vida de cada colectividad puede ser representada por una curva que indicaría los umbrales poblacionales entre los cuales el grupo puede sostenerse, no logró una repercusión real. Según Judy Stamps, la razón es simple: los investigadores que intentaron verificar cómo se dibujaba dicha curva en las poblaciones que estudiaban, observaron que cambios minúsculos en la densidad tenían a veces efectos muy importantes y muy variables en la manera en que los animales se distribuyen en el hábitat. Stamps aclara entonces que no es que el modelo de Allee fue abandonado porque no era realista, sino porque los investigadores no sabían utilizarlo[10]. En otros términos, los científicos esperaban que el modelo les simplifique la vida. Se las complicó seriamente. Sin embargo, según Stamps, muchos elementos tendían a favorecer su hipótesis. Pero con la condición de que uno se deshaga de ciertos hábitos de pensamiento, y particularmente en lo que hace a la manera de definir los recursos. Por caso, las hembras. A menudo son consideradas por los investigadores como recursos para los machos. Con la salvedad de que difieren de los recursos porque tienen algo que decir, porque eligen activamente los hábitats, los territorios y los machos. Y si uno se toma seriamente en consideración esta característica, es evidente que el éxito de los machos no va a declinar necesariamente en función de su propia densidad en un lugar, y que más bien debería suceder lo contrario: la presencia de muchos machos podría atraer más todavía a las hembras y constituir un factor de éxito –esta sería una de las razones por las cuales algunos pájaros (y algunos ungulados) eligen como territorios arenas de exhibición que están siempre muy cercanas entre sí–.

[10] Judy Stamps, "Territorial behavior: testing the assumptions", *op. cit.*

Sin duda, estos últimos elementos indican de igual modo lo que la teoría de la regulación obligaba a desatender: el hecho de que los territorios son el lugar de una actividad social mucho más complicada de lo que esos modelos permiten imaginar, donde el arte de la distancia podría ser igualmente –lo veremos– un arte de la composición. Y sin duda ese descuido señala al mismo tiempo hábitos de pensamiento tenaces que imprimen su marca en la manera en que consideramos el territorio: el apego maníaco a la idea de que los territorios reparten el espacio entre "los que tienen" y "los que no tienen", ligando subrepticiamente, y a veces en contra de las intenciones declaradas, territorio y propiedad; la fascinación por la agresividad –a costa de reconocerle a la evolución el loable esfuerzo de canalizarla–; y como corolario, esa idea que encontramos casi en todas partes de que el territorio favorecería a los individuos más fuertes y regularía así, sabiamente, la transmisión de los mejores genes.



CONTRAPUNTO

Quizá nuestra especie destruyó tanto más "su" medio"
en la medida en que no era precisamente suyo.

—FABIENNE RAPHOZ, *Parce que l'oiseau*[1].

De todas las teorías que deberían dar cuenta de la utilidad del territorio, la teoría de la regulación es seguramente a la que se le ha puesto la carga más pesada, es la teoría en la cual la biología, la política y la moral no han cesado de hacerse gestos de connivencia. Es también el momento teórico en el que sentí que estábamos más cerca de esa concepción del territorio como propiedad. Sin duda, su aspiración a teoría general de una organización que valdría para todas las especies no es ajena a dicha característica. Y sin duda hereda también demasiadas cosas, demasiados presupuestos. Pero, y ciertamente no es una coincidencia, esta teoría ha inspirado también las prácticas más salvajes, más violentas que pude encontrar en esta investigación sobre los territorios. Para decirlo brevemente, consisten en evaluar lo que pasaría si el pájaro no estuviera ahí. Y para hacerlo, lo matan.

Desde luego que estos métodos han sido utilizados para evaluar otras hipótesis. Así, ya muy tempranamente en la historia de los pájaros, y para solo mencionarlo a él, el naturalista británico George Montagu escribe en 1802 que los machos cantan con el fin de hacerse visibles para las hembras. Prueba de ello es que, cuando están

[1] Fabienne Raphoz, *Parce que l'oiseau*, Éditions Corti, col. "Biophilia", 2018, p. 45.

en pareja, el canto declina. Pero esta prueba no es suficiente: si se le quita su hembra a un colirrojo, el canto se reanuda[2]. En 1932, el ornitólogo Rud Zimmerman mata a algunos lanius que vivían en pareja, tres machos y cuatro hembras, para evaluar la velocidad de remplazo del cónyuge desaparecido. Estos casos no son extraordinarios. Pero van a multiplicarse con la teoría de la regulación de la población.

Así, si como pretende la teoría de la regulación, hay numerosos pájaros que no están en pareja por falta de territorio, debe haber entonces una reserva de machos solteros esperando la posibilidad de instalarse. En 1949, los ornitólogos Robert Stewart y John Aldrich estudian los pájaros del bosque de Maine[3]. Precisan que, en conexión con otra investigación, pudieron acumular una suma de información considerable respecto de la dinámica poblacional de los pájaros de un bosque cercano al lago Cross, en el norte del estado. La otra investigación a la que aluden se refería al control efectivo que ejercen los pájaros sobre una oruga parásita de las yemas de los abetos –bautizada en francés con el nombre desopilante de "torcedora de las yemas de la pícea"– de la cual se alimentan los pájaros. Los investigadores no aclaran lo que descubriré en otra parte: esa investigación es patrocinada y financiada por la industria que controla la producción de madera en los bosques del norte de Maine[4]. Nos ahorro los detalles y conservo las grandes líneas. El proyecto de Stewart y Aldrich pretendía matar a *todos* los pájaros durante el período de reproducción en un área determinada, la llamada área experimental, y dejar intacta otra área de dimensión similar (el sitio de control). La masacre adquirió proporciones apocalípticas: cada vez que mataban un macho, otro venía a reemplazarlo. Terminaron por eliminar a más del doble de los machos presentes en el primer censo, todas las especies confundidas.

Hablo solamente de los machos. No es que los autores hayan querido perdonar a las hembras, pero como ellas son mucho más discretas, muchas escaparon de la cacería, salvo las que estaban incubando y eran fáciles de encontrar. Además, Aldrich y Stewart tienen la hipótesis de que una vez que el macho está muerto, ellas abandonan el territorio. El ritmo de reemplazo, diferente para cada especie, les permitía a los

[2] Mencionado por David Lack, "Early references to territory in bird life", *op. cit.*, p. 110.

[3] Robert E. Stewart y John W. Aldrich, "Removal and repopulation of breeding birds in a spruce-fir forest community", *The Auk*, vol. 68, 4, 1951, pp. 471-482.

[4] Joshua Mitteldorf, *Aging is a Group Selected Adaptation: Theory, Evidence and Medical Implications*, CRC Press, Taylor and Franck, 2016.

autores evaluar el excedente probable, es decir el número probable de pájaros a la espera de territorio. La teoría del rol del territorio en la regulación poblacional recibía entonces una confirmación empírica. Añadiría que al año siguiente, 1950, otro equipo de investigadores del instituto de conservación de la universidad de Cornell repitió exactamente el mismo procedimiento en los mismos lugares[5]. Esta vez, el número de machos muertos fue todavía más elevado y la reposición de los desaparecidos fue más importante. En la medida en que la operación se llevó a cabo ya bien entrada la puesta, debido a un mayo particularmente clemente, numerosas hembras fueron igualmente víctimas de la investigación. Estos experimentos confirman entonces las primeras hipótesis de Moffat, y particularmente aquella según la cual muchos machos excedentes esperan la liberación de un territorio para lanzarse a la aventura de la reproducción. Moffat afirmaba igualmente que estos machos muy numerosos y sin territorio tendrían un rol de "tapón" en los casos de una mortalidad muy fuerte, puesto que constituirían una reserva que le permite a la especie mantenerse. Pero –dicen los autores– no se puede saber si en caso de circunstancias catastróficas repetidas, este efecto podría seguir operando y si la reserva alcanzaría. Y afirman –lo que nos hace correr un frío por la espalda– que solamente un estudio a más largo plazo podría evaluar dicha posibilidad.

Algunos años más tarde, el ornitólogo estadounidense Gordon Orians infligirá un tratamiento semejante a los tordos alirrojos y a los tordos tricolores, aves de la familia de los paseriformes, para respaldar esta misma teoría según la cual el territorio regularía la densidad[6]. Mata a los machos residentes para verificar la velocidad con la cual es ocupado de nuevo su territorio. A principios de la década de 1970, los ornitólogos escoceses Adam Watson y Robert Moss le plantean preguntas similares a los lagopus de Escocia. Partiendo de la observación de que en ciertos años la población es muy densa y los territorios de dimensiones mucho más reducidas, se preguntan por qué los lagopus son abundantes en ciertos lugares y no en otros. Fertilizarán el suelo para evaluar la influencia de la calidad del alimento sobre la reproducción, inyectarán testosterona a los machos para medir

[5] M. Max Hensley y James B. Cope, "Further data on removal and repopulation of the breeding birds in a spruce-fir forest community", *The Auk*, vol. 68, 4, 1951, pp. 483-493.

[6] Gordon H. Orians, "The ecology of blackbird (Angelaius) social systems", *Ecological Monographs.*, vol. 31, 1961, pp. 285-312.

los efectos de la agresión sobre el tamaño de los territorios y eliminarán algunos para medir la rapidez de su reemplazo[7].

Con una teoría general de un equilibrio óptimo que se impondría en todas partes y para todos, terminamos muy lejos de las teorías que describen un florecimiento de medios locales, frágiles, objetos de ajuste y de establecimientos de relaciones delicados. Estamos lejos de las invenciones, de las experimentaciones arriesgadas que dan testimonio, en última instancia, de lo que la primatóloga Shirley Strum llama bonitamente la tolerancia de la selección natural a los ensayos y los derrapes. Sobre todo, estamos lejos de los modos de atención a través de los cuales algunos científicos se esfuerzan por ser sensibles a lo que observan, o se vuelven sensibles a fuerza de intentar comprender lo que importa para sus pájaros. Como esas prácticas de anillamiento para aprender a seguir y a reconocer pájaros, que Margaret Nice procura que no los perturbe. Son prácticas de apego –la coincidencia es bonita: ¿ponerle un anillo a un pájaro no es crear una alianza con él?–. Pero una alianza asimétrica, puesto que el pájaro no espera nada. Es la investigadora la que queda atada a partir de ese momento. Lo mismo para Jared Verner, ya lo mencionamos, que conmovido por la torpeza del macho número 25, el cucarachero pantanero que hasta ese momento había tenido pocas oportunidades, ata su nido para que no se caiga.

Desde luego que no puedo asegurar que la teoría de la regulación que guió estas prácticas las ha inspirado o facilitado. Podrán replicarme, por cierto, que esos métodos eran habituales en esa época. Indudablemente, muchas experiencias que se plantearon la pregunta de saber cómo la presencia de un ser cuenta, no encontraron manera más simple de responderla que sustituyéndolo por la ausencia. Se halla en la literatura científica bajo el nombre edulcorado de "colectas de pájaros". Podrán decirme también que la condena que le dirijo a estos investigadores pertenece a una época, la nuestra, que ya no puede ignorar que los pájaros podrían no estar más. Pero la cuestión de la extinción no es la única en juego. Vivir en un mundo deteriorado ha modificado nuestros afectos, y con estos afectos es que releo esas situaciones pasadas –esos afectos que Baptiste Morizot llama tan bonitamente "solastalgia", el sentimiento de haber perdido el consuelo de un mundo familiar,

[7] Adam Watson y Robert Moss, "A current model of population dynamics in Red Grouse", *Proceedings of the XVth International Ornithological Congress*, 1972, pp. 134-149.

que nos vuelve atentos a la pérdida y a lo que perdemos[8]–. Y es con esos afectos que, sin duda de manera parcialmente injusta, no puedo evitar pensar en esas vidas trastornadas y arruinadas (que el problema de la extinción de una especie oculta, pero esta historia vuelve tan sensible[9]), en el miedo y en el sentimiento de espanto que deben haber tenido esos pájaros cuando repentinamente el medio perdió todo sentido, machos perseguidos, hembras en fuga, recién llegados apresados en una trampa de la cual no debían comprender gran cosa. Es con estos afectos de pérdida, enojo y tristeza, que juzgo un mundo y sus prácticas, un mundo no tan viejo, pero que estaba atravesado por afectos que ya no puedo comprender. Pero también puedo apoyarme sobre esas prácticas que fueron contemporáneas de esas prácticas de "colectas" y que se negaron a ir por ahí, que estuvieron atentas, que cuidaron lo que observaban, y cuyos investigadores estuvieron a la altura del interés que les habían suscitado los pájaros.

Recordaremos que Allee llamaba "impacientes" a los experimentadores. La naturaleza nunca respondía tan rápido a sus preguntas. Muy probablemente Allee tenga razón, pero yo creo que esta teoría implica mucho más que impaciencia, aunque presenta con ella una misma característica: autoriza, e incluso favorece, ciertas formas de desatención. Creo que el mismo gesto teórico de la teoría de la regulación anuncia o manifiesta maneras de entrar en relación con lo que se interroga. Son teorías "negligentes", mal apegadas a lo que y a los que someten a indagación, y que se imponen por la fuerza. Aquí todo va demasiado rápido y sin pensar.

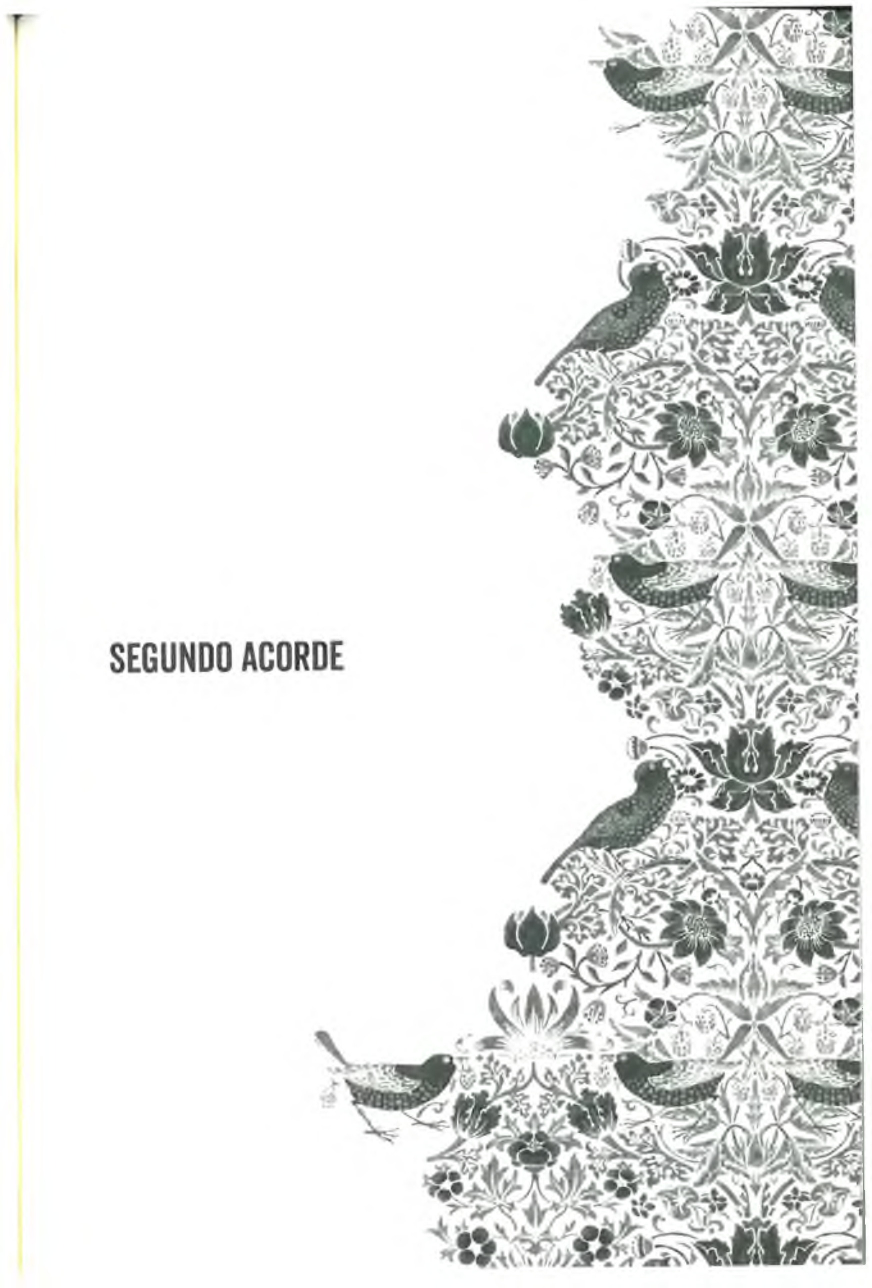
En el caso de los pájaros atrapados en el problema que plantean las orugas, tampoco puedo afirmar con certeza cuál de los dos proyectos guió esa metodología: ¿el de verificar la teoría de la regulación demográfica o el que financiaba la investigación, que consistía en evaluar el efecto de la depredación de las orugas simplificando al extremo su ecosistema? Pero sea un caso o el otro, aparece nítidamente lo que constituye una dimensión común de ambos motivos de la investigación. Ya sea que estén guiadas por una teoría económica (malthusiana) de la regulación de la explotación de los recursos, o que se pongan al servicio de las industrias que explotan los bosques, esas prácticas heredan una misma concepción moderna de

[8] Baptiste Morizot, "Ce mal du pays sans exil", *Critiques (Vivre dans un monde abîmé)*, 860-861, enero-febrero de 2019, pp. 166-181.

[9] Sobre este tema, ver Thom Van Dooren, *Flight Ways. Life and Loss at the Edge of Extinction*, Columbia University Press, 2014.

la naturaleza que las contamina: la idea de que el ambiente es primero y sobre todo –y quizás solamente– un recurso que explotar. Un bien apropiable que somos libres de usar y de abusar[10].

[10] En una apasionante entrevista realizada por la periodista del *Monde* Catherine Vincent, Donna J. Haraway menciona a este respecto el hecho de que el Antropoceno podría perfectamente llevar también el nombre de Plantacionoceno. Este término nos incitaría a prestar atención a la historia que precede al capitalismo industrial y que le brindó sus condiciones: "Lo que el Plantacionoceno instauró en el mundo entero, son todos esos dispositivos técnicos de crecimiento y de extracción de los recursos, el monocultivo, el desplazamiento forzado de humanos y no humanos, incluidas, y sobre todo, las plantas, en vistas de maximizar siempre más la producción". Cada uno de los términos que designan nuestra época atrae nuestra atención hacia problemas específicos e involucra un trabajo diferente. Todos importan, como importa que continuemos encontrando otros, que nos involucrarán de otra manera. Así, en otra parte Haraway propondrá llamar a nuestra época "Fonoceno", la era del sonido, la era en la que escuchamos los ruidos de la Tierra, la era que nos vincula con las potencias de lo sonoro. Ver el suplemento *Idées* del *Monde* del 2 de febrero de 2019.



SEGUNDO ACORDE

CONTRAPUNTO

Un territorio toma prestado de todos los medios, los invade, los toma por las astas (aunque sigue siendo frágil ante las intrusiones).

—GILLES DELEUZE Y FÉLIX GUATTARI[1]

"El territorio –me dice mi amigo Marcos Matteos Diaz– demanda un trabajo territorial. Es un verdadero trabajo territorial jugar en el territorio". Y agrega: "uno respira de nuevo"[2]. En el momento en que me lo decía no tomé dimensión de hasta qué punto tenía razón. El territorio es un sitio donde gran cantidad de cosas y acontecimientos se vuelven a poner en juego de otra manera. Donde modos de hacer, maneras de ser, están disponibles para otras conexiones, otros agenciamientos. Pensar el territorio exige entonces un gesto: intentar crear juego cuando las consecuencias pegan con las causas, cuando las funciones atan demasiado sólidamente las conductas a presiones selectivas, cuando las maneras de ser se vuelven escasas por obedecer a algunos principios. Lo cual quiere decir ir más lento, dejar pasar un poco de aire y dejarse llevar por la imaginación. Salir del territorio y volver a él. Releyendo las *Mil mesetas* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, sentí lo que Marcos quería decir.

[1] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 386.

[2] Marcos Matteos Diaz es uno de mis compañeros de investigación desde hace largo tiempo y ha acompañado cada una de mis indagaciones con sus comentarios y consejos.

Tuve que releerlas. Mejor decirlo de entrada: al principio tuve dificultades con Deleuze. Una desconfianza irritada hacia él: no me gusta mucho la manera en la que habla de los animales. Es solo un paréntesis, pero me había dejado consternada el hecho de que trate con semejante desdén a los animales domésticos, sus juicios tajantes respecto de quienes los aman, ya sea en la letra "A como animal" del *Abecedario* o en el libro *Mil mesetas*. En este libro Deleuze y Guattari no vacilan en tratar de "estúpidos" a los que se apegan a su perro o a su gato y en fustigar a las ancianas[3]. La propia Donna Haraway se los había reprochado crudamente en su *When species meet*, planteando seriamente la siguiente pregunta[4]: ¿Deleuze y Guattari no manifiestan en el fondo un profundo desprecio por lo cotidiano, por lo ordinario? ¿No han carecido totalmente de curiosidad por los animales reales –aunque sean invocados a menudo en su trabajo–? Yo estaba completamente de acuerdo con ella. Tenía la sensación de que tomaban a los animales de rehenes en un problema que no les concernía. E indudablemente, así era en el caso de los animales domésticos. Pero para ser honesta, debería agregar que no se trata tanto de los animales domésticos, sino de los que se han vuelto familiares. Los que no logramos pensar si no es en los términos de la filiación que los remite a roles humanos, e incluso a relaciones que operan en el familiarismo edípico –el padre, el abuelo, la mamá, el hermanito–. Aquí los autores designan muy particularmente los discursos del psicoanálisis. Entonces, lo que suscitaba su discordancia no eran tanto las relaciones en general con los animales domésticos, sino las relaciones *humanas* con ellos. Los que aman verdaderamente a los animales –continúan diciendo– tienen con ellos una relación animal. No lo niego, pero no estoy totalmente convencida, y no estoy segura de tener ganas de ser animal. El problema con las tomas de rehenes es que siempre es delicado exclamar, en nombre de los rehenes, *Not in my name!*

Fin del paréntesis. Lo que me interesa ahora son los territorios. Y es uno de los conceptos más centrales, más cruciales de *Mil mesetas*, y principalmente del capítulo XI ("Del ritornelo"). Lo había leído al principio de mi investigación, y confieso que también fue difícil. Por un lado, todo eso me parecía demasiado abstracto, demasiado desconectado de lo que yo buscaba, o más precisamente, no me ayudaba a saber lo que buscaba. Además volvía a encontrarme con el mismo sentimiento de irritación que experimentaba cuando leía su juicio sobre los animales domésticos:

[3] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 294.

[4] Donna J. Haraway, *When Species Meet*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007.

va demasiado rápido. El mismo sentimiento de decepción e incomodidad que me había provocado Serres y su *Mal propre*. Aclaro que es de incomodidad, pues no podía más que estar de acuerdo con Serres, con su enojo y con lo que intentaba hacernos sentir. Y podría haberlo acompañado de todo corazón en lo que intentaba: hacernos *intolerable* la polución de nuestros espacios. Pero no a ese precio, no así. Incomodidad semejante con Deleuze y Guattari, a pesar de la enorme diferencia de las maneras, porque también me parecía que iban demasiado rápido, que no se apegaban lo suficiente a las diferencias posibles –creo ante todo que me inquieto cuando alguien dice "los animales"–.

Esa incomodidad era tanto más aguda en la medida en que *Mil mesetas* constituye una auténtica máquina de crear conceptos, en la medida en que es un libro difícil, intimidante, sin por ello pertenecer al campo de lo que Deleuze llama, hablando de filosofía, una "empresa de intimidación", una empresa que apunta a bloquear el pensamiento.

Por el contrario: de punta a punta, ese libro quiere hacer pensar. Y tenía que aprender a leerlo así, no dejándome guiar por palabras, sino por gestos, ritmos, rupturas, tartamudeos, hipos, afectos[5]. Salir de la rutina que guiaba mi lectura de los artículos científicos, que consistía en recolectar informaciones, inventariar hechos y saberes. Iba a olvidarla, la filosofía no tiene la tarea de informar, sino la de lentificar, la de *discordar*, la de vacilar. Discordar para encontrar otros acordes. Hacer bifurcar cuando se anda demasiado recto. Aliarse a potencias. Darle a los hechos un poder que no tenemos y que hay que aprender a construir con ellos, el de *efectuar*, tener efectos y efectos inesperados. Lo que estoy describiendo son movimientos, y eso es lo que se trababa de aprender con Deleuze y Guattari. A costa de que los movimientos no sean fieles a ellos –en pocas palabras, comprenderlos a mi manera[6]

[5] Nunca le agradeceré lo suficiente a Isabelle Stengers que no paró de invitarme a volver a *Mil mesetas*, con una tenacidad tanto más notable en la medida en que no hacía más que suscitar un mal humor explícito.

[6] En algunos momentos la lectura de *Mil mesetas* me pareció tan difícil –porque intentaba leerlos en el régimen del control, es decir de la comprensión académica– que me remitía a menudo a su traducción inglesa. El traductor (Brian Massumi, a quien yo le tenía confianza) debía haber hecho elecciones, elecciones que indican un cierto tipo de comprensión, que seleccionan algunas interpretaciones. La traducción me liberaba al menos de una parte de esa responsabilidad.

(ya no referirse a ellos, entonces, sino interferir con ellos[7])–. En suma, finalmente entender lo que se esforzaron tanto en hacernos entender: no hay que interpretar, hay que experimentar.

Y esto es justamente lo que proponían al convocar el territorio en su trabajo. Aunque la palabra interviene muy tempranamente en *Mil mesetas* (en la décima página del texto), en ese momento no designa a los animales, sino al trabajo de escritura al que se fuerzan: "Escribir, hacer rizoma, acrecentar el territorio propio por desterritorialización (...)"[8]. Se ve que, de entrada, el territorio que evocan solo adquiere sentido en relación con ese otro término, ese concepto que crearon, el de "desterritorialización". No es casual, entonces, que este último aparezca todavía antes, en la segunda página del libro. Un libro –escriben– solo existe "afuera y por fuera", por sus conexiones con otros agenciamientos, otras multiplicidades en las cuales introduce su propia multiplicidad y la metamorfosis. Se esboza aquí lo que puede significar "desterritorializar" y su importancia: desterritorializar es deshacer un agenciamiento. Pero para reterritorializarse en otro. Es deshacer una manera de ser territorializada empalmándose a otros agenciamientos, para reterritorializarse en función de ellos. Territorializar adquiere entonces su sentido: es entrar en una agenciamiento que territorializa al que entra. Lo cual significa que toda territorialización supone, en primer lugar, que uno desterritorialice algo para reterritorializarlo de otra manera. Y por esta razón, ya sea a propósito de la escritura o de los pájaros, no deberíamos hablar tanto de territorios, sino más bien de *actos de territorialización*.

En este sentido pueden comprenderse todos los actos que efectúan los animales durante su devenir territorial. El ritornelo (redundancia y repetición de ritmos), las marcaciones, los colores, las posturas y, sobre todo, el canto en los pájaros: "El territorio es de hecho un acto, que afecta los medios y los ritmos, que los 'territorializa'. El territorio es producto de una territorialización de los medios y de los ritmos. Preguntar cuándo es que los medios y los ritmos se territorializan es lo mismo que preguntar cuál es la diferencia entre un animal sin territorio y un animal con territorio"[9].

Actos, medios y ritmos: el territorio se nos aparecía primero como una configuración espacial, identificable por estar instalada de manera relativamente perenne

[7] Sobre este tema, ver Gilles Deleuze y Claire Parnet, *Dialogues*, Flammarion, col. "Champs", 1997.

[8] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 19.

[9] *Ibid.*, p. 386.

en el espacio. Leyendo a Deleuze y Guattari, me doy cuenta de que, de hecho, no hay nada más *movido* que un territorio, por más estables que puedan ser sus fronteras, por más fiel a él que pueda ser su residente. En primer lugar –pero esto ya lo habíamos aprendido– porque el territorio no es tanto espacio como distancias, la territorialización es el acto literal y expresivo (una performance, en definitiva) de "marcar las distancias". La distancia no es una medida, sino una intensidad, un ritmo. El territorio está siempre en una relación ritmada con otra cosa. En segundo lugar, porque la territorialización incumbe a procesos de metamorfosis. Pero esta metamorfosis no es la simple metamorfosis de un ser cuya vida entera se trastorna. Juega con cada una de las funciones que van a resultar comprometidas en el devenir territorial (como por ejemplo, la función agresiva), da testimonio de un "nuevo andar", reorganiza. La agresión es "desterritorializada" de sus funciones para ser "reterritorializada" sobre el territorio (lo cual quiere decir, de hecho, que está territorializada). Y por eso ya no tiene ninguna relación con la agresividad, excepto por una relación formal: se ha vuelto expresiva, pura forma. En este sentido, la propiedad –y lo afirman tanto Souriau como Deleuze y Guattari– está atravesada por intenciones artísticas.

El ser territorializado no es solamente otra manera de ser, sino una manera de ser para la cual todo se vuelve materia de expresión. Más precisamente, "hay territorio desde que unos componentes de los medios dejan de ser direccionales para devenir dimensionales, cuando dejan de ser funcionales para devenir expresivos. Hay territorio desde que hay expresividad del ritmo. Lo que va a definir el territorio es la emergencia de materias de expresión (cualidades)"[10]. Contrariamente a lo que suponía Konrad Lorenz, ya lo veremos, el territorio no es causado por la agresividad, ni tampoco la regula.

Este giro que proponen Deleuze y Guattari es importante. El territorio es el lugar donde todo deviene ritmo, paisaje melódico, motivos y contrapuntos, materia de expresión. El territorio sería efecto del arte. El territorio crea –y por lo tanto exige que uno lo piense según– nuevas relaciones. "La expresividad no se reduce a los efectos inmediatos de una acción que dispara una acción en un medio (...). *Las cualidades o materias de expresión entran en relaciones recíprocas móviles que van a expresar la relación del territorio que trazan con el medio interior de los impulsos y con el medio exterior de las circunstancias.* Pero expresar no es depender, hay autonomía de la expresión"[11].

[10] *Idem.*

[11] *Ibid.*, p. 390.

Los impulsos internos no son simples causas, sino los contrapuntos melódicos de circunstancias externas.

Por eso es que cada una de las funciones que fue territorializada, transformada en un devenir expresivo, puede adquirir autonomía y volcarse en otro agenciamiento, otra organización funcional. Lo cual permitiría dar cuenta, por ejemplo, del hecho de que en algunos pájaros la sexualidad, que es otro agenciamiento aun cuando se manifieste en el territorio, pueda a veces ser autónoma respecto de él, "tomar distancia", o que se creen las formas de sociabilidad más diversas, en las cuales el territorio tendría plenamente un rol activo. Así, cuando un congénere es recibido sin agresividad, se podrá decir que hay una apertura del agenciamiento territorial a "un agenciamiento social autonomizado", y que el compañero deviene entonces "un animal que merece el hogar propio"[12]. O también, como hipotetizaron algunos ornitólogos, que el canto que el macho le ofrenda a la hembra en el ritual de cortejo puede constituir un trastrocamiento de un canto territorial que el macho le dirigía a otros machos... Nada más movido que un territorio. Y no habría nada más triste que no lograr pensarlo en el régimen de las emergencias, la belleza, los contrapuntos y las invenciones. Y de los movimientos de salida del territorio.

Sin duda, para superar mis dificultades, tenía que renunciar a *toda* pretensión de comprender para dejarme atravesar. Sin duda, también hizo falta que tuviera a mi disposición, al final de mis búsquedas en los artículos científicos, gran cantidad de hechos, historias, teorías, que me permitían encontrar un referente para sus proposiciones en un real que estaba constituido por acontecimientos, animales, actos, conductas, funciones, y ya no experimentar al releerlos el sentimiento de estar lidiando con abstracciones, sino el de una familiaridad cada vez más marcada con lo que proponen.

Tenía que conservar cuidadosamente todo lo que había aprendido de los pájaros y, con el mismo cuidado, preservar la multiplicidad de los mundos que los ornitólogos hacían emerger. Seguir siendo fiel al hecho de que algunos de ellos no buscan tanto elaborar diferentes *teorías* del territorio, sino más bien inventariar los modos múltiples de territorializar. Pero, al mismo tiempo, saber que la investigación de las funciones y la dificultad para pensar tanto la inutilidad como las invenciones, ejercen una fuerte coacción sobre estas historias. Y a veces obstaculizan seriamente sus movimientos. Lo que Deleuze y Guattari me ofrecieron es aprender a seguir las desterritorializaciones

[12] *Ibid.*, p. 398.

posibles, a salir de los territorios para volver mejor a ellos, a hacerlos "invadir" todos los medios. Aprender a desterritorializar los territorios tal como se dibujaban en todas esas historias, en todos esos artículos e informes científicos, para reterritorializarlos en otros agenciamientos. De la misma manera que muchas conductas, afectos, estructuras heredadas demuestran que están disponibles para volver a ponerse en juego en la aventura de la vida, para reconfigurarse y adquirir un nuevo andar: un embrión de pluma puede calentar, luego devenir hábito de exhibición, y finalmente, mucho tiempo después, impulsar el vuelo; un canto puede marcar una posesión, crear distancias, ritmar un territorio y luego desterritorializarse deviniendo grito de llamado, de alarma, o poniéndose al servicio del amor. De la misma manera, las historias que había recolectado tenían que poder empalmarse con otras historias, abrirse a otras experimentaciones, adquirir ellas mismas un "nuevo andar". Hacer un trabajo territorial. Para brindarles "una corriente de aire de patio trasero", como cantaba Dylan, citado justamente por Deleuze[13]. En definitiva, para respirar.

[13] Gilles Deleuze y Claire Parnet, *op. cit.*, p. 14.

Capítulo 4
Posesiones

En un pasaje que releva Margaret Nice, Howard escribía: "una fuente de alimento más variada o menos precaria, una población menos densa o un par de alas bien cómodas, pueden proveer la emancipación respecto de un sistema que constituye sin ninguna duda una presión y una opresión que pesa sobre los pájaros obligados a vivir en él". En su comentario a la cita, Nice replicaba que ella no podía estar de acuerdo con esa idea de opresión que pesa sobre pájaros que estarían forzados a vivir según ese sistema. La observación de los gorriones cantores le permitió ver que los residentes permanentes se quedaban durante todo el invierno en el mismo territorio, "tan poco deseosos de abandonarlo como de defenderlo"[1].

Yo creo que esta discordancia vuelve perceptible una cuestión importante. En primer lugar, se suele decir que el mapa no es el territorio. Debería agregarse: el espacio tampoco es el territorio. Lo vimos: el mismo espacio, el espacio habitado, puede ser un territorio en cierto

[1] Margaret Nice, *op. cit.*, p. 447.

momento y no serlo en otro. El territorio ritma el espacio. A la manera del gorrión cantor, como lo muestra Nice, se puede ser residente permanente y no ser territorial en invierno, aunque se habite el mismo sitio. La hipótesis de Nice insinuaba, además, que el territorio es del orden del deseo, o más bien de deseos diferentes: deseo de defenderlo en primavera, deseo de simplemente quedarse en invierno. Yo diría que el espacio funciona con una afectividad variable.

Pero esto va mucho más lejos, y seguramente la noción de espacio que utilizo no es capaz de dar cuenta de esa "afectividad variable". Voy a intentar complicarla. El biólogo suizo Heini Hediger también tomó el problema del espacio desde el punto de vista de la libertad: "Los animales libres –escribe– no viven libremente, ni en el espacio, ni en sus acciones en relación con otros animales"[2]. No viven libremente porque para ellos no existe más que una ínfima parte del espacio posible –de todos modos, debo aclarar que Hediger trabajó durante años con animales en cautiverio, puesto que dirigió los zoológicos de Basilea, Berna y Zúrich, y uno podría con toda justicia preguntarse si no nos lanza un argumento bien ensayado–. Pero si dejamos provisoriamente en suspenso la cuestión de la libertad tal como la propone, lo que señala es interesante. Hediger explica que, lejos de ser homogéneo, el espacio de vida de los animales resulta muy diferenciado. Con frecuencia el animal se apega a ciertos sitios y pasa otros completamente por alto, como si –y aquí Hediger retoma una metáfora del biólogo y filósofo alemán Jakob von Uexküll– el medio estuviera constituido, de cierta forma, por flujos fluidos y flujos de una viscosidad muy alta –ritmos de la densidad de un medio–. Son pocos los animales que no conocen límites del espacio bastante estrictos. Es cierto que las aves de presa o las víboras, así como las especies trasplantadas artificialmente por los humanos, como la rata, el ratón o la golondrina común, se han vuelto –según sus términos– "cosmopolitas"[3]. "Pero no debemos imaginar,

[2] Heini Hediger, *Wild Animals in Captivity*, Butterworths, 1950, pp. 4 y 6 para las citas que siguen.

[3] Término que se podría discutir. Stéphane Durand me señala, por otra parte, que muy pocas especies de rapaces son cosmopolitas.

sin embargo, que estos cosmopolitas aprovechan esa posibilidad de vagabundear en su vasto territorio, en el sentido de que podrían viajar de un extremo al otro. El desarrollo de tantas variedades locales que les causan tantas dificultades a los taxónomos, dan testimonio de que los animales tienden a mantener límites precisos en el seno de su espacio de vida". Y añade más adelante: "Los pájaros son criaturas apegadas a sitios particulares".

El espacio del territorio es, por lo tanto, un espacio "afectado" en el doble sentido del término: un espacio está afectado *a* la territorialización, y ese mismo espacio será afectado *por* la territorialización. Pero la noción de espacio sigue siendo todavía demasiado estrecha. Recordaremos el ejemplo que daba Lorenz sobre los gatos que se apropian el mismo sitio pero en momentos diferentes: en ese caso, el territorio no es tanto un espacio como un espacio ritmado por el tiempo. En otros términos, el espacio se define o adquiere sus cualidades según coordenadas de tiempo y de usos. Igualmente pueden afectarlo otras dimensiones y otros factores consuetudinarios. Los tordos tricolores observados por Gordon Orians viven en territorios cuya vegetación densa forma una suerte de techo de poca altura, hecho de plantas semejantes a juncos, las totoras. El pájaro no ejecuta exhibiciones aéreas, sino que asegura su promoción territorial sobre una plataforma baja hecha de esas totoras doabladas. Se constata que todo lo que está por encima de la vegetación no está territorializado –el cielo es de todo el mundo entre los tordos–. Es un espacio neutro en el cual machos y hembras pueden vagar y explorar sin ser amenazados. Pero si un macho se desplaza por debajo, en la vegetación, entonces es declarado intruso y será inmediatamente atacado. El territorio codifica todo: el mismo pájaro, según se halle bajo la cubierta de las totoras o en el cielo, será "intruso" o "congénere simple transeúnte"; también él será "territorializado" o "desterritorializado" según el lugar que atraviesa. Lo mismo sucederá con el vireo ojirrojo, un pequeño paseriforme de los bosques norteamericanos, que dibuja en el espacio un cilindro bastante angosto de una altura de veinticinco metros, que va desde cerca del suelo hasta la altura del dosel forestal. El vireo gorjiamarillo vive en los mismos lugares, pero

su territorio se extiende sobre una superficie grande y no incumbe a las alturas del dosel forestal.

Si el territorio se despliega en el espacio, este espacio no tiene mucho que ver con lo que nosotros, que estamos atados a la tierra, llamamos "extensión". Probablemente sea, de hecho, un efecto de estratificaciones cuyos indicios apenas podemos captar en raras ocasiones. Un milhojas de usos. Pero esto no es todo.

En un artículo publicado en la revista *British Birds* en 1934, el ornitólogo británico Julian Huxley relata un fenómeno asombroso[4]. Señalemos que aclara en ese mismo artículo que lo que estudió sucedió cuando fue a visitar por unos días a Henry Eliot Howard, cerca de Hartlebury, en Worcestershire, en los últimos días de diciembre de 1933 –Huxley llega el 30 y observarán juntos durante los días siguientes–. Si lo menciono, no es porque este tipo de detalles sean totalmente inesperados. *British Birds* no es una revista científica estrictamente hablando, sino una publicación mensual que leen los ornitólogos aficionados, por lo cual las convenciones no son las de la literatura académica. En efecto, en primer lugar esta precisión le permite a Huxley introducir en el artículo observaciones que Howard hará después de su partida, así como las que llevó a cabo antes de su llegada. Es una forma de coautoría, en definitiva, una reapropiación del trabajo por uno de los que participó en él. Sin duda esta precisión indica igualmente los vínculos de amistad que unen a los dos investigadores. No es insignificante que el día siguiente de la llegada de Huxley fuera la víspera de Año Nuevo. No pude evitar que esa precisión me conmueva y me intrigue. Da testimonio de que los pájaros socializan a los humanos –sucede a menudo: leyendo algunas biografías, uno se entera de que muchos investigadores se visitaron y pasaron algún tiempo en los terrenos de sus colegas–. Pero pretendo igualmente insistir en el hecho de que el trabajo de Huxley, sobre lo que constituye un "en casa" para los pájaros, se realizó en lo que era el "en casa" de su colega –contrapunto melódico de mi imaginación

[4] Julian Huxley, "A natural experiment on the territorial instinct", *British Birds*, vol. 27, 1934, pp. 270-277.

territorializada que se ve convocada por cuestiones de hospitalidad: escucho "siéntase como en su casa", siento la calidez de los cuartos de huéspedes, edredones, whisky y leña encendida–. Y sin duda esta dimensión de "en casa" impregna más profundamente todavía a las investigaciones sobre el territorio y supera ampliamente las cuestiones de hospitalidad de los investigadores que visitan a sus colegas. Pues muchas investigaciones sobre el territorio –no todas, pero son muchas– pudieron justamente efectuarse en el "en casa", pudieron ser ciencias "domésticas" –lo cual podría explicar el gran número de aficionados, de "ornitófilos", como los llama Fabienne Raphoz[5], que al cabo de un tiempo se vuelven ornitólogos profesionales, e igualmente podría dar cuenta de la posibilidad, para algunas mujeres, de hacer frente a las investigaciones y a la vida familiar (Margaret Nice en su jardín y en los alrededores de Columbus, Barbara Blanchard en el campus de Berkeley donde vivían las dos poblaciones de gorriones de corona blanca que comparó)–.

Para volver a nuestra historia, el 31 de diciembre Huxley y Howard se dirigen a un estanque artificial donde viven fochas comunes. Varias parejas ocupan territorios y sus actitudes dan cuenta de que el espacio está bien repartido, territorializado. En la noche del 31 de diciembre al 1° de enero, hay una helada bastante fuerte. De regreso al estanque, al que va solo, Huxley constata que una buena parte de la superficie del agua está congelada. De todos los pájaros presentes en ese momento, solo una pareja adopta todavía un comportamiento territorial, la pareja que ocupa el sector parcialmente no congelado del estanque. Es como si los demás pájaros, cuyo territorio quedó congelado, hubieran perdido su instinto territorial –dice Huxley–. Más notable todavía, constata que si un macho vecino entra en el territorio de la pareja todavía territorial, el macho no reacciona mientras el primero permanezca en la parte invadida por el hielo. Huxley concluye que, de cierto modo, el hielo transformó el territorio en "terreno neutro". Los demás miembros, desterritorializados por el hielo, por momentos van a reagruparse y a ocupar el espacio de manera relativamente indiferente, con excepción

[5] Fabienne Raphoz, *op. cit.*

de la porción que defiende la pareja que sigue siendo territorial. Hay que deducir –concluye Huxley– que el comportamiento territorial no solamente depende de un estado fisiológico interno, sino también de la manera de ser del terreno, de su presencia efectiva.

Evidentemente el espacio cambia de propiedades. Y cuando uno habla de comportamiento animal, sin duda deberá considerar que el medio mismo "se comporta", *que se deja* –o no– *apropiar*. El espacio coopta modos de atención, maneras de ser. Como escribe Thibault De Meyer, filósofo especialista en etología, contiene fuerzas, potencias, que los actos de territorialización vienen a buscar. Y no todos los espacios resultarán propicios, apropiados[6]. Si el comportamiento territorial es un comportamiento de apropiación, ya no lo es en el sentido más común de "poseer" o de adquirir, sino en el sentido de volver "apropiado" para uno mismo. Pero seguramente voy un poco rápido. Volvamos a los gorriones cantores de Nice. En invierno los gorriones habitan un espacio que desde el punto de vista espacial, para nosotros, será el mismo que ocupan en el verano. Pero este espacio, en el momento de la primavera o del verano, no será *el mismo para unos pájaros que, por su parte, no son los mismos*: en ese momento han devenido territoriales, lo cual no es una esencia, sino una manera de ser, es decir una manera de habitar que metamorfosea el ser. O más bien, una manera de habitar que *metamorfosea el agenciamiento del ser y del espacio en el tiempo*. Hay acontecimiento. El territorio no es entonces una cuestión espacial, sino una cuestión que se juega en el régimen de las intensidades y de la temporalidad, es decir en el ritmo. Retomando los términos de von Uexküll, es un espacio vivido, pero sobre todo *intensamente vivido*, es decir atravesado por intensidades diferentes.

Cuando digo que el espacio cambia de propiedades, es para designar ante todo el hecho de que puede ser vivido diferentemente, que como con las fochas comunes de Howard y Huxley, a veces puede estar tomado en un agenciamiento territorial, y otras veces estar *literalmente*

[6] Esta proposición proviene de un comentario de Thibault De Meyer al leer este pasaje. Correo electrónico del 9 de febrero de 2019.

desterritorializado. ¿Pero quién o qué es lo que está desterritorializado? ¿El espacio congelado o la focha que ya no vive el territorio como suyo? Yo diría que ambos, justamente, pues han sido desapropiados después de haber sido mutuamente apropiados. Con la territorialización, el espacio entró en el régimen de la apropiación. Lo cual no quiere decir que es *objeto* de apropiación. Aquí entiendo el término apropiación en el sentido de Souriau, un sentido que pone en relación lo propio y la apropiación, pero una perspectiva totalmente distinta a la de Serres. Escribe David Lapoujade que, según Souriau, "poseer no consiste en apropiarse de un bien o un ser. La apropiación concierne, no a la propiedad, sino a lo apropiado. El verbo apropiación no debe emplearse en voz pronominal, sino en la voz activa: poseer no es apropiarse, sino *apropiar a*..., o sea hacer existir apropiadamente". O en otros términos, y quedará todavía más claro, diremos del ser que apropia su existencia a nuevas dimensiones[7]. Se encontrará un concepción muy próxima en el libro de la jurista Sarah Vanuxem, cuando busca en la historia del derecho francés y en la antropología, las interpretaciones que permitirían romper con la concepción de la propiedad como un poder soberano sobre las cosas, para pensar las cosas como *medios* que se trata de habitar: "En los aduares chleuh montañosos, apropiarse un lugar consiste en adecuarlo a uno mismo y adecuarse a él; apropiarse una tierra remite a atribuírsela y a volverse apropiado para ella"[8]. Lo cual quiere decir que uno es territorializado en la misma medida en que territorializa.

No olvidemos la cuestión que había dejado en suspenso, la cuestión de la libertad. Nos permitirá continuar. Con la condición de formularla de otra manera. No hace falta insistir aquí –ya lo mencionamos– sobre el hecho de que el propio Howard había afirmado, en otro pasaje de su libro, que el territorio les confería libertad a los pájaros, pues como sitio de encuentro les permitía vagar a su antojo con la seguridad de

7 David Lapoujade, *Les Existences moindres*, Minuit, 2017, pp. 60-61 [edición en castellano: *Las existencias menores*, trad. Pablo Ires, Editorial Cactus, Buenos Aires, 2018, p. 61].

8 Sarah Vanuxem, *La Propriété de la terre*, op. cit., p. 13.

que podían volver a encontrarse. La cuestión aquí no es esta. En el último extracto, al hablar de opresión, Howard subraya el hecho de que el territorio de cierta forma "obliga" a los pájaros. Howard traduce esta obligación, en su marco teórico, en términos de determinismos o de funciones –el territorio sujeta al pájaro por el alimento, lo sujeta por riesgo de la sobrepoblación, lo sujeta por la incapacidad del pájaro de ir a otra parte–. Pero si el territorio lo sujeta por tantas cosas, sin olvidar todas las innumerables funciones cuyo inventario había hecho Howard previamente, ¿no es ante todo porque *simplemente lo tiene*? ¿Lo que Howard describe al hablar de esa opresión –y sin duda no se equivocó, salvo porque dicha opresión es el territorio mismo, no su utilidad, por innegable que pueda ser– no es el hecho de que cuando un pájaro habita un territorio está completamente habitado por él? El término "posesión", que hasta aquí era mejor evitar, adquiere todo su sentido: el pájaro posee su territorio porque está poseído por él. Ha apropiado su existencia a las nuevas dimensiones que propone el territorio, ha sido tomado por la territorialización. Es el territorio el que lo hace cantar, como lo hace recorrer, danzar, exhibir sus colores. En otros términos, el pájaro ha devenido territorial, lo cual quiere decir que todo su ser ha sido territorializado. La posesión, en este caso, designa tanto el hecho de estar poseído como el de poseer.

Recordarán que al evocar las cabras de la Montañas Rocosas y lo que Hediger decía de algunos animales, mencioné que la marcación territorial sería una forma de extensión en el espacio del cuerpo del animal, en este caso del mamífero territorial. En ese marco, señalaba entonces que con los actos de territorialización no se trata tanto de transformar el espacio en "suyo", sino en "sí mismo". Hasta tal punto la territorialización vuelve a poner en juego lo que en el origen constituye "sí mismo" y "no-sí mismo", que algunos mamíferos se "marcan" ellos mismos con los olores de su territorio –tierra, humus, carroñas, vegetación...–. Devienen entonces tanto más territorializados en la medida en que *son* el territorio. El territorio es expresión de un "sí mismo", material y literalmente, y el "sí mismo" deviene expresión del territorio. Sí, pero los pájaros marcan poco, me dirán. Cantan. No paran de cantar. En este aspecto –lo había resaltado– la

diferencia con los mamíferos es crucial: no son los mismos modos de presencia.

Pero lo que proponen Deleuze y Guattari me incita a pensar que más allá de esta diferencia, habría una profunda familiaridad de usos. El pájaro canta. ¿Viajaron alguna vez en tren con auriculares en las orejas? ¿Sintieron, como lo he vivido yo a menudo, que el paisaje podía ser "bachiano", o "tchaikovskiano", hasta qué punto la música se imprime, recubre, afecta en ese momento lo que nos rodea? ¿Un acordeón en el subterráneo no cambia el humor, pero también la percepción misma de las cosas?. El mundo no deviene musical, sino melódico. Y ya no es una melodía asociada a un paisaje, "es la melodía misma la que constituye un paisaje sonoro"[9]. En otros términos, el acto de territorialización sería, entre otras cosas, un acto de musicalización de un lugar. Aclaro "entre otras cosas" porque están también las posturas, los rituales danzados, las amenazas espectacularizadas, los colores, los aleteos. Y el recorrido del espacio.

Al observar un pájaro que deviene territorial, no se pueden dejar pasar las repeticiones incesantes de esos recorridos del terreno (como los cantos, por otra parte, todo se hace en la repetición). Lo contamos bien al principio: el pájaro elige un promontorio, luego se desplaza en un espacio que se constituye progresivamente como espacio de apropiación por idas y venidas repetidas, recorridos ritmados. Se puede pensar que por medio de estas "mediciones", por un lado el pájaro señala el territorio, por otro también el espacio deviene "su casa" por la constitución de una profunda intimidad con un lugar así "apropiado" y sus particularidades: el espacio deviene "familiar". Pero el pájaro que recorre hace también otra cosa, dibuja con tinta invisible una tela densa por encima del espacio progresivamente lleno de su presencia. El canto lo acompaña, es él mismo una forma de recorrido, que crea –como se puede leer en *Mil mesetas*– "un muro del sonido, o en todo caso un muro en el cual algunos ladrillos son sonoros". Pero no es tanto un muro como un techado (el término "muro" remite demasiado a los lindes, que no son los únicos límites

[9] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 391.

que cuentan aquí), o cualquier término que pueda evocar el hecho de recubrir una extensión como se tejería una tela hecha de movimientos y de cantos. El canto opera en ciertos aspectos a la manera de la tela de araña. La tela que teje la araña extiende los límites de su cuerpo en el espacio, *es* el cuerpo de la araña, y todo ese espacio así apresado en la tela, que deviene espacio-de-tela, espacio-de-cuerpo, ese espacio que hasta ese momento era un medio o un entorno, no deviene una propiedad de la araña en el sentido usual, sino una propiedad en el sentido de que le es apropiado (eso es la apropiación, como recuerda Lapoujade, es el hecho de hacer existir apropiadamente). Desde esta perspectiva, por otra parte, le daremos toda la razón a Deleuze cuando traduce el *Umwelt* de Jakob von Uexküll como "mundo asociado", no como "mundo vivido" o como "entorno". Pues la tela, y por lo tanto el espacio que llena la tela, es mundo asociado al cuerpo de la araña, cuerpo extendido (como mi brazo está asociado a mi cuerpo y es plenamente, al mismo tiempo, un componente de él y su extensión).

Si el canto es una extensión del cuerpo del pájaro, se podría decir que el pájaro es cantado por su canto, como el cuerpo de la araña deviene entelado y entra en nuevas relaciones con lo que lo rodea –relaciones que podrán desterritorializar la modalidad expresiva cuando la tela deviene trampa, sin dejar de ser, de todos modos, materia de expresión y de "impresiones"–. El canto del pájaro sería entonces potencia expresiva, potencia "extensiva", y no es impensable que la potencia de ese canto, su ritmo y su intensidad determinen en parte la extensión posible de lo que deviene territorio, tal como deben hacerlo las posibilidades de recorrer una cierta superficie. En otros términos, *el canto del pájaro forma un solo cuerpo con el espacio*. Literalmente. El canto es el modo expresivo a través del cual un espacio cantado *toma cuerpo* y deviene el cuerpo del pájaro. En un extracto de una novela de Maylis de Kerangal, encontré una de las descripciones más convincentes de esa relación que se teje entre un canto que se hace territorio y un territorio que se hace canto, de ese "hacer cuerpo" con el espacio a través del cual el pájaro se apropia su territorio, su lugar, su sí mismo extendido. En ese pasaje, evoca los jilgueros de Argel. Del joven Hocine, que los atrapa y los comercia, escribe: "Reconociendo cada especie, sus

características y su metabolismo, podía citar de oído la procedencia de los pájaros, e incluso el nombre de su bosque natal (...) Pero la emoción del jilguero excedía la musicalidad de su canto y dependía sobre todo de la geografía: su canto materializaba un territorio. Valle, ciudad, montaña, bosque, colina, arroyo. Hacía aparecer un paisaje, experimentar una topografía, palpar un suelo y un clima. Un pedazo de rompecabezas planetario adquiría forma en su pico, (...) el jilguero expectoraba una entidad sólida, aromática, táctil y coloreada. Los once de Hocine, una dieversidad, brindaban así la cartografía sonora de una zona inmensa"[10]. De este modo, el canto de cada uno de esos jilgueros es perspectiva sobre un mundo incorporada: el bosque de Bainem, el de Kaddous y el de Dely Ibrahim, el de Souk Ahras; cada uno de esos pájaros es la experiencia de una porción de un mundo, lo encarna: el canto marcó el territorio, el territorio marcó el canto.

Con esta perspectiva muchas historias podrían releerse, quedar tomadas en otro agenciamiento, volver a ponerse en juego en otros regímenes de posesión, verse asociadas a un contrapunto –aportar entonces otra musicalidad–. Así, por ejemplo, con las hembras que se afirmaba que eligen un territorio *y no* un macho. Ahora el "y no" está de más, ya no podemos quedarnos en un asunto de "o bien, o bien", como si el canto, los cortejos, los colores, las posturas, los actos que territorializan pudieran disociarse del territorio.

Solo se han visto los recursos del territorio. Por supuesto que cuentan, ¿pero son realmente lo más importante? En primer lugar, esto es olvidar que el pájaro que territorializa crea un espacio al que satura con motivos para la atracción: el promontorio, que deviene centro atractor, la frontera como atractor de relaciones con el exterior, y él mismo, atractor por figuras, posturas, pancartas y cantos. El territorio es un dispositivo de captura de atención, una trampa de atracciones, que se dirige hacia los otros machos o a las hembras de paso. En segundo lugar, pensar que la hembra elige un territorio y no un macho, que funda su elección en los recursos disponibles, implica desatender el

[10] Maylis de Kerangal, *Réparer les vivants*, Gallimard, col. "Verticales", 2014, pp. 170-171.

hecho de que hace una alianza con una composición, con lo que el pájaro compuso con un lugar. ¿Qué siente ella, qué ve, qué escucha de esa composición? ¿Cómo percibe la manera en la que el pájaro se ha apropiado, mejor o peor? ¿Cómo entiende si devino apropiado a lo que devino *su* lugar? Y si el canto del pájaro devino la expresión de un lugar, seguramente ella reconocerá en su firma la altura de los árboles, la presencia de un vecindario apacible o agitado –esto puede ser importante, lo veremos–, la rugosidad de las rocas, la presencia de un manantial que también canta, la sombra del follaje, el gusto de sus frutos o de los insectos bajo las hojas y quizás, incluso la manera en la que el sol se abre paso a través de las frondas. Todas expresiones de intensidades, todas variaciones de intensidades cuya cartografía podría transportar el canto. En definitiva, una musicografía.

CONTRAPUNTO

El ornitólogo canadiense Louis Lefebvre llevó adelante una larga encuesta comparativa sobre la inteligencia de los pájaros. Una verdadera encuesta, y no un experimento, en la medida en que se puso a recolectar todas las anécdotas de comportamientos inventivos, explorando setenta y cinco años de literatura científica y reportes de aficionados con las palabras clave "inusual", "nuevo" o "primer caso señalado". Aisló así 2.300 ejemplos referidos a centenas de especies. Son mayoritariamente comportamientos alimentarios. Lo cual me sorprende a medias. Desde luego que alimentarse es importante en la vida de los animales, pero ya mencionamos que ante todo son los comportamientos más observados por los investigadores. Por un lado, porque los animales son más visibles: para muchos comportamientos se pueden esconder, pero se los atrapa por el lado de los recursos. Por otro lado, si algunos comportamientos pueden ponerse en suspenso provisoriamente porque la presencia de un observador incomoda a los animales, el hecho de alimentarse difícilmente puede posponerse para un momento más propicio, más aún si el observador es paciente[1]. Volvamos a Lefebvre. Entre las centenas de ejemplos, descubrió que un págalo subantártico, un ave depredadora marina, se había mezclado

[1] Thelma Rowell, en Vinciane Despret y Didier Demorcy, *Non Sheepish Sheep*, documental producido en el marco de la exposición "Making things public. Atmospheres of democracy" (dir. Bruno Latour y Peter Weibel), ZKM de Karlsruhe, primavera de 2005.

entre crías de foca para saborear la leche de su madre, que un tordo se ayudaba con una ramita para picotear bosta de vaca, que unas garcitas verdes utilizan insectos como carnada –los depositan en la superficie del agua para atraer a los peces–, que una gaviota mató a un conejo con la técnica habitual de soltar conchas en altura para que se rompan, e incluso que durante la guerra de liberación en Zimbabwe, unos buitres se posaban sobre las vallas de alambres de púas de los campos minados a esperar a que las gacelas u otros herbívoros caigan en la trampa.

Jennifer Ackerman, que toma la posta de esta indagación en su propia investigación sobre el genio de los pájaros, se pregunta si se trata de inteligencia o de audacia[2]. Concluye que, de todos modos, la audacia favorece la resolución de problemas. La técnica, la invención de herramientas –dice–, parecen constituir el criterio por excelencia para definir la inteligencia. Cita a este respecto a dos investigadores, Alex Taylor y Russell Gray, que afirman que la lista de las que inventó el hombre "es una síntesis útil para representar toda la historia de nuestra especie". Es cierto. Pero esa lista de tecnologías "que revolucionaron las sociedades en las cuales fueron concebidas", y que incluye la cerámica, la rueda, el papel, el fuego y la vestimenta, incluye también el hormigón, la pólvora de cañón, el automóvil y la bomba nuclear. Hablemos en serio.

No es mi idea desatender el rol de las técnicas o denigrar el interés que presentan por sí mismas y por la manera en que nos han moldeado. *Homo faber*. Pero me viene a la memoria esa insurrección mágica contra las grandes epopeyas viriles, ese antídoto contra el veneno épico del hombre conquistador y fabricante de armas, que fue la novela de Ursula Le Guin, *The Carrier Bag Theory of Fiction*[3], que se puede traducir como *La teoría de la ficción-canasta*. Le Guin aboga por otras historias, y principalmente historias de invenciones de "continentes", de envoltorios, esas cosas preciosas y frágiles que permiten guardar, transportar, proteger, llevarle algo a alguien: "un folio, una cantimplora, una bolsa de red, un chal, un tarro, una caja, un contenedor. Un continente. Un recipiente". Cosas que cuidan seres y cosas.

Por mi parte, me gustaría agregar a esas historias las de las invenciones sociales, invenciones cruciales y tan diversas como es posible imaginar, a través de las cuales algunos seres aprenden a intentar vivir juntos, a hacer sociedad o a crear comunidades de vida. No en armonía –en efecto, hacen falta circunstancias excepcionales o mucho trabajo para que el lobo duerma con el cordero–. Eso puede llamarse domesticación,

[2] Jennifer Ackerman, *Le Génie des oiseaux*, Hachette, col. "Marabout Sciences & Nature", 2017.

[3] Nueva edición del libro *Dancing at the Edge of the World*, Grove Press, 1989.

en el mejor de los casos, y siempre tiene un precio, cualquiera sea el caso[4]. No en armonía, pero lo mejor posible.

Lo hemos estado viendo, los territorios no delimitan un jardín del Edén, y la vida en ellos se organiza con intereses conflictivos y deseos a menudo incompatibles. Pero *se sostiene*. Quisiera encontrar historias que honren esos logros. Por lo tanto, si las tecnologías son efectivamente invenciones que nos han fabricado, y si podemos felicitar a nuestros ancestros por algunas de ellas y preguntarnos seriamente cómo heredar otras, me temo que al otorgarles a los animales esa envidiable promoción a *Zoo faber* para reconocer su genio, terminamos pasando por alto esas tecnologías más discretas, menos pensables fácilmente como invenciones (principalmente porque las remitimos al mármol inmemorial del instinto o las reducimos a funciones a menudo demasiado simples), que son las invenciones sociales. Si hablo aquí de "tecnologías" para designar esas invenciones, es porque la bella proposición de Ursula Le Guin, que honra lo que puede contener a las cosas, lo que las mantiene juntas –una red, una cesta, una tela atada– podría extenderse a los territorios. No solamente porque al nivel de cada uno de ellos tomados individualmente son "en casas" que van a reunir y cobijar seres como lo haría la tela de una carpa, sino porque más ampliamente cada territorio podría constituir un eslabón de una red extendida en el espacio y en el tiempo.

Pero para llegar a imaginar esta versión, los investigadores tuvieron que enfrentarse primero a un problema considerable: el de la importancia que le otorgan las teorías a la agresión.

[4] Ver Vinciane Despret, *Quand le loup habitera avec l'agneau*, Seuil, 2002.

Capítulo 5
Agresión

Ya mencioné que los primeros investigadores habían quedado impresionados por el fervor de los conflictos y la combatividad de los pájaros. Sin embargo, muy pronto muchos de ellos expresaron algunas dudas en cuanto al tenor real de esos combates. Se dan cuenta de que aquello a lo que asisten, y que los dejó tan impresionados, son mayoritariamente posturas de amenaza: cantos, exhibiciones, alas agitadas, abultamiento de las plumas, o incluso simulacros de ataques, a veces vigorosos, pero cuyas consecuencias raramente son dramáticas.

Howard había sido muy claro al respecto: se le ha otorgado demasiada importancia a los combates –escribe–[1]. Por ejemplo, un pájaro puede estar alimentándose tranquilamente en un rincón de su territorio, cuando entra un intruso. Alertado por lo que está pasando, interrumpe su búsqueda de alimento y camina o vuela en dirección al intruso. Primero se desplaza lentamente, pero a medida que se acerca, aumenta la velocidad para finalmente lanzarse sobre él, agrediéndolo

[1] Henry Eliot Howard, *op. cit.*, pp. 79 y 80 para todo lo que sigue.

con sus alas y su pico, y obligándolo así a volver a pasar la frontera. Y ahí –dice Howard– su actitud cambia notablemente. Cesa todo ataque. Se queda calmadamente de su lado del límite, como si montara guardia, y no manifiesta ningún interés por aquel al que atacaba furiosamente unos segundos antes. De todos los conflictos observados –dice Howard–, surge claramente que su finalidad nunca es obtener la derrota del intruso, sino obligarlo a retirarse de una cierta posición. Todos los conflictos comienzan con un traspaso de fronteras y cesan cuando el intruso regresa de su lado. Además, los conflictos son mucho más numerosos durante el establecimiento de los territorios, momento en que es más posible que sucedan invasiones.

Para Howard, la retirada del intruso nunca se deberá más que a su miedo o a su agotamiento, por lo tanto es evidente que no hay que darle demasiada significación a las heridas infligidas. Estos conflictos –dice– son como máximo simples riñas que no llevan a ninguna parte. En la mayoría de los casos, estos combates serían sobre todo formales, "serían vestigios de formas conflictivas más antiguas que determinaron la supervivencia de la especie". Además, el miedo y el agotamiento no son los únicos factores que determinan la naturaleza y la intensidad del combate: el factor más importante es la posición. La intensidad o la combatividad del ataque está siempre en función de la progresión de la posición que ocupa un pájaro cuando combate. Lo que determina la propensión del residente al conflicto es la posición relativa de cada uno. Esto lleva a que Howard afirme que "el conflicto es controlado".

Es notable que en este pasaje Howard anuncia las dos maneras en que la agresión será comprendida por la mayoría de los investigadores posteriores. Por un lado, estos combates son más formales que reales. Y Howard va a considerar esa hipótesis interesante según la cual el pájaro reorganizaría conductas heredadas y de cierta forma las trastrocaría poniéndolas al servicio de esa formalización. Por otro lado, observa que el ataque se lleva a cabo por iniciativa del pájaro residente y que su vigor se modifica según la posición que ocupa el adversario. La mayoría de los investigadores van a adherir a una u otra hipótesis, a veces a ambas. El hecho de que el combate es formal será observado

muchísimas veces. Así, en 1936 se leerá que entre los somormujos lavancos territoriales, solo algunos individuos manifiestan un comportamiento agresivo. La mayoría tolera a los congéneres cerca del nido. En 1939, David Lack observa unos petirrojos y constata que los encuentros entre machos rivales se terminan todos sin combate en el sentido estricto del término, sino mediante el canto. Estos combates formales y psicológicos –dice Lack– constituyen uno de los hechos más notables de la conducta de estos pájaros –sin embargo, los petirrojos se habían hecho una reputación, bastante notable y de larga data, de intransigencia respecto del territorio–. Ya mencionamos que la propia Nice resaltaba que la intensidad de las manifestaciones en sus gorriones cantores era inversamente proporcional a la gravedad del encuentro.

La otra hipótesis, la que afirma que el combate es controlado y que cesa cuando el intruso se retira, no solamente recibirá múltiples confirmaciones empíricas, sino que se verá complicada por otras observaciones. Por muy cruentos que parezcan, los conflictos territoriales provocan generalmente muy pocas víctimas. Pero esto no es todo: se constata que –paradójicamente, si se tiene en cuenta lo que se pone en juego– el resultado es siempre muy, muy previsible. Rara vez se impone un intruso. Como escribe Thomas McCabe en 1934, en la mayoría de las situaciones de conflictos territoriales, el poder de ganar lo tiene el defensor, siempre o casi siempre en la medida en que se encuentre en condiciones de defender sus fronteras, ya sea por la fuerza, por gestos o por la voz. Nice comenta esta hipótesis planteando un paralelismo con los humanos: el proverbio inglés *Possession is nine points of the law*, que se traduce como "la posesión es nueve décimos de la ley", significa que es más fácil reivindicar la propiedad si quien la reivindica es poseedor del bien, más difícil si no lo es. La reivindicación del poseedor tendría entonces nueve veces más peso que la de cualquier otro[2].

Konrad Lorenz y Nikolaas Tinbergen lo confirman a fines de los años 30: el defensor siempre pelea más vigorosamente que el intruso,

[2] Margaret Nice, *op. cit.*, pp. 468 y 469.

su derrota es rara. Es lo que se llamará el *home cage effect*, por el cual el "propietario de la jaula" ganará siempre cuando se enfrenta con un recién llegado. Notemos de paso que la terminología nos da el indicio de su origen. De hecho, una inconcebible cantidad de animales, desde babuinos hasta peces, pasando por miríadas de ratones y de aves, han sido sometidos a la prueba de defender "territorios", sea en jaulas, espacios cerrados o acuarios, en los cuales los investigadores los instalaban antes de introducir, algunas horas más tarde, un desgraciado congénere que no sabía dónde meterse, literalmente. Con la llegada del que se ve en ese momento designado como intruso, el primer animal instalado adoptará todas las actitudes que los investigadores se habituaron a asociar con el dominio; el otro manifestará todos los signos de la sumisión. El efecto estaba notablemente ligado a la prioridad de ocupación del espacio, a tal punto que poco tiempo después se podía obtener fácilmente la situación inversa cambiando el orden de instalación. Muchos experimentos con los pájaros lo confirmarán, y mostrarán que el vigor defensivo del ocupante es siempre superior a la agresividad del intruso. En un estudio de 1939 sobre el dominio entre los canarios, Hugh Shoemaker informa que un pájaro subordinado en un terreno neutro se vuelve dominante en su territorio. En 1940, Frederick Kirkman hace experimentos con la aproximación de los nidos de las gaviotas reidoras, normalmente separados por cuarenta y cinco centímetros; constata que la combatividad cambia de campo según que la misma gaviota juegue el rol de poseedora o de intrusa. Agresiva y llena de seguridad cuando el acercamiento se produce sobre su dominio, se vuelve tímida y vacilante cuando se produce sobre el dominio de la otra. En su libro sobre la agresión, Lorenz señala que hay una constante en los conflictos territoriales: el individuo combate con mucho más vigor si el combate se define sobre su propio territorio. Además, el "poder de combate" no es siempre el mismo sobre el espacio defendido, aumenta en el residente a medida que se acerca a algún centro de su territorio. Y disminuye otro tanto en el intruso a medida que se acerca a él. Habría como un gradiente de fuerzas a partir de ese centro, y los afectos de cada uno de los protagonistas implicados estarían relacionados con él.

Se impone una pregunta, y me la hice durante mucho tiempo: si el resultado es previsible, ¿por qué los animales se entregan a estos conflictos?

En primer lugar, hay que decir que somos "nosotros" los que sabemos que ese resultado es previsible. Lo sabemos porque fue constatado por un enorme número de observadores que acumularon una cantidad de experiencias inimaginable, las experiencias de millares de vidas de pájaros obtenidas pacientemente a partir de centenas de millares de horas de observación. Por lo tanto, los pájaros no tienen ninguna razón para hacer las mismas previsiones que nosotros. En un principio. Pero al mismo tiempo, no debemos dudar de que aprenden bastante rápido por experiencia. En este caso, el enigma se mantiene íntegro. Por supuesto que las cosas nunca están totalmente decididas, y se podría pensar que la tentativa es del orden de la apuesta (más aún en la medida en que no hay mucho por perder). Quizás los pájaros están abiertos a la idea de lo imprevisible, a la idea de que toda situación está siempre, de entrada, indeterminada. Quizás son testarudos, como esos seres fastidiosos que no creen en la lógica de las predicciones.

Pero esta pregunta, "¿por qué lo hacen, si el resultado es tan previsible?", quizá no está muy bien planteada, en la medida en que descansa sobre una serie de presupuestos que conciernen a la competencia, el espacio y la distribución en el espacio. A lo largo de mis lecturas me sorprendí a menudo al ver que los investigadores adherían a la idea de que estos conflictos no serían más que riñas, que los cantos y simulacros harían las veces de combates y que raramente se impondría el intruso, y al constatar al mismo tiempo su obstinación en intentar calcular los costos y los beneficios de esos conflictos, definiendo los beneficios en términos de apropiación y los costos en términos de heridas, de riesgos, de energía gastada en las disputas. Ahí hay como una contradicción.

Señalemos que muchos de los modelos económicos que estudiaban la distribución de los animales en el espacio tenían como horizonte teórico la regulación de la población. Pero estas teorías –señalan Judy Stamps y Vish Krishnan– se fundan sobre un impensado: el espacio considerado durante la adquisición territorial sería en cierta forma

indivisible y, por lo tanto, no repartible[3]. Siempre según ellos, el hecho de que muchas investigaciones sobre la territorialidad (principalmente en los peces) se hayan hecho en laboratorio, en reductos muy limitados, es probablemente, y en todo caso parcialmente, responsable por esta concepción del espacio. Luego, las prácticas que consistieron en hacer desaparecer residentes para evaluar la rapidez de su reemplazo, homologaron de cierta forma la idea que subyacía a ellas: que cada territorio podría ser objeto de una conquista, en términos de desposesión radical del residente. En efecto, vimos que los métodos que corroboraron esta teoría fundan su resultado sobre la desaparición, activamente programada, del residente. Pero aunque un pájaro llegara a ganar terreno durante un conflicto, lo cual siempre puede suceder, esta "victoria" no pasa por la desaparición del rival desalojado. Sin embargo, esto es lo que hacen esas prácticas. Ahora bien, generalmente los conflictos entre los pájaros no son del orden del todo o nada. Dado que el espacio es un recurso divisible, la mayoría de las veces se trata de apropiaciones de pedazos de territorios. John Maynard Smith, biólogo evolutivo y genetista británico, propone que lo que pasa en las fronteras debería comprenderse entonces como regateos, negociaciones, más que como conflictos al final de los cuales el vencedor se llevaría todo. De todos modos, incluso si este fuera el caso –es raro, pero puede suceder–, y si a la larga el intruso terminara disuadiendo al residente de quedarse, este no desaparece para siempre. Solo cuando los investigadores se inmiscuyen el resultado es tan caricaturescamente dramático. Y eso cambio todo.

Unos investigadores, que también pretendían falsear los dados del juego territorial, retiraron un residente. Pero en lugar de matarlo, lo mantuvieron cautivo, lo soltaron después de que un reemplazante hubiera tomado posesión de su territorio y observaron lo que pasaba. Si uno se interesa solamente en las repercusiones inmediatas de lo que se supone que representa el resultado de un conflicto, constata que el

[3] Judy Stamps y Vish Krishnan, "How territorial animals compete for divisible space: a learning based model", *The American Naturalist*, vol. 157, 2, 2001, pp. 154-169.

residente original no logra retomar el control de su territorio y que sus tentativas a lo largo del día terminarán en un fracaso. Pero si uno vuelve en las semanas que siguen, como lo hicieron Beletsky y Orians con unos tordos alirrojos, ve que quince días más tarde el 86% de los residentes recuperaron la totalidad de su territorio y el 4% una porción de él. Parecería entonces –concluyen Stamps y Krishnan, quienes cuentan estas investigaciones– que ganar un conflicto no constituye un elemento crucial del proceso.

Estas observaciones, y otras, nos instan entonces a otra explicación para comprender el enigma de estos combates cuyo resultado parece tan previsible. Se puede pensar, y algunas observaciones van en este sentido, que algunos pájaros pueden, con mucha determinación, terminar por obligar a un residente a conceder una parcela, y por lo tanto ganar un pedazo de territorio en un espacio ya ocupado. En efecto, se ha constatado que algunos pájaros provocan a un residente con una obstinación notable, son expulsados pero insisten. Son expulsados de manera repetida, pero se ve que a la larga el residente se desanima. Y todo esto sin un conflicto real, sino mediante uno de los más viejos modos de la guerra, lo que se llama una "guerra de desgaste"[4]. No se trata entonces de desalojar al residente, sino de coaccionarlo a dejar lugar a través de una sutil estrategia de desánimo[5].

Lo cual querría decir entonces que los pájaros, o en todo caso algunos de ellos, se organizan en un espacio que no tiene mucho que ver con las teorías de la regulación, sino que negocian su divisibilidad, lo reparten y se acomodan a nuevas distribuciones. Huxley lo había intuido, comparaba los territorios con discos elásticos, capaces de comprimirse pero hasta un cierto punto de resistencia a la presión.

¿Pero la respuesta que nos proponen Stamps y Krishnan al por qué de los conflictos cierra la cuestión? No lo creo. En primer lugar, porque no puede tomar en consideración la existencia de estos conflictos entre

[4] Ronald C. Ydenberg, Luca A. Giraldeau y Bruce J. Falls, "Neighbours, strangers and the asymmetric war of attrition", *Animal Behaviour*, vol. 36, 1988, pp. 343-347.

[5] Judy Stamps y Vish Krishnan, *op. cit.*, p. 165.

los pájaros cuyas fronteras son muy estables y que parecen bastante rígidos al respecto. Para ellos, lo que se juega debe estar en otra parte. En segundo lugar, su respuesta nos señala la apertura de otra cuestión que ha intrigado a algunos investigadores: reivindicar un pedazo de territorio en un lugar ya repartido, podría deberse, de hecho, a la voluntad de los pájaros de estar más cerca entre sí. ¿Pero por qué querrían esto? Obviamente, muchos científicos tenían una respuesta ya lista: los sitios más preciados son los que tienen más recursos. No se trata de estar cerca de los otros, sino de estar en el lugar correcto. Pero otros ornitólogos mostraron que este no es siempre el caso, y que tampoco es así de simple. Como es de suponerse, es una hipótesis mucho mas interesante, a la que valdrá la pena volver.

Se puede considerar otra posibilidad más. Para explorarla tenemos que volver a partir desde otros presupuestos y retomar la cuestión de la agresión. Ya dijimos que el territorio marca distancias. Hay mil razones para querer o tener que marcar distancias. La tendencia agresiva es solamente una entre muchas otras. Pero es la que se impuso para muchos investigadores. Y la agresión hace tan bien las veces de razón, excluye tan poderosamente a las otras, solamente porque el territorio siempre es pensado dentro de los esquemas de la competencia. Por ejemplo, es la fuerte hipótesis de Lorenz. El territorio está determinado por la agresividad, ella "causa" los comportamientos territoriales. Según Lorenz, la expresividad, los simulacros, serían de cierta manera formas de canalización, de ritualización de las pulsiones agresivas, pero no se despegarían de ellas, al contrario, se fundan siempre sobre la agresión. Ahora bien, si se parte del principio de que la agresividad no explica el territorio, sino que lo supone, lo cual quiere decir que el territorio es el acontecimiento de la reorganización de las funciones agresivas en funciones expresivas, se comprende de una manera totalmente distinta eso que adopta la apariencia de los conflictos.

El juego constituye una buena analogía: nadie diría que en el juego de los animales la agresividad estaría presente, pero reorientada. El hecho de que pueda volver cuando las cosas se pasan de la raya, no significa que esté presente en cuanto que pulsión agresiva, sino simplemente que su desterritorialización fracasó en ese momento –se pasó

a *otra cosa*–. El juego toma prestadas *las formas* de la agresión, pero la agresión no es para nada la causa, ni la cuestión. Incumben a los "como si", al "hacer de cuenta", formas que valen por sí mismas, una sublimación, diría Souriau. Es una exaptación: conductas que tenían una función en las relaciones de un ser con otros, son trastrocadas como formas, esta vez, al servicio del juego. Por eso el juego incumbe al teatro y al trabajo de actor, un animal puede actuar bien o mal, hay talento en estas historias, intuición que la lengua francesa ha conservado cuidadosamente al hablar del "juego de los actores"[6]. Desde el momento que uno se toma en serio el hecho de que el acontecimiento territorial ha reorganizado las funciones agresivas como funciones expresivas, le dará la razón a Souriau: el vencedor no es el mejor combatiente, sino el mejor actor. Se comprenderá mejor, entonces, lo que con mucha sagacidad Nice llamaba "roles" en sus gorriones cantores. Roles que "toman" a los actores, que los poseen (cosa que saben todos los buenos actores que conocen los riesgos del oficio), potencias que a veces los desbordan –y es lo mismo cuando el juego derrapa, cuando el animal es desbordado por su rol; cuando, en la forma, la agresividad vuelve a abrirse paso a la fuerza–. Y quizá también hay, en las conductas territoriales, algo que incumbe a veces al "es más fuerte que yo". Esas posturas extravagantes y estereotipadas, esos cantos repetidos al infinito, esos colores exhibidos, no solamente expresan fuerzas operando –magia de las apariencias, me sopla Moffat, capaces de operar a distancia para mantener a distancia–, sino que de igual modo las *activan*. El filósofo Thibault De Meyer dice, a propósito de algunos ornamentos, que pueden ser comparados con máscaras rituales: no solamente afectan a los otros, sino que afectan igualmente a quienes los llevan, "los vuelven capaces" –dice–. Son –escribe– activadores de potencia. "Las máscaras no crean potencias *ex nihilo*, transforman

[6] Traducimos literalmente *jeu des acteurs*, que debería traducirse por "actuación", "interpretación", porque este vínculo entre juego y teatro, que no solo sucede con el sustantivo *jeu*, sino que aparece también en el verbo *jouer* ("jugar", pero en el contexto artístico "interpretar", "actuar", "representar") no está en castellano [N. de T.].

potencias discretas, las dirigen a un teatro más grande, las transportan a otros territorios"[7]. Lo cual lo lleva a proponer que pensemos el arte como un juego que busca y activa fuerzas discretas, que simplemente existen en germen. Trastrocamiento, activación, desterritorialización –al servicio de lo que deviene arte, de lo cual innegablemente depende la territorialización; Souriau, Deleuze y Guattari, Adolf Portmann, Jean-Marie Schaeffer, y muchos otros lo propusieron[8]–.

Pero el hecho de considerar esas conductas expresivas, esos cantos, esas posturas, esas coreografías vistosas como fuerzas y activadores de fuerza, nos vuelve a llevar desde los filósofos hacia los ornitólogos. Y me permite anudar las dos preguntas que quedaron abiertas: por un lado, la del porqué de esos conflictos de resultado tan previsible; por el otro, la del porqué de ese aparente deseo de proximidad que tienen los pájaros.

El ornitólogo británico James Fisher señalaba que se prestó poca atención a la dimensión profundamente social de las actividades territoriales[9]. Dice que los biólogos tienen más facilidad para pensar la sociabilidad y la cooperación en lo que se llaman las "actividades de manutención", como el hecho de alimentarse. Ahora bien, según Fisher el territorio es una actividad social que permite la cooperación. La hipótesis de Fisher va a contracorriente de la mayoría de las teorías de esa época. Se basa en un postulado fuerte y, según Fisher, ampliamente ignorado en ornitología: los pájaros "son animales fundamentalmente sociales". Lo que hay que entender aquí es el "fundamentalmente". La sociabilidad es una regla, no una excepción, irradia hacia todas partes. Lo cual cambia completamente la perspectiva. El comportamiento territorial no sería un comportamiento agresivo cuya dimensión social se expresaría a través de su regulación, sería él mismo fundamentalmente social, de cabo a rabo. Así –continúa Fisher– la idea de que

[7] Thibault De Meyer, correo electrónico del 24 de enero de 2019.

[8] Jean-Marie Schaeffer, *Théorie des signaux coûteux, esthétique et art*, Tangence éditeur, col. "Confluences", 2009.

[9] James Fisher, "Evolution and bird sociality", en J. Huxley, A. C. Hardy y E. B. Ford (ed.), *Evolution as a Process*, Allen & Unwin, Londres, 1954, pp. 71-83.

las exhibiciones son agresivas y que las coloraciones tienen un valor intimidatorio, sostenida principalmente por Howard y Huxley, pudo abrirle camino a numerosas indagaciones. Pero estas indagaciones hicieron que se olvide la dimensión social de los comportamientos territoriales y condujeron a pasar por alto lo que son: "un gran intercambio de *auténticas exhibiciones*". En esta proposición de Fisher, volvemos a encontrar el territorio como atravesado por intenciones espectaculares, como teatro, como magia de las apariencias, magia en el sentido de efectos de simulacros, pero sobre todo de modos de aparecer en un juego que coopta modos de atención particulares. Y esto es lo que está en juego en esta historia. Fisher va a retomar una proposición del ornitólogo Frank Fraser Darling. Esos supuestos combates y esos cantos presuntamente agresivos, son "estímulos sociales". Fraser Darling se había basado sobre su estudio de aves que viven en colonia, las gaviotas argénteas, para afirmar que la copresencia de los congéneres las estimula. El hecho de vivir juntas sincroniza los ciclos de reproducción, los favorece –retoma aquí la hipótesis de Allee, según la cual, por debajo de un cierto umbral, muchos animales ya no se reproducen–. Fraser Darling va más lejos: los estímulos puede emerger de la simple presencia de los otros, pero el territorio los *intensifica*. Lo cual lo lleva a esta proposición apasionante: una de las funciones más importantes del territorio en las aves "es *el aporte de una periferia*, es decir de un límite a través del cual el ave está en relación con un vecino". En otros términos, "amontonándose unas contra otras en lugar de dispersarse, las aves se dan una periferia". Precisa: puesto que constituye "un lugar compuesto, por un lado, por uno o dos puntos de atención –el nido y el puesto de canto–, por otro lado, por una periferia", el territorio permite mantener juntas dos exigencias conflictivas: la seguridad y *una frontera donde pasen cosas*"[10]. Pues eso es lo que está en juego, según Fraser Darling. La periferia es un lugar de vida privilegiado, o incluso mejor, un lugar de vitalización. Es el lugar donde las aves *se activan*, como se dice vulgarmente y al mismo

[10] Frank Fraser Darling, "Social behavior and survival", *Auk*, 69, 1952, pp. 183-191.

tiempo en el sentido en que lo propone Thibault De Meyer. Son –dice otra vez Thibault– "dispositivos de entusiasmo". Retomando las observaciones sobre el tero que llevó a cabo G. Rinkel en 1940, Fraser Darling explica que esas aves no solamente no evitan los "choques", sino que por el contrario parece que "buscan todas las oportunidades de provocarlos por los estímulos emocionales que les aportan". Muchas aves podrían dar testimonio de esto, dice: hay agitación en las fronteras, y esa agitación la mayoría de las veces es deliberada. Y esto es lo que ofrecen el territorio y la formidable teatralización de esos juegos en sus límites. Pues los animales –concluye Fraser Darling– "necesitan salir de sí mismos". En la vida animal habría una "responsividad recíproca".

Se podría pensar entonces que estos conflictos, que en apariencia no terminan en nada, constituirían especies de dramas que se vuelven a actuar incesantemente por sí mismos, y que tienen efectos. Activan tanto a aquellos que los actúan como a aquellos a los que están destinadas las actuaciones. Porque justamente, el territorio solo existe por la territorialización y por la desterritorialización, puesto que siempre se experimenta en relación con entradas y salidas. Los territorios solo existen en actos. Lo cual quiere decir que son objeto de una performance, tanto en el sentido teatral como en el sentido de que su existencia debe ser performada. Son performances que "afectan" al territorio y hacen de él un espacio afectado, un espacio atravesado por afectos. De cierta forma, los conflictos se *ponen al servicio* de las exhibiciones, ya sean cantadas, danzadas, ritualizadas, posturales o coloridas. Estas exhibiciones no solo son expresión de los afectos, sino activadoras de ellos. Y este juego, esta performance que afecta un lugar, que *hace* territorio, solo puede actuarse como mínimo de a dos –e incluso dos es muy poco–.

Aquí otra vez el territorio es *materia de expresión* y materia de expresión socializada. O más precisamente, la sociabilidad está puesta al servicio de la territorialización, entra en su agenciamiento, es trastrocada en un nuevo uso. Por consiguiente, y como lo sugería Warder Clyde Allee, el territorio sería un fenómeno mucho más ecológico que comportamental.

CONTRAPUNTO

Si [los científicos] evaluaran los desempeños mentales de los babuinos mediante una serie de cuestiones sociales, en lugar de evaluarlos con pedacitos de plástico de colores y formas diferentes, deberían sin duda hacerse preguntas sobre su propio CI.

—GEORGE SCHALLER[1]

A principios de la década de 1970, la primatología de los babuinos se volvió un campo muy controvertido: unos investigadores reportan desde el campo observaciones que contradicen lo que se había pensado y tenido por sabido respecto de los babuinos, y que por eso ponen en peligro el modelo que cada sociedad babuina ilustraba bastante fielmente. Pues había un "modelo" de la sociedad de los babuinos, con sus jerarquías de dominación bastante rígidas, el rol identificado (y bastante insignificante) de las hembras, una competencia franca alrededor de los recursos, todas dimensiones que constituían de cierta forma los "invariantes específicos". El modelo se resquebraja por todos lados: la primatóloga Thelma Rowell, por ejemplo, afirma que los babuinos, que observa en Uganda desde principios de la década de 1960, no están interesados ni en la competencia, ni en la jerarquía, y que la influencia de las hembras sobre las decisiones es mucho más importante de lo que se pensaba. Su joven colega Shirley Strum dice que no logra ver lo que le enseñaron a ver y describe una sociedad donde el dominio no otorga ninguna de las ventajas que se suponía y donde la amistad con las hembras

[1] George Schaller, prefacio a Shirley Strum, *Presque humain. Voyage chez les babouins* (trad. de F. Simon Duneau), Eshel, 1990.

constituye una virtud crucial para un macho. ¿Cómo dar cuenta de esas diferencias de organización de lo social en el seno de la *misma* especie?

Esta diversidad inquietante fue objeto primero de hipótesis que cuestionaban a los científicos: por un lado, las subjetividades o las diferencias de método de los observadores podrían ser responsables de esas divergencias; por otro, seguramente las investigaciones serían todavía demasiado rudimentarias –pero los investigadores apuestan a que a la larga se llegará a una coherencia mayor–. Algunos propondrán que las condiciones ecológicas son lo que hace que algunas sociedades diverjan de la norma, lo cual no cuestiona la existencia de esta última.

El filósofo Bruno Latour va a sugerir otra hipótesis: es el paradigma mismo de la sociología que guía esas investigaciones lo que se muestra incapaz de tomar en cuenta la variabilidad de las sociedades de babuinos. Pues este paradigma se funda sobre una definición de la sociedad como un molde en el cual se meterían los individuos –lo que se llama una definición ostensiva de lo social–. Este molde sería tanto más inmutable en la medida en que ha sido forjado por la evolución. En un artículo escrito con Shirley Strum, Latour afirma que si uno quiere comprender qué puede ser una sociedad, humana o primate, no hay que postular una matriz social en la cual se insertarían los actores, o un contexto social que los sociólogos tendrían que explicitar, sino seguir el rastro de la creación continua de las asociaciones, de los vínculos que *devienen* sociales. Esta sociología adopta entonces una definición "performativa" de lo social. Con ella, los actores no cesan de definir, para sí mismos y para los otros, qué es su sociedad. Pues la sociedad solo existe porque es construida por los esfuerzos por definirla de cada uno de sus miembros. No debemos interesarnos tanto en los vínculos entre los actores tal como se dan cuando están establecidos, sino explorar la manera en que los actores crean esos vínculos y, de esa manera, definen lo que debe ser la sociedad –no ver lo social tal como *está* hecho, sino "tal como se hace", como podría proponer el filósofo William James–. Lo interesante es que esta perspectiva permite comprender por qué Strum no veía lo que le habían enseñado a ver y por qué sus babuinos se negaban obstinadamente a ilustrar el modelo que deberían haber reforzado. Al llegar al campo, primero se preguntó cuáles son las preguntas que se plantean los babuinos cuando entran en relación con los otros. Y estas preguntas son las que guiaron sus observaciones. Por eso es que, de entrada, Strum había adoptado en su metodología una versión performativa de lo social. Sometiendo a los babuinos a estas preguntas, Strum aprende de ellos que no cesan de negociar, de poner a prueba a los congéneres, de adivinar las intenciones de los otros o lo que

van a hacer, de crear alianzas y de procurar saber quién es aliado de quién, y por supuesto, de intentar controlar a los otros, e incluso manipularlos. Y estas respuestas que aporta la observación de los babuinos les permiten a Strum y a Latour concluir: "En la medida en que los babuinos están negociando incesantemente, el vínculo social es transformado en un proceso que les permite saber 'qué es la sociedad'". En otros términos, "los babuinos no entran en una estructura social estable, sino que más bien negocian qué será esa estructura"[2].

Por lo tanto, la variedad de maneras de organizarse no es un simple producto de determinaciones externas, ya sean condiciones de las investigaciones, contextos ecológicos, o diferencias de los observadores. Los animales no entran en una sociedad, al igual que no entran en una jerarquía o en un sistema de alianzas que los estarían esperando, sino que exploran, lo cual quiere decir que experimentan e indagan qué puede ser su sociedad. Y para hacerlo, ponen incesantemente a prueba la disponibilidad y la solidez de las alianzas, sin nunca tener garantía acerca de cuáles se mantendrán y cuáles no funcionarán o se romperán. Esta última afirmación lleva a Latour y a Strum a proponer otro contraste, esta vez entre las sociedades de babuinos y las sociedades humanas: allí donde las primeras son sociedades complejas, las segundas aparecen como sociedades complicadas. La definición performativa de lo social supone la cuestión de cómo arreglárselas, cuáles son los medios prácticos que tienen a disposición los actores para imponer su versión de la sociedad. Cuando uno intenta responder a estas preguntas, aparece una de las singularidades de la sociedad de los babuinos: gozan de muy pocos medios de *simplificación*. Donde las sociedades son *complicadas*, esos medios existen: las sociedades humanas disponen de símbolos y de recursos materiales –como contratos, fianzas, instituciones, tecnologías, agendas, compromisos escritos– que estabilizan algunos factores, los mantienen constantes y autorizan a los actores a dar por *sabidas* ciertas cosas, hechos, elementos, características.

Los babuinos, en cambio, deben retomar incesantemente la indagación y las negociaciones que les permiten alcanzar sus objetivos. En efecto, aunque en su vida social algunas cualidades de los individuos están dadas, como la edad, el parentesco o el sexo, la mayoría de las características que permiten predecir o anticipar el comportamiento de los otros ha de renegociarse incesantemente en las relaciones.

[2] Shirley Strum y Bruno Latour, "Redefining the social link: from baboons to humans", *Social Sciences Informations*, vol. 26, 4, 1987, pp. 783-802, p. 788.

Por eso es que los babuinos conocen una sociabilidad compleja, lo cual quiere decir que las soluciones de las que disponen para construir o reparar lo social nunca son estables y deben ser puestas a trabajar incesantemente. En otros términos, para negociar no tienen más que sus cuerpos, sus competencias sociales y las estrategias que puedan inventar.

En un texto bastante viejo, Gilles Deleuze proponía comprender los instintos y las instituciones como respondiendo a un mismo motivo: son "formas organizadas de una satisfacción posible"[3]. La institución –añade– "se presenta siempre como una forma organizada de medios": la tendencia sexual se satisface en el matrimonio, en la medida en que "el matrimonio ahorra la búsqueda de una pareja, sometiendo a otras tareas". Esta definición tiene el mérito de que presenta a la sociedad como "inventiva" – inventa medios originales de satisfacción– y a la institución como positiva –allí donde la ley es limitación de las acciones, la institución constituye un modelo positivo de acción–. La sociedad es tanto más inventiva, por un lado, en la medida en que la institución transforma la tendencia por el hecho mismo de inventar medios para satisfacerla; por otro, en la medida en que la institución no puede ser explicada por la tendencia: "las mismas necesidades sexuales no explicarán jamás las múltiples formas del matrimonio (...). La brutalidad no explica nada de la guerra; sin embargo, encuentra en ella su mejor medio". Notaremos que, en *Mil mesetas*, Deleuze retomará una versión muy semejante, esta vez a propósito del territorio. Lo vimos: contra lo que proponía Konrad Lorenz, Deleuze y Guattari afirman que la agresión supone el territorio, pero no lo explica.

No voy a retomar aquí el contraste que establece Deleuze con el instinto en el texto sobre las instituciones. El instinto no nos ayudará mucho aquí. Pero quisiera retener dos ideas de la similitud de ambos análisis –el de la institución y el del territorio–. En primer lugar, la idea de la inventiva: el hecho de que al igual que la necesidad no explica la institución, la pulsión no explica el territorio. El territorio es una invención

[3] Gilles Deleuze, *Instincts et institutions*, Hachette, colección "Textes et documents philosophiques", 1953, pp. viii y ix para las citas. Quiero agradecer a mis colegas del seminario del grupo de investigaciones *Materialidades de la política* de la Universidad de Lieja, y más particularmente a Florence Caeymaex, Édouard Delruelle, Antoine Janvier, Jérôme Flas y Ferhat Taylan, quienes con mucha generosidad discutieron y comentaron una de las etapas preliminares de mi investigación y sugirieron pistas apasionantes, entre ellas este texto de Deleuze.

que transforma necesidades y pulsiones en otra cosa. Más concretamente en este marco, y para recuperar la intuición de Fraser Darling, el territorio está puesto al servicio de ciertas posibilidades de acciones sociales. En segundo lugar, la idea del modelo que constituye la institución, idea que explicita la primera. El territorio podría jugar un rol similar. Aquí el término "modelo" no se invoca en el sentido en lo hemos encontrado antes –el *modelo* de la sociedad de los babuinos que les imponía que se adapten a algunas invariantes específicas–, sino en el sentido activo, positivo, performativo, en el cual la institución es –como escribe Deleuze– "una actividad social de modelos" que integran "las circunstancias en un sistema de anticipación"[4] y que permite a la vez prever y hacer proyectos.

Desde luego que el territorio no es una institución en sentido estricto, pero podría perfectamente cumplir un rol similar al de las instituciones, en la medida en que sería una invención que estabiliza algunas dimensiones, algunas características, que permite prever y anticipar. E incluso llevar a cabo proyectos. En otros términos, en sociedades complejas como las de los pájaros, el territorio es una invención que permite la simplificación de la complejidad, que se hace cargo de la estabilización de una parte de los elementos de la vida social y que les da a sus actores la posibilidad de prever, en cierta medida, la manera en van a comportarse los otros.

Si esta analogía es pertinente, el territorio jugaría un rol bastante similar al que Shirley Strum le asigna a la jerarquía entre las hembras de los babuinos de Anubis. Constituiría lo que ella llama una "estructura". Ya mencionamos que en la vida cotidiana de los babuinos las transacciones sociales demandan un trabajo constante. El aseo social puede hacerse cargo de una parte de lo que puede llamarse el cuidado de las relaciones y la creación de lazos de alianza o de amistad, pero está fuertemente limitado en cuanto al número de compañeros posibles. El costo social y el estrés implicados por la vida en grupo –dice Strum– serían extremadamente elevados si un animal no pudiera conocer de antemano sus relaciones con los otros. La vida social resultaría paralizada por las negociaciones constantes en las que deberían entrar los animales cuando hay que elegir dónde comer, dónde descansar, a qué lugar desplazarse, a quién pueden acercarse y de quién deben mantener distancia. Ya no quedaría tiempo libre para las necesidades elementales, ni energía –añade Strum– para hacer frente a nuevos desafíos. "Debido a que la complejidad genera una gran variedad de opciones –escribe–, no sorprende que los individuos de una

[4] Gilles Deleuze, *op. cit.*, pp. x y xi.

manada estén en desacuerdo respecto de lo que hay que hacer. Estos desacuerdos deben resolverse, porque ese grupo está forzado a desplazarse y a actuar al unísono. La resolución exige negociaciones. Por eso es que transigir con las consecuencias de la complejidad sociológica es un serio desafío cotidiano para los babuinos"[5].

En esta perspectiva, la jerarquía de las hembras sería "una estructura cooptada como estructura primaria". Permite estabilizar las relaciones, saber qué se puede esperar de los otros, la manera en se espera que uno se comporte, las alianzas posibles y su fiabilidad. La naturaleza conservadora de las hembras –agrega Strum– "colabora en mantener relativamente estable y previsible esta jerarquía"[6]. Testimonio de ello es el hecho de que si un babuino macho pierde un conflicto contra otro, puede continuar disputando el resultado durante todo el día, e incluso durante toda una semana. Una hembra, en esta misma situación frente a otra, rara vez cuestiona el resultado del conflicto. De todos modos, la jerarquía de las hembras no es totalmente invariable, hay reajustes entre madres e hijas, pero generalmente –dice Strum– esto no afecta a toda la manada. En cambio, cuando se generan cambios en la jerarquía global de las hembras, se asiste a agresiones a veces muy violentas, en las cuales termina implicada toda la manada. La vida del grupo resulta a veces inmovilizada durante días, y la inestabilidad afecta al grupo durante las semanas e incluso los meses que siguen. Estos períodos de ruptura vuelven mucho más evidente la importancia crucial de una estructura estable y previsible que les permite a los babuinos gestionar su vida cotidiana. La jerarquía no sería una característica genética, como afirmaron numerosos científicos, sino más bien un principio de transacción. "La importancia de la estructura es intuitivamente evidente cuando se toman en serio la complejidad y los procesos. Tanto para los sistemas biológicos, como para las sociedades humanas, las estructuras reducen la incertidumbre, minimizan las disonancias cognitivas, construyen relaciones sociales y facilitan los intercambios sociales"[7].

Seguramente se entendió, a lo largo de las páginas precedentes, que no me gustan mucho las analogías. Si dejo que piensen que estoy comparando a los babuinos con los pájaros, me lo reprocharía a mí misma. Los pájaros no son babuinos, con más razón en

[5] Shirley Strum, "Darwin's monkey: Why baboons can't become humans", *Yearbook of Physical Anthropology*, 55, 2012, pp. 3-23, p. 14.

[6] *Ibid.*, p. 12.

[7] *Ibid.*, p. 13.

la medida en que no podemos afirmar gran cosa en general a propósito de los babuinos, excepto que lo que sabemos de ellos es muy sensible a las preguntas que les hagamos. No son modelos, ni para sí mismos, ni para nosotros, ni para los pájaros, pero pueden crearlos para responder a los desafíos que les impone la vida en sociedad. Finalmente, lo que esperaba de ellos al convocarlos no está muy lejos de lo que le pido a los pájaros: que nos abran la imaginación a otras maneras de pensar, que rompan con ciertas rutinas, que vuelvan perceptible el efecto de ciertos tipos de atención –¿qué decidimos volver notable en lo que observamos?–. Para volver posibles otras historias. Por supuesto que abrir estas historias es más difícil para los pájaros que para los babuinos. La potencia de las explicaciones por el instinto, la facilidad para hacer referencia a los cambios orgánicos, su estatus de no-primates agravado por el de no-mamíferos, complica un poco las cosas. Pero justamente, no hay que pasar por alto que tampoco fue fácil para los babuinos. Lo que sabemos de ellos hoy en día no debe hacernos olvidar que hasta los años 70 tuvieron "muy pocas opciones", como diría Strum, y que se suponía que obedecían a determinismos rígidos que les dejaban poco margen de maniobra. El hecho de que hoy en día puedan aparecércenos como "sociólogos con tapados de piel"[8], demandó trabajo, imaginación, y más particularmente, otras maneras de prestar atención.

De todos modos, los pájaros gozaron de algunas ventajas. Por un lado, no se los agobió con la pesada carga de tener que representar nuestros orígenes y de constituir un modelo para la humanidad[9]. Por otro lado, lo mencioné, los ornitólogos cultivaron muy tempranamente un acercamiento comparativo que los volvió atentos hacia la pluralidad de las organizaciones, y en el dominio se constata una tensión constante entre la voluntad de unificar los hechos a través de una teoría, y el reconocimiento de una variabilidad tal que cualquier teoría nunca podrá ser más que una teoría local. Por último, no hay que pasar por alto la formidable exuberancia de los pájaros, su inventiva, su notable capacidad para hacer sentir la importancia del territorio y la belleza puesta al servicio de dicha importancia. Esto también debe haber jugado a favor de cierta atención y de cierta imaginación. Los investigadores que fueron

[8] Bruno Latour, posfacio a *Presque humain* de Shirley Strum, *op. cit.*

[9] Sobre este tema, ver *Primates Visions: Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*, de Donna Haraway, Verso, Londres, 1992, y Shirley Strum y Linda Fedigan, "Changing views of primate society: A situated North American view", publicado en el libro que codirigieron en el 2000, *Primate Encounters: Models of Science, Gender and Society*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 3-49.

sensibles a ello crearon así espacio –a veces intersticios, pero son importantes– para historias menos deterministas, historias que dejan márgenes de maniobra más importantes, para los pájaros como para quienes los observan, historias que desbaratan la tentación de los modelos.

Capítulo 6
Partituras polifónicas

El arquitecto Luca Merlini afirmaba que la arquitectura dibuja la forma de las relaciones humanas[1]. Yo creo que nos hace falta quitarle a esta afirmación su carga de antropocentrismo. En el libro *El mundo silencioso*, Jacques-Yves Cousteau y Frédéric Dumas cuentan que en las aguas de Porquerolles se toparon con una aldea de pulpos[2]. Vieron allí auténticas casonas, una de las cuales combinaba un techo plano hecho con una gran losa y sostenido por dos dinteles de piedras y de ladrillos, con un muro frente a su entrada, hecho de pedazos de botellas o vasijas, de caracoles y de conchas de otras. Desde entonces, han emergido otras aldeas. En 2009, en la Bahía de Jervis, al este de las costas australianas, se observa una "ciudad" que será bautizada Octópolis, y más recientemente, no muy lejos de allí, otra que recibió

[1] Luca Merlini, "Indices d'architectures", *Revue Malaquais*, 2014, 1 ("Transmettre"), p. 9.

[2] Jacques-Yves Cousteau y Frédéric Dumas, *Le Monde du silence*, Éditions de Paris, 1953.

el nombre de Octlantis. Se había creído que los pulpos eran solitarios y poco sociables. Evidentemente son capaces de cambiar su hábitos o, más precisamente, de transigir de un modo inédito con un medio que les hace proposiciones. Es lo que Mike Hansell, el zoólogo especialista en arquitectura animal, llama "ruta ecológica", para dar cuenta del hecho de que la transformación del medio que efectúan algunas criaturas va a suscitar en esas criaturas modificaciones de hábitos, de maneras de hacer, de modos de vivir y organizarse[3]. Lo que hicieron los pulpos es inventar formas que dan forma a una sociedad que ellos mismos inventan en el mismo gesto. En esta perspectiva, los territorios serían formas que moldean maneras de ser social y de organizarse.

Hemos visto que podíamos considerar que los territorios operan en la formación de las parejas. Que suscitan el encuentro, sincronizan los cuerpos, ajustan los ritmos psicológicos o fisiológicos, sueldan las relaciones. Los territorios serían, como propone Souriau a propósito de un nido de carboneros, "obras mediadoras" –escribe sobre este nido, por otra parte, que no es solamente obra del amor, sino "creador de amor", puesto que los compañeros se enamoran construyéndolo–[4]. Los territorios serían formas que engendran y moldean afectos, relaciones, maneras de organizarse en su seno. Es lo que se podría inferir de la observación de algunos pájaros que modifican sus sistemas matrimoniales en función de los territorios en los que se instalan.

Entre los acentores comunes (podrían invocarse otros ejemplos, pero confieso que tengo por el acentor un interés personal e histórico muy particular[5]) las combinaciones matrimoniales son de lo más diversas:

[3] Mike Hansell, *Built by Animals: The Natural History of Animal Architecture,* Oxford University Press, Oxford, 2008, p. 56.

[4] Étienne Souriau, *op. cit.*, p. 88.

[5] En primer lugar, porque en una investigación anterior sobre el altruismo entre los pájaros, el acentor común se diferenciaba claramente de los otros pájaros (excepto del tordalino arábigo, al cual decidí finalmente dedicar mi indagación; ver *Naissance d'une théorie éthologique*, op. cit.) por comportamientos de una gran inventiva y de una sorprendente flexibilidad. En segundo lugar, porque en la ciudad donde vivo, el excelente observador de pájaros que era Albert Demaret me contó que un acentor común viene a cantar desde lo alto del mismo edificio

monogamia, poliandria, poligamia, poliginia. Cuando la hembra elige un dominio vital amplio, este es más difícil de defender. En estos casos, a menudo veremos que el macho se asocia con otros y prevalece la poliandria. Si es estrecho, prevalecerá la poliginia. Los dominios vitales de las hembras son siempre exclusivos, en cambio los territorios de los machos se yuxtaponen cuando viven con la misma hembra, y se los ve cooperar para defenderlos. Cuando la hembra instituye un dominio vital, el macho se acerca y se pone a volar cantando alrededor de ella. Los observadores dicen que lo que hace el macho es explorar el lugar de vida de la hembra, pero es sobre todo emplazar un *territorio de canto* a su alrededor. Si ella acepta instalarse en el territorio cantado de un solo macho, la pareja será monógama. Pero puede también aventurarse en dos territorios de canto, lo que suscitará conflictos entre los dos machos que, en un primer momento se perseguirán, partiendo cada uno de su territorio. Al cabo de un tiempo, los conflictos se apaciguan, los dos machos aceptan manifiestamente las intrusiones del otro, se instala un orden de dominancia, y el territorio deviene común. Los dos machos parecen entenderse y cantan sobre el mismo palo. De todos modos, las disputas se reanudarán en el momento en que la hembra comience a poner, lo cual según los autores parecería reflejar “discordancias sobre la manera en la que deberían repartirse las copulaciones”[6]. En uno de los casos observados, un macho joven que vagabundeaba alrededor del territorio de un residente se obstinó. Después de expulsarlo en múltiples ocasiones, el macho más viejo terminó por aceptarlo. Se observó también que el macho de una de dos parejas monógamas vecinas se aventuró al lugar de la otra pareja y se puso a cantar sin encontrarse con demasiada resistencia. Unos días después se convirtió en el macho alfa de los dos territorios. El otro tomó la posición de macho subordinado. Los acentores son bastante

---

todos los primeros días de cada año con una puntualidad absolutamente notable –flexibilidad y fiabilidad, esa es la marca de los hábitos–.

[6] Nicholas Davies y Arne Lundberg, “Food distribution and a variable mating system in the Dunnock, Prunella modularis”, *Journal of Animal Ecology*, vol. 53, 1984, pp. 895-912.

particulares en la medida en que la hembra instala primero su espacio de vida, cuya situación decidirá –al contrario de lo que pasa en los petirrojos, por ejemplo, donde la hembra se instala generalmente en un territorio ya instituido por un macho y lo sigue por todas partes durante los primeros momentos, seguramente para aprender los límites–. La proporción de machos y hembras en los acentores está fuertemente marcada por una elevada mortalidad de estas últimas. Por lo tanto, son muchos los machos que deberían estar condenados al celibato. Sin embargo, los acentores pusieron a punto un sistema de organización muy dúctil, con arreglos poliándricos o que permiten que un macho se inmiscuya en una pareja ya formada. El territorio daría forma, entonces, a las maneras de organizar la conyugalidad –lo cual no equivale al hecho de que la determine: es una forma a partir de la cual los pájaros van a negociar–. En otros términos, una proposición formal.

Pero más ampliamente, si uno toma en consideración que el territorio no es solamente creación de relaciones en su seno, sino creación de relaciones con los otros, podría perfectamente tener una función "instauradora", como sugieren las aldeas de pulpos. En esta perspectiva, los territorios serían formas que generan relaciones sociales, e incluso que le dan forma a una sociedad. O más precisamente, son formas que, en la mayoría de los casos, renuevan la forma de la sociedad cuando esta se enfrenta a nuevos desafíos, como los que acarrean los motivos asociados al apareamiento y a la reproducción. Quisiera volver a aquella apasionante proposición de Fraser Darling, e insistir sobre un término que utiliza cuando escribe, lo cito de nuevo: el territorio es "un lugar compuesto, por un lado, por uno o dos puntos de atención –el nido y el puesto de canto–, y por otro, por una periferia". El término "periferia" subraya una dimensión crucial de los territorios: son siempre *adyacentes*. No encontraremos un territorio "en medio de la nada", o en todo caso sería una excepción. Están siempre en copresencia con otros territorios, son siempre *vecinos*.

Ya mencionamos que, muy tempranamente en la historia de los estudios sobre los territorios, algunos investigadores plantearon la hipótesis de que los pájaros se atraerían mutuamente, lo cual explicaría

los fenómenos que Allee califica como "distribuciones contagiosas"[7]. Al mismo tiempo, esto parecía paradójico. Era paradójico –señalémoslo– sobre todo para los autores movilizados por las cuestiones de la competencia y la agresión: la competencia justificaría la necesidad de poner a distancia a los congéneres y la agresión se encargaría de mantener dicha distancia. Por lo tanto, la proximidad *solo* debería verse como una decisión oportunista de ocupar los mejores sitios, y tendría entonces el efecto de saturarlos –lo cual justifica más todavía la competencia–. No es descabellado imaginar, además, que esa impresión de saturación del hábitat haya favorecido la hipótesis de la regulación demográfica.

Pero para otros investigadores, si uno se toma en serio la función espectacular de la agresión y el hecho de que lo que está en juego no es, o no solamente es, "económico" –como decía Margaret Nice a propósito de sus gorriones cantores–, esa proximidad podría dibujar otros motivos. Nice observa en 1937 que los gorriones tienden a agrupar sus territorios de tal suerte que forman un racimo –una agregación de espacios que irradian a partir de un centro–. Muy pronto surgieron observaciones similares en el norte de Europa. Según los investigadores que observaban esos pájaros del Norte, parecería que la atracción conespecífica rige la elección de los territorios. Los recién llegados serían atraídos por los cantos de sus congéneres y se establecerían preferencialmente cerca de poseedores ya establecidos. Algunos investigadores comentan que los recién llegados se contentan a veces con territorios que no son óptimos si estos son adyacentes a territorios ya ocupados por conespecíficos. Evidentemente, como humano es difícil evaluar lo que sería un territorio óptimo. Las tentativas experimentales que se llevaron a cabo en el laboratorio lograron uniformizar las condiciones, pero de todos modos no son fiables. Allee señalaba, a este respecto, que muchísimas especies que tienden a agruparse en las condiciones de laboratorio, no lo hacen en la naturaleza, e inversamente, animales que parecen querer agregarse cuando están en libertad, en el espacio restringido del laboratorio tienden a repelerse mutuamente.

[7] Warder Clyde Allee *et al.*, *op. cit.*, p. 393.

Como sea, Judy Stamps señala que no es casualidad que los pájaros del Norte hayan suscitado esta hipótesis: buena parte de ellos son migratorios, y debido a esto las fluctuaciones anuales son muy importantes y las variaciones de densidad mucho más amplias que entre las especies residentes. Por un lado, cuando la densidad es baja, como durante la llegada de los primeros pájaros que vuelven de la migración, y hay grandes espacios disponibles, los efectos de agregación son mucho más notables. Por otro lado, cuando de un año al otro una misma población presenta una declinación brutal debido a las vicisitudes de las aventura migratoria, los territorios disponibles sobran. En estos dos casos la agregación no solo es más evidente, sino que puede ser interpretada como una elección, y no como el efecto de la coacción que consistiría en la presión de una densidad alta[8]. El hecho de que, en algunas especies, el orden de apropiación varíe de un año al siguiente, vendría a confirmar esta hipótesis. Si lo que está en juego se resumiera a los recursos, los que llegan primero elegirían los mejores territorios, los siguientes los de la calidad más cercana, y así sucesivamente, de manera similar cada año. Ahora bien, se constata que la formación del motivo arracimado se dibuja en función del emplazamiento, variable de año en año, de los pájaros ya presentes en el momento de la llegada de los que siguen.

Si los experimentos de laboratorio son poco fiables debido a los efectos del confinamiento, se llevaron a cabo otros en el campo, particularmente para evaluar la atracción que podía producir el canto de los pájaros ya instalados sobre los congéneres en busca de territorios. A partir de los cantos dirigidos a unos papamoscas cerrojillos, difundidos por medios artificiales, parece que la atracción aumenta en función de su intensidad. Otros dos investigadores evaluaron, en varias colonias de tordos alirrojos, lo que se llama la estrategia "Beau Geste" –esta estrategia hace referencia a una táctica de una unidad de la Legión Extranjera que, haciendo mucho ruido, engañó al enemigo

[8] Judy Stamps, "Conspecific attraction and aggregation in territorial species", *The American Naturalist*, vol. 131, 3, marzo de 1988, pp. 329-347.

respecto del número real de los efectivos–[9]. En 1977, John Krebs había elaborado la hipótesis de que la redundancia tan notable de los cantos de los pájaros territoriales tendría la función de engañar a los recién llegados sobre la densidad real de sitio, y por lo tanto de disuadirlos de instalarse. Parecería que en el caso de los tordos, de hecho sucede al revés. Cuanto más cantores hay, más afluyen los pretendientes. Pero se constata, para un gran número de especies, que el atractivo conoce límites: a partir de cierto umbral, una densidad alta tendría el efecto inverso. En otros términos, un territorio desierto no atrae, un territorio demasiado poblado tampoco. Otros experimentos van a mostrar que el momento también jugará un papel: si se emiten cantos cuando los territorios están bien establecidos, la mayoría de las veces reducen la tendencia de otros pájaros a intentar instalarse. Cuando los territorios están estableciéndose, prevalece la atracción. Las fronteras no están dibujadas sobre un paisaje a la espera de ser descubiertas y defendidas, sino que son el resultado de interacciones sociales que implican a individuos que tendrán que vivir juntos en un mismo lugar. Por lo tanto, los pájaros eligen un lugar, desde luego, pero lo que también eligen, y quizás en ciertos casos sobre todo, son vecinos. Por consiguiente, el territorio sería –como pensaba Fraser Darling– la creación de una vecindad.

Los investigadores, por supuesto, han intentado comprender las razones de estas elecciones en términos de utilidad –no basta con afirmar, como hizo Fisher, que los pájaros son *fundamentalmente sociales*, que la sociabilidad irradia todas las conductas–. Por un lado, los colectivos se protegerían mejor contra los predadores, principalmente dando la señal de alarma. Luego –lo hemos tratado– muchos machos atraerían más fácilmente a las hembras. Otra hipótesis para justificar la voluntad de instalarse cerca de los congéneres concierne a los recién llegados, ya sea porque vienen de otra parte o porque son pájaros jóvenes que vuelven de la migración. Estos últimos no tienen un conocimiento íntimo del territorio, puesto que lo abandonaron

[9] *Beau Geste* es el nombre de una popular novela de aventuras escrita por Percival Christopher Wren en 1924, que también fue llevada al cine [N. de T.].

poco después de su emancipación. Lo que harían estos recién llegados sería buscar primero informaciones pertinentes acerca del hábitat. Nice ya había elaborado esta hipótesis, notando que, al regreso de la migración, los gorriones nacidos el año anterior se instalan cerca de los grupos ya constituidos, ignorando hábitats igual de favorables y sobre todo menos disputados. Hacer la evaluación de los recursos y encontrarlos, toma tiempo. Esto es mucho más crucial cuando se trata de una primera instalación. A los pájaros les conviene entonces confiar en aquellos que lo conocen e instalarse lo más cerca posible de ellos. Los animales que viven de manera cercana pueden, deliberadamente o no, aportarse bastante información. Se constata, por cierto, que los pájaros se observan con atención. Algunos investigadores incluso elaborarán la hipótesis de que el canto de promoción, las posturas y los rituales serían indicadores fiables del estado de salud de un individuo, y por lo tanto de la calidad de su territorio.

Muchos observadores han notado la curiosidad que manifiestan muchos pájaros hacia otros. En 1978, investigadores que observaban cigüitas de los prados notaron que sobre un total de 155 casos de intrusión, 122 no tenían más motivo visible que mirar al ocupante mientras comía, construía su nido o alimentaba a sus crías, y que el visitante no tenía ninguna intención visible de tomar alimento durante su incursión. La vecindad presentaría entonces muchas ventajas. Y desde esta perspectiva, y al menos para ciertos pájaros, las incursiones no se perpetrarían tanto por motivos belicosos, sino con la voluntad de informarse.

Es desde esta perspectiva, por otra parte, que Judy Stamps va a proponer que los conflictos en las fronteras también serían suscitados deliberadamente con el objetivo de obtener informaciones. Pero en este caso, no se trata de informaciones sobre el lugar y sus recursos, sino sobre el residente que lo ocupa. Cuando un recién llegado proyecta instalarse, debe interactuar con los que ya están para determinar cuáles son los territorios ya reivindicados. Lo más simple para hacerlo es acercarse a los ocupantes y testear sus reacciones. Todo recién llegado que planea instalarse va entonces a esforzarse por suscitar esas reacciones, puesto que es el mejor medio para aprender qué es posible hacer en

los alrededores y con quién. Por consiguiente, según Stamps las intrusiones en las fronteras no tienen como motivos el robo o una tentativa de apropiación, sino que constituirían de cierta forma un trabajo de campo sobre el vecindario. Se pone a prueba a los ocupantes, lo cual es una manera fiable de conocerlos, e incluso de hacerse conocer.

Si los territorios constituyen una organización de vecindad, se puede considerar igualmente otra hipótesis. Diversas observaciones mostraron que, en muchos pájaros, a medida que los territorios se instalan, que los animales encuentran sus límites y que las cosas se establecen, los conflictos se atenúan y las relaciones se vuelven más apacibles. En 1935, Frank Chapman observa unos saltarines cuellidorados en la isla de Barro Colorado, una isla artificial creada en el Canal de Panamá. Estos pájaros despejan espacios del suelo del bosque que se convierten en "patios" que forman una constelación de sitios y que, por su proximidad, son más visibles para las hembras. "El éxito del sistema de patios de los saltarines –escribe Nice comentando su trabajo– está basado sobre una observancia rígida de los derechos territoriales (…). Este reconocimiento de las fronteras equivale a la ley y el orden. No se pierde tiempo ni energía en disputas fútiles o conflictos innecesarios, y los pájaros pueden consagrarse a ganar la atención de las hembras, desde ese momento el objetivo principal de su vida. En condiciones normales de cortejo, los machos están en paz, no porque estén en disposiciones apacibles o no sepan cómo pelearse, sino porque están tan bien organizados y observan las leyes de la vida de cortejo de manera tan rígida, que las ocasiones de conflicto no surgen"[10]. Al evocar la dulzura del temperamento de los pájaros de América Central, el ornitólogo estadounidense Alexander Skutch afirma en la misma época que cuando los pájaros tienen el año entero para acordar sus reivindicaciones territoriales y resolver las disputas amorosas, generalmente, para negociarlas, llegan a un entendimiento sin pasar por la violencia[11].

[10] Citado por Margaret Nice, *op. cit.*, p. 463.

[11] Margaret Nice, *op. cit.*, p. 456.

Se ha señalado que, en ciertas especies, los conflictos con los vecinos resultan incompatibles con los rituales de cortejo o con los cuidados parentales. Judy Stamps elabora la hipótesis de que el estilo social de un conjunto territorial podría influenciar las elecciones de las hembras. Allee y sus colegas de la escuela de Chicago habían detectado que entre los gallos lira, cuyos territorios son arenas de exhibición (los leks), la cualidad de las relaciones entre machos podía tener un impacto sobre las preferencias de las hembras. Un grupo de machos se había visto obligado a desplazar su arena a causa de la nieve. Esto los condujo cerca de otro grupo, lo que tuvo como consecuencia que los conflictos continuaron durante el período usual de los encuentros. Las hembras llegaron en gran número con las primeras luces del alba, pero como los combates continuaban, se retiraron y se fueron a otra parte, donde –dicen los autores– "el lugar de encuentro estaba bien organizado y tranquilo"[12]. Por otra parte, en los tordos alirrojos pudo constatarse que el éxito reproductor era considerablemente mejor en los grupos donde los machos estaban familiarizados entre sí que en grupos compuestos por machos que no se conocían. Stamps escribe al respecto: "Desde el punto de vista de la hembra, un grupo de machos que lograron conseguir relaciones sociales satisfactorias y estables entre ellos sería preferible a un grupo de machos que todavía están luchando"[13]. Si esta hipótesis es correcta –prosigue–, las hembras deberían comenzar su "caza de compañero" en una vecindad territorial en la cual los machos indiquen, a través de su comportamiento, que ya resolvieron sus disputas y están listos para consagrarse al ritual de cortejo y a las responsabilidades ligadas al hecho de ser padres. Por lo tanto, las hembras ejercerían una presión sobre los machos para que resuelvan sus conflictos bastante rápidamente y coordinen sus actividades de promoción. "Los indicios de una vecindad apacible se constituirían, por ejemplo, con un canto en canon, hecho de cantos y contracantos coordinados entre los machos, o también con la ausencia de signos de conflictos territoriales".

[12] Warder Clyde Allee *et al.*, *op. cit.*, p. 417.

[13] Judy Stamps, "Territorial behavior: testing the assumptions", *op. cit.*, p. 220.

Pues eso también es vivir en un territorio cantado: es componer y concertarse con cantos[14]. El compositor y especialista en bioacústica Bernie Krause registra paisajes sonoros desde fines de la década de 1960. Constata que en la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo hasta ese momento, los investigadores coleccionaban sonidos como se coleccionan especímenes en los museos, sin tener en cuenta las relaciones que podían mantener las diferentes especies, e incluso los diferentes reinos. En cambio, Bernie Krause buscó otra cosa, y yo diría que buscó ante todo como el músico y compositor que es. Se dedicó a comprender cómo los animales componen *juntos*, y cómo componen con lo que los rodea, el viento, el agua, los otros organismos, los movimientos de la vegetación; cómo esos animales crean silencios que van a construir el acorde; cómo reparten frecuencias; cómo se conciertan. "Un pájaro, un insecto o un batracio canta primero. Luego, cuando se calló, llega el turno de los otros"[15]. Lo

[14] A partir de aquí se pondrá en juego una duplicidad –al menos– de sentidos que obliga a decisiones de traducción que preferimos explicitar. Esta duplicidad implica términos que remiten al mismo tiempo al campo de la música y a la actividad social. El sustantivo *accord* (que además le da el nombre a las dos partes en las que se divide el libro) significa tanto "acorde" en el sentido musical como "acuerdo". Decidimos traducirlo por "concertación", que conserva tanto el sentido de pactar como el de acordar voces o instrumentos musicales, salvo en los casos en los parece remitir más limitadamente a lo sonoro. En estos casos usamos "acorde". Con el mismo criterio, hemos traducido *desaccord*, que podría ser simplemente "desacuerdo", por "discordancia", que mantiene la duplicidad. Lo mismo sucede con el verbo *s'accorder*, que podría significar simplemente "ponerse de acuerdo", pero que remite también a la afinación y la armonía entre voces e instrumentos. Lo traducimos por "concertar" o "concertarse". Por último, y Despret lo hará explícito más adelante, "componer" (que traduce *composer*) debe leerse también en el doble registro de llegar a un acuerdo (no tan frecuente en castellano como en francés) y de crear una obra musical. Lo mismo para "composición" [N. de T.].

[15] Bernie Krause, *Le Grand Orchestre animal*, Flammarion, 2012, p. 110. La fundación Cartier le consagró una magnífica exposición a su trabajo entre el 2 de julio de 2016 y el 8 de enero de 2017, *Le Grand Orchestre des animaux*, con un catálogo epónimo.

Se ha señalado que, en ciertas especies, los conflictos con los vecinos resultan incompatibles con los rituales de cortejo o con los cuidados parentales. Judy Stamps elabora la hipótesis de que el estilo social de un conjunto territorial podría influenciar las elecciones de las hembras. Allee y sus colegas de la escuela de Chicago habían detectado que entre los gallos lira, cuyos territorios son arenas de exhibición (los leks), la cualidad de las relaciones entre machos podía tener un impacto sobre las preferencias de las hembras. Un grupo de machos se había visto obligado a desplazar su arena a causa de la nieve. Esto los condujo cerca de otro grupo, lo que tuvo como consecuencia que los conflictos continuaron durante el período usual de los encuentros. Las hembras llegaron en gran número con las primeras luces del alba, pero como los combates continuaban, se retiraron y se fueron a otra parte, donde –dicen los autores– "el lugar de encuentro estaba bien organizado y tranquilo"[12]. Por otra parte, en los tordos alirrojos pudo constatarse que el éxito reproductor era considerablemente mejor en los grupos donde los machos estaban familiarizados entre sí que en grupos compuestos por machos que no se conocían. Stamps escribe al respecto: "Desde el punto de vista de la hembra, un grupo de machos que lograron conseguir relaciones sociales satisfactorias y estables entre ellos sería preferible a un grupo de machos que todavía están luchando"[13]. Si esta hipótesis es correcta –prosigue–, las hembras deberían comenzar su "caza de compañero" en una vecindad territorial en la cual los machos indiquen, a través de su comportamiento, que ya resolvieron sus disputas y están listos para consagrarse al ritual de cortejo y a las responsabilidades ligadas al hecho de ser padres. Por lo tanto, las hembras ejercerían una presión sobre los machos para que resuelvan sus conflictos bastante rápidamente y coordinen sus actividades de promoción. "Los indicios de una vecindad apacible se constituirían, por ejemplo, con un canto en canon, hecho de cantos y contracantos coordinados entre los machos, o también con la ausencia de signos de conflictos territoriales".

[12] Warder Clyde Allee *et al.*, *op. cit.*, p. 417.

[13] Judy Stamps, "Territorial behavior: testing the assumptions", *op. cit.*, p. 220.

Pues eso también es vivir en un territorio cantado: es componer y concertarse con cantos[14]. El compositor y especialista en bioacústica Bernie Krause registra paisajes sonoros desde fines de la década de 1960. Constata que en la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo hasta ese momento, los investigadores coleccionaban sonidos como se coleccionan especímenes en los museos, sin tener en cuenta las relaciones que podían mantener las diferentes especies, e incluso los diferentes reinos. En cambio, Bernie Krause buscó otra cosa, y yo diría que buscó ante todo como el músico y compositor que es. Se dedicó a comprender cómo los animales componen *juntos*, y cómo componen con lo que los rodea, el viento, el agua, los otros organismos, los movimientos de la vegetación; cómo esos animales crean silencios que van a construir el acorde; cómo reparten frecuencias; cómo se conciertan. "Un pájaro, un insecto o un batracio canta primero. Luego, cuando se calló, llega el turno de los otros"[15]. Lo

14 A partir de aquí se pondrá en juego una duplicidad –al menos– de sentidos que obliga a decisiones de traducción que preferimos explicitar. Esta duplicidad implica términos que remiten al mismo tiempo al campo de la música y a la actividad social. El sustantivo *accord* (que además le da el nombre a las dos partes en las que se divide el libro) significa tanto "acorde" en el sentido musical como "acuerdo". Decidimos traducirlo por "concertación", que conserva tanto el sentido de pactar como el de acordar voces o instrumentos musicales, salvo en los casos en los parece remitir más limitadamente a lo sonoro. En estos casos usamos "acorde". Con el mismo criterio, hemos traducido *desaccord*, que podría ser simplemente "desacuerdo", por "discordancia", que mantiene la duplicidad. Lo mismo sucede con el verbo *s'accorder*, que podría significar simplemente "ponerse de acuerdo", pero que remite también a la afinación y la armonía entre voces e instrumentos. Lo traducimos por "concertar" o "concertarse". Por último, y Despret lo hará explícito más adelante, "componer" (que traduce *composer*) debe leerse también en el doble registro de llegar a un acuerdo (no tan frecuente en castellano como en francés) y de crear una obra musical. Lo mismo para "composición" [N. de T.].

15 Bernie Krause, *Le Grand Orchestre animal*, Flammarion, 2012, p. 110. La fundación Cartier le consagró una magnífica exposición a su trabajo entre el 2 de julio de 2016 y el 8 de enero de 2017, *Le Grand Orchestre des animaux*, con un catálogo epónimo.

que Bernie Krause llama "reparto del tiempo de uso de la palabra"[16] se volvió particularmente legible (para nosotros) en los espectrogramas, bajo la forma de un conjunto cuya sucesión de intervalos se distingue claramente: cada participante –pájaro, batracio, insecto y mamífero– ocupa un nicho sonoro, espacial, temporal y frecuencial. Y este agenciamiento creador cuenta una historia. "Allí donde unos grupos dispares de animales evolucionaron juntos durante un largo período, sus voces tienden a repartirse entre los anchos de banda vacantes. Así, cada frecuencia sonora, cada nicho temporal está definido acústicamente por un tipo de organismo vivo: los insectos ocupan bandas muy específicas del espectro, mientras que diferentes pájaros, mamíferos, anfibios y reptiles adoptan otras, donde las frecuencias y los intervalos temporales corren menos riesgo de yuxtaponerse y taparse mutuamente"[17]. Lo que conduce a Bernie Krause a proponer bellamente que los miembros de dicha "colectividad acústica (…) vocalizan en afinidad"[18]. Debido a esta segmentación en nichos sonoros, a esta repartición del tiempo de uso de la palabra a través de la cual se regulan los conflictos ligados al territorio acústico, rara vez los cantos se superponen. Se inscriben por lo tanto en un nuevo régimen, el de la *composición*, no solamente en el sentido musical estricto, sino en el sentido de una musicalidad social. Los territorios son composiciones y concertaciones melódicas.

Entre los gorriones de corona blanca de la región de San Francisco, los machos jóvenes establecen su territorio muy tempranamente, mucho antes de la temporada de reproducción, y siguen siendo territoriales a lo largo de todo el año. Estos machos tienen al principio cuatro cantos diferentes, pero poco a poco van a privilegiar dos tipos, que se conciertan con el de los vecinos con los que interactúan. Se constata que su cantos se modifican en el contacto con los contracantos de estos

[16] Bernie Krause, *op. cit.*, p. 105.

[17] *Ibid.*, p. 109.

[18] *Ibid.*, p. 100.

últimos[19]. Las alondras comunes también presentan este fenómeno de concertación de los cantos, y las melodías devienen firmas que marcan la pertenencia a un mismo lugar, a una misma vecindad, que permiten principalmente que los pájaros se reconozcan. "Cantar como los vecinos" crea comunidad. El hecho de privilegiar en el repertorio un canto semejante al de otro pájaro jugaría igualmente el rol que Michel Kreutzer llama "de direccionamiento", es decir que le indicaría a su vecino que efectivamente se dirige a él ese canto "concertado"[20].

Lo vimos a lo largo de todo nuestro recorrido, pensar los territorios es también reactivar otros sentidos asociados a las palabras, es ampliar su campo semántico, desterritorializarlos para reterritorializarlos en otra parte: apropiación, posesión, apropiado, concertaciones, composiciones... Todos estos términos invitan ahora a otros modos de atención, conectan otros territorios, intensifican otras dimensiones, crean nuevas relaciones, demandan que uno escuche otras cosas (silencios y acordes), sienta otras cosas (afectos, ritmos, potencias, flujos de vida y momentos de calma), se deleite con otras cosas (intensificaciones, importancias, diferencias que cuentan). Esos acordes que traducen una buena vecindad entre los pájaros, que dan testimonio de una aventura colectiva exitosa, me invitan ahora a movilizar otro término, nuevamente musical: el de *partitura*. Pues eso son los territorios, son partituras. Y nuevamente el sentido se amplía, aquí se desdobla: la partitura es, por un lado, lo que escribe el coro musical que compone con cantos, por otro lado, lo que describe la operación de división del espacio en territorios diferenciados –con la aclaración de que el término ha perdido hoy en día su sentido de división, reemplazado

[19] Barbara Blanchard DeWolfe, Luis F. Baptista y Lewis Petrinovich, "Song development and territory establishment in Nuttall's whitecrowned sparrows", *Condor*, 91, 1989, p. 397-407.

[20] Michel Kreutzer evoca las investigaciones de Jean-Claude Brémont. Elige traducir *song matching* por "imitación contestadora". Por mi parte, opté por "canto concertado" para evitar el énfasis sobre la contestación, en mi criterio un poco forzado. Michel Kreutzer, *L'Ethologie*, PUF , col. "Que sais-je", p. 104.

por "partición"–[21]. Esta afortunada dualidad semántica del francés, el hecho de que un término designe al mismo tiempo una composición musical y una manera de repartir, de partir lugares, nos abre entonces a una doble dimensión del habitar, una dimensión que es a la vez *expresiva* y *geopolítica*, indisociablemente. Los territorios dibujan *redes de territorialidades sonoras*.

La idea de que los territorios puedan definirse como lo que hoy en día podríamos llamar formas geopolíticas de composición (unificar) y de partitura (repartirse) no es nueva, la propuso James Fisher. Muchos autores, entre ellos Nice y Lorenz, habían contemplado la descripción de los territorios como la expresión de convenciones, es decir de formas que, cuando son respetadas, apaciguan la vida social colectiva y la vuelven posible. En un sentido cercano, en su bella investigación en torno de la figura del diplomático, principalmente entre los lobos, Baptiste Morizot propone que los territorios incumben a un sistema de convenciones pacificadoras o, más precisamente, que son "dispositivos convencionales de pacificación"[22]. Aunque es verdad que uno constata que los pájaros que defienden un territorio no lo defienden contra los individuos de otras especies que no tienen las mismas necesidades, se observa que en numerosos casos los intrusos de la misma especie son tolerados mientras se alimentan, pero son expulsados si comienzan a exhibirse o a cantar –este es particularmente el caso de los acentores comunes–. El territorio codifica todo. Baptiste Morizot señala que cuando los lobos pasan una frontera, dejan de marcar. Según esta concepción, el territorio sería el lugar de los buenos modales: a partir de aquí, algunas cosas no se hacen. Ya no se trata de comportamientos,

[21] El término al que se refiere la autora es *partition*, que actualmente significa "partitura", pero antiguamente, entre otros sentidos, remitía en particular a la división de un territorio o región en varios Estados independientes. Como señala, actualmente para este último sentido se utiliza *partage*, que traducimos por "partición" [N. de T.].

[22] Baptiste Morizot, *Les Diplomates. Cohabiter avec les loups sur une autre carte du vivant*, Wildproject, 2016, p. 71.

sino de la figura más interesante de la ecología de las comunidades vivientes, que Baptiste llama también *geopolítica*.

En función de lo que precede, esto tiene sentido para los pájaros. En cuanto que dispositivo convencional, el territorio es objeto de experimentaciones a través y sobre las convenciones: tanteos sobre el trazado de las fronteras, negociaciones, provocaciones, desafíos, aprendizajes, trayectos de experiencias, cosas "que se hacen" y cosas "que no se hacen". Se respetan las formas. Otras tantas puestas a prueba en la creación de las formas por las cuales los pájaros definen lo que será de allí en más su sociedad territorializada: las convenciones se negocian, luego se estabilizan. Sostiene esta hipótesis el hecho de que, como vimos, muy a menudo, después de un tiempo, las cosas se consolidan y los conflictos se vuelven más raros. Los pájaros pueden pasar a otra cosa. Van a importar otras cosas.

Por cierto, esto es lo que inspiraba la proposición que hizo Fisher en 1954. Él mismo había constatado que los pájaros cantores suelen establecer su territorio de manera agrupada y mantienen con sus vecinos relaciones poco marcadas por la competencia. "El efecto de tener un territorio –escribe– es crear una 'vecindad' de individuos que, aunque sean los amos de una propiedad limitada y bien definida que les es propia, están de todos modos ligados a sus vecinos inmediatos a través de lo que en términos humanos llamaríamos una situación de 'enemigo querido' o de 'amigos rivales', pero que en términos aviares debería describirse como una estimulación mutua"[23]. Lo que Fisher llamaba en inglés el *dear enemy effect* será objeto de numerosísimas observaciones. Y de numerosas objeciones –era de esperar, habida cuenta de la inventiva que suscitan el territorio y el gusto de los pájaros por la indisciplina–. En efecto, a veces se puede observar lo que se llamará el *nasty neighbour effect*, que en las especies particularmente competitivas designa el hecho de que los conflictos con los vecinos cercanos, redefinidos como malos vecinos, son mucho más marcados que con los forasteros.

[23] James Fisher, "Evolution and bird sociality", *op. cit.*, p. 71-83.

El efecto del "querido enemigo" se observa cuando las reacciones durante una intrusión o un traspaso de las fronteras son mucho menos impresionantes si el intruso es un vecino cercano que si es un animal poco familiar que ocupa un territorio distante. Este efecto es a menudo dinámico, puesto que se instala con frecuencia de manera progresiva (sin que uno pueda explicarlo por un simple efecto de habituación) y se modifica cuando las circunstancias cambian. Se estudió particularmente en las alondras comunes. Según los ornitólogos que las observan, la familiaridad que engendra la vecindad permite evitar lo que los autores llaman "errores de rol". El hecho de vivir juntas, y de haber tenido experiencias de conflictos, y de conflictos repetidos, llevó progresivamente, a cada una de las compañeras en esas interacciones de vecindad, a establecer relaciones respecto de las cuales cada una sabe quién es la otra, lo que puede desear, la manera en que se conduce y lo que posee –¿pero debemos seguir hablando de "conflictos", no deberíamos optar más bien por una expresión como "puesta a prueba espectacularmente impresionante"?–. Una vez establecidas esas relaciones, los pájaros conocen los roles de cada uno y ya no necesitan de esas puestas a prueba para determinar la manera en la que deben actuar y el modo en que se comportan los otros[24]. Por lo tanto, el territorio podría incumbir a lo que Strum consideraba, cuando hablaba de la jerarquía, como una estructura que permite la previsibilidad de las interacciones. Por otra parte, se observa que el efecto del "querido enemigo" se instala muy rápidamente al principio de la temporada si los pájaros se conocieron en la temporada anterior, como sucede con muchos de ellos que vuelven cada año a los mismos lugares. Los pájaros se recuerdan, y si hay discordancia sobre una frontera, bastará una disputa breve para restablecerla. Los vecinos se reconocen: si se le transmite a un pájaro la grabación del canto de su vecino, reacciona poco. A menos que se la transmita desde otro lugar, por ejemplo desde el territorio adyacente en la frontera opuesta: en ese caso, el pájaro trata a su vecino como un extraño. Según los ornitólogos, una de las

[24] Ronald C. Ydenberg, Luca A. Giraldeau y J. Bruce Falls, "Neighbours, strangers and the asymmetric war of attrition", *op. cit.*

hipótesis más plausibles es que el pájaro reconoció el canto y pudo identificarlo con su propietario, pero este cambió de territorio, por lo tanto no tiene los mismos motivos, los roles y las relaciones ya no son las mismas.

Puede considerarse otra hipótesis muy cercana para explicar el efecto del "querido enemigo". Si el vecino pasa las fronteras, el pájaro residente puede inferir que si hay conflicto, lo que está en juego es la hembra o el alimento –siendo que el vecino ya posee un territorio, no tiene necesidad de reivindicar otro–. Las apuestas son entonces menores. Pero este efecto del "querido enemigo" no es rígido. En primer lugar, requiere un tiempo de instalación. Las alondras machos vuelven cada año al mismo sitio, pero el efecto de familiaridad seguramente se difuminó durante el período no territorial, y los pájaros deben revincularse con los vecinos del año precedente. El efecto puede igualmente desaparecer en ciertos momentos, y principalmente al final del primer período de reproducción. Por un lado, las hembras están nuevamente receptivas y se entregan gustosamente a las relaciones extramaritales. En este caso, el "querido enemigo" devendría un "conocido poco fiable"[25]. Por otro lado, los polluelos de la primera nidada hacen sus primeras tentativas de vuelo, y los cruces de fronteras son frecuentes, lo cual suscita bastante desorden y nerviosismos –u oportunidades para reactivar la territorialización–. A fin de cuentas, no hay nada más movido que un territorio.

Hasta el momento me referí muy poco a las relaciones interespecíficas. Es verdad que el comportamiento territorial puede estar dirigido a veces hacia otras especies cercanas, aunque generalmente los territorios se superponen como si se tratara de mundos territoriales diferentes. Pero a veces hay intercambios, "capturas", marañas mucho más complejas que la simple yuxtaposición, en apariencia relativamente indiferente.

[25] Élodie Briefer, Fanny Rybak y Thierry Aubin, "When to be a dear enemy: flexible acoustic relationships of neighbouring skylarks, Alauda arvensis", *Animal Behaviour*, vol. 76, 2008, pp. 1319-1325, p. 1324.

Aunque eran conocidos desde hace bastante tiempo, los comportamientos territoriales de colectivos interespecíficos parecían limitarse, no obstante, a las especies que viven en condiciones ecológicas muy precisas, condiciones que parecen reunir las selvas de América del Sur[26]. Así, en la cuenca de la selva amazónica del sudeste de Perú, encontramos colonias de pájaros insectívoros que agrupan a una docena de especies, cada una representada por una familia. El territorio es común y defendido colectivamente ante las colonias vecinas, aunque de una manera relativamente poco agresiva, pues los cantos constituyen lo esencial de las interacciones. Se constata que los grupos son estables y que algunas especies, principalmente especies de batarás, forman su núcleo: los batarás azulinos emiten el grito de reunión para la concentración de la mañana –pues los pájaros duermen en lugares separados en el territorio– y dirigen los movimientos del grupo. El batará gorgioscuro toma la posta si los primeros están ausentes. En los pocos casos de confrontación en las fronteras con otra colonia, se constata que cada miembro del grupo solo se dirige a sus congéneres del otro grupo –y en el caso de que estos estén ausentes, se desentiende del conflicto–. La asombrosa organización de estas colonias interespecíficas nos lleva a pensar que son el producto de una larga historia de coevolución. No todas las especies se unen a grupos, y un colectivo solo puede ser funcional si las técnicas de búsqueda de alimento son compatibles: el grupo impone cierta manera de explorar y cada individuo debe poder desplazarse de manera coherente con el ritmo y los trayectos de los otros. Lo cual implica que las colonias están selectivamente compuestas por rivales ecológicos que comparten el mismo modo de vida, los mismos recursos y los mismos hábitats. La competencia debería en principio ser intensa. No es así. Los investigadores dicen que se observa la existencia de

[26] Ver por ejemplo, para el sudeste peruano, Charles A. Munn y John W. Terborgh, "Multi-species territoriality in neotropical foraging flocks", *Condor*, 81, 1979, p. 338-347; o para las colonias en Guyana francesa, Mathilde Jullien y Jean-Marc Thiollay, "Multi-species territoriality and dynamic of neotropical forest understorey bird flocks", *Journal of Animal Ecology*, 67, 1998, pp. 227-252.

dispositivos de reducción de la competencia interespecífica, puesto que cada especie ha adoptado maneras diferentes de alimentarse de los insectos: los tamaños de las presas difieren, como así también las técnicas de búsqueda, la altura donde se realizará la exploración, cerca del suelo para algunas, bajo las hojas o las ramas, más en altura para otras... Se han hecho observaciones similares en numerosas selvas tropicales, con especies –mayoritariamente los batarás– que juegan el rol crucial de guías que se encargan de la congregación matinal, que emiten las llamadas de contacto, que dan la señal de alarma, que dan incluso falsos gritos de alarma cuando los pájaros cleptoparásitos intentan infiltrarse y robar el alimento aprovechándose de su fuerza. La vigilancia frente a los predadores en zonas donde los pájaros son relativamente visibles, donde las posibilidades de refugios son escasas y donde la manera de alimentarse deja poco tiempo para detectar los peligros, parece ser una dimensión crucial de estas cohabitaciones y de esta organización tan bien aceitada. Esta hipótesis me lleva a pensar que estos pájaros inventaron, colectivamente, técnicas de atención particulares: aprenden a prestar atención a los que mejor saben prestar atención.

Durante mucho tiempo se pensó que el carácter extraordinario de esas circunstancias ecológicas podía explicar el hecho de que este fenómeno no se encuentre con frecuencia en otras partes. Desde luego que pájaros de especies diferentes pueden "hacer cosas" juntos, pero no se trata de territorios. Los tejedores de Finn, por ejemplo, anidan colectivamente en árboles donde habitan otros pájaros, los drongos. El rol de los drongos es indiscutiblemente protector y se constata que los tejedores adoptan el mismo comportamiento que los drongos frente a los predadores[27]. El ornitólogo estadounidense Bernd Heinrich señala que muchas especies de pájaros se unen a los vuelos invernales de los carboneros comunes: reyezuelos de moño dorado, trepadores canadienses, carpinteros peludos, principalmente. Constata igualmente que estas últimas especies no se asocian entre

[27] John Hurrell Crook, "The adaptive significance of avian social organizations", *Symposia of the Zoological Society of London*, 14, 1965, pp. 182-218.

ellas, si no es en presencia de los carboneros. Los carboneros son a menudo numerosos y bulliciosos, son asimismo los más vistosos de los paseriformes. Constituirían entonces el blanco más visible. Heinrich cuenta que cuando quiere observar reyezuelos, le resulta difícil encontrarlos: son pocos, muy discretos, y a menudo invisibles en los bosques. Por eso el investigador confía en los carboneros y en sus talentos para el compañerismo, y los busca para encontrarse con sus reyezuelos –ampliando así la red interespecífica que convocan los carboneros, que cooptan ahora a un científico humano–. Lo cual lleva a este último a elaborar la hipótesis de que los reyezuelos utilizan la misma estrategia de asociación híbrida: encontrarse unos a otros asociándose a los carboneros. Durante los inviernos particularmente fríos de los bosques de Maine, para los reyezuelos es vital poder mantenerse en contacto, aunque más no fuera para pasar la noche juntos[28]. "La posibilidad de calentarse el cuerpo en el crepúsculo no puede dejarse librada al azar; en algunas noches heladas, la pérdida de uno o varios congéneres podría firmar la sentencia del resto del grupo, y más todavía después de una jornada en la cual la recolección de alimento fue escasa". Es muy bonita esta idea de los pájaros: ponerse a resguardo en un territorio cantado por otros para estar seguros de que podrán ser encontrados por los suyos en algún momento. Y le da otro sentido a la expresión "transportes públicos".

Pero un territorio cantado que acoge otros seres no es todavía un territorio colectivo. A propósito de las grabaciones de Bernie Krause que muestran la atención que parecen poner los animales más diversos en la partitura de los campos sonoros, mencionamos que muy rara vez se llevaron a cabo investigaciones sobre lo que yo llamaría cosmopolíticas expresivas, pues los investigadores se focalizan más bien en las relaciones en el seno de la misma especie. Seguramente esta elección no es ajena al hecho de que el estudio de las relaciones interespecíficas ha quedado aislado en el campo de una ecología que, desde el punto de vista de las interdependencias, se interesa principalmente en las

[28] Bernd Heinrich, *Survivre à l'hiver. L'ingéniosité animale*, Éditions Corti, col. "Biophilia", 2018, p. 263.

"actividades de manutención", como decía Fisher, tales como comer y protegerse de los predadores. Además, las exhibiciones colectivas de animales de especies diferentes, en el marco de los territorios, estaban marcadas por la idea de que debía predominar la competencia, más todavía que en las relaciones intraespecíficas. Desde esta perspectiva, si algunos pájaros territoriales de diferentes especies cantan en un mismo lugar y están en competencia, lo esperable es que cada uno intente ocupar de la mejor manera posible el espacio sonoro, a costa de interferir o de volver inaudible el canto de los otros –lo que se llama "enmascaramiento sonoro" o "superposición de señal"–. De hecho, es lo que sucede a menudo. Y cuando un pájaro comience su canto antes de que el otro haya terminado, esto será interpretado por los propios pájaros como una manifestación hostil y provocará generalmente interacciones conflictivas. La cooperación musical quedaría reservada entonces para dúos de pájaros, cuando los miembros de una pareja unen sus esfuerzos para –tomo aquí las hipótesis de los investigadores– defender un recurso, señalar las cualidades de los individuos y mantener el vínculo entre los compañeros. Se sabe además que la coordinación musical requiere práctica, y los científicos plantean la hipótesis de que la calidad de la performance refleja al mismo tiempo el valor de los cónyuges, la cualidad de su compromiso con la pareja, así como el tiempo que han pasado juntos. No obstante, en estos últimos años pudieron grabarse y analizarse cantos corales ya no simplemente de parejas, sino de colectivos territoriales tropicales compuestos por algunos individuos, siempre de la misma especie. Según los observadores, estos coros contribuirían a la cohesión del grupo, a la defensa del territorio, y podrían asimismo señalar la calidad del compromiso de los que participan en ellos. Podían existir coros territoriales colectivos, pero se pensaba que este fenómeno debía limitarse a los colectivos de pájaros de la misma especie. Evidentemente, era una equivocación.

Una especialista en bioacústica italiana, Rachele Malavasi, y un especialista de ecología de los sonidos, Almo Farina, volvieron de los bosques de Lacio con buenas noticias para quienes se interesan en las cosmopolíticas expresivas: habría coros interespecíficos. Estos

investigadores partieron de dos hipótesis teóricas[29]. La primera es que el efecto del "querido enemigo" podría estar operando también en las comunidades interespecíficas de vecinos territoriales. Si esta hipótesis fuera correcta, sostendría entonces la segunda, relativamente reciente, según la cual las comunidades estacionales interespecíficas de pájaros europeos no estaría compuesta por individuos anónimos, como se creyó durante mucho tiempo. Según esta concepción, que predominó un largo tiempo, el hecho de que esos grupos se organicen bajo el modo de la "banda anónima" vuelve casi imposible toda forma de cooperación. Los dos investigadores indagaron en un lugar de un bosque de Lacio donde les parecía que podían escuchar coros de diferentes especies en ciertos momentos del día. Se censaron así una docena de especies –petirrojos, pinzones vulgares, reyezuelos listados, agateadores comunes, chochines, carboneros comunes, carpinteros y otros paseriformes–, siete de las cuales estuvieron presentes en cada grabación. ¿Son coros, sin embargo? Si así fuera, se debería poder reconocer, principalmente en el análisis de los sonogramas, la característica de los cantos cooperativos: los pájaros evitan la interferencia sonora, sin por ello privarse de la superposición de los cantos. Estos coros, si resultara que efectivamente lo son, constituirían la expresión de relaciones de vecindad de diferentes especies, y habrían evolucionado de manera similar o respondiendo a funciones similares a las de las coordinaciones vocales de las parejas.

Los investigadores eligieron grabar en el momento en que los territorios están establecidos, y en que el efecto eventual del "querido enemigo" está bien instalado. Los cantos son más ricos al alba y al anochecer. Elegirán este último momento, porque puede brindar las condiciones más favorables. En efecto, si uno confía en la literatura, es de esperar que la mañana sea el momento en que los pájaros que cantan tienen razones más individuales para hacerlo y que los cantos estén más orientados hacia la competencia. Los científicos eligieron analizar, para cada grabación, los ochos minutos más ricos de cada

[29] Rachele Malavasi y Almo Farina, "Neighbours' talk: interspecific choruses among songbirds", *Bioacoustics*, 2012, pp. 1-16.

muestra, aunque más no fuera porque son los momentos en que más especies participan en el coro. Descubrieron que los pájaros no evitan las superposiciones –podrían hacerlo– y pueden cantar durante el período en que cantan los otros. Pero estas superposiciones se emiten deliberadamente de tal suerte que tapen lo menos posible el espectro utilizado por los otros. Y cuando los cantos que se superponen ocupan el mismo campo de frecuencia, se nota que los cantores ajustan el tiempo de emisión a una escala distinta. No hay por lo tanto cacofonía, ni intervalos de silencio, sino una partitura hecha de relevos y recuperaciones. Estos coros dan testimonio, entonces, de una auténtica coordinación entre los pájaros, atestiguan la existencia de una fuerte asociación entre ellos. Si logran concertar tan bien las superposiciones sin provocar interferencias sonoras, es porque cada uno tiene la experiencia de los otros y aprendió la estructura del espectro de cada uno de los cantos del grupo.

Inspirados por la teoría de las señales honestas, los autores proponen pensar que estas performances corales exhiben activamente las cualidades de los miembros del coro, cuya expresión está dirigida a "un oído que escucharía detrás de la puerta", ya sea el de un competidor eventual o el de un compañero potencial: no solamente están en buenas condiciones físicas, sino que su talento traduce el hecho de que han tenido tiempo y energía para aprender y disponibilidad para practicar juntos. El hecho de que los pájaros no eviten la superposición, cosa que podrían hacer cantando solamente durante los períodos llamados refractarios –"ahora es mi turno"–, muestra que se trata de una coordinación producida activamente. Con una excepción: el petirrojo europeo sigue la regla de "segregación", espera el silencio para iniciar su canto. Pero los investigadores dicen que debido al hecho de que el petirrojo pertenece a una especie solitaria con un comportamiento territorial muy marcado, esto era previsible –ya les había anunciado que la hipótesis del gusto por la soledad del petirrojo volvería después de un largo eclipse, creo que aquí se puede reconocer una manifestación–. Pero al mismo tiempo, la actitud del petirrojo vuelve mucho más convincente la idea de que los pájaros podrían perfectamente haber elegido usar los espacios de silencio para iniciar cada uno su

canto, porque es una opción posible. La yuxtaposición temporal controlada no se debe, por lo tanto, a que no hay disponibilidad de silencio, sino que da cuenta de una auténtica *partitura*, bajo el modo de la composición polifónica.

A estos cantos corales se les asignarán funciones que ya hemos mencionado en otros contextos. Por un lado, podrían tener el rol de señalarles la estabilidad del grupo a intrusos eventuales. A las hembras, les indican que los machos son capaces de establecer relaciones cooperativas y de conservar el territorio a largo plazo. Puede ser, asimismo, que jueguen un rol en los vínculos y favorezcan el establecimiento de redes sociales. Estas hipótesis –prosiguen los investigadores– no se excluyen mutuamente. Si se habla de cosmopolíticas expresivas, uno debe sospechar que deben deshacerse y reformarse múltiples agenciamientos, que deben ponerse en práctica otras desterritorializaciones y reterritorializaciones, ejecutarse otras partituras, otras composiciones posibles. Los pájaros de cada una de las especies implicadas tienen seguramente sus razones para cantar y hacerlo con otros, y seguramente también, no son necesariamente las mismas. Y seguramente, otra vez, se juegan aquí cuestiones de gusto, belleza, arrebatos, exaltación y activaciones de potencia, de coraje, importancias y entusiasmos, de respeto de las formas, concertaciones mágicas o celebraciones al final del día –estamos vivos–. ¿No se ha dicho que los pájaros –me recordaba mi amigo Marcos– ponen el mundo creado en estado de alabanza? Quizás deberíamos agregar que ponen la creación en estado de gracia.

Esta investigación en los bosques italianos me conmueve, justamente porque hace sentir esa gracia. Porque estos dos investigadores sintieron y hacen sentir que esos cantos deben ser alabados. Me conmueve porque consigue hacer palpables modos de atención, concertarse con ellos y concertarlos. Una atención puesta no solamente en los cantos y la magia que los guía y los acompaña, sino en las condiciones de la práctica que volverán perceptible esa magia –elegir el momento correcto, el período del día correcto, los intervalos que cuentan para captar las superposiciones–. Buscar las hipótesis que acuerdan [*accordent*] más y mejor, tanto en el sentido de que se trata de concertarse [*s'accorder*] con un real más rico y más diverso, como de concederles

[*accorder*] a los pájaros y a sus performances más de lo que les habían concedido las teorías anteriores[30]. Se trata de honrarlas. Hacer un territorio es crear modos de atención, más precisamente es instaurar nuevos regímenes de atención. Estos dos científicos consiguieron descubrir cómo prestar atención a la manera en que los pájaros se prestan atención mutuamente. En pocas palabras, detenerse, escuchar, seguir escuchando: aquí, ahora, sucede y se crea algo importante.

Seguramente es esto mismo lo que podría significar la inscripción de nuestra época bajo el signo del "Fonoceno", como propone Donna Haraway. Es no olvidar que si la Tierra cruje y rechina, también canta. Es no olvidar tampoco que esos cantos están desapareciendo, pero que desaparecerán más aún si no les prestamos atención. Y que, con ellos, desaparecerán múltiples maneras de habitar la Tierra, invenciones de vida, composiciones, partituras melódicas, apropiaciones delicadas, maneras de ser e importancias. Todo lo que hace territorios y lo que hacen los territorios animados, ritmados, vividos, amados. Habitados. Vivir nuestra época llamándola "Fonoceno" es aprender a prestar atención al silencio que el canto de un mirlo puede hacer existir, es vivir en territorios cantados, pero es asimismo no olvidar que el silencio podría imponerse. Y que a falta de atención, de igual modo correremos también el riesgo de perder el coraje cantado de los pájaros[31].

[30] Al universo semántico del verbo *accorder* (ver N. de T. 14 de este capítulo), aquí se agrega el sentido de "atribuir", "otorgar", "conceder" [N. de T.].

[31] En referencia al título de la canción de Dominique A, "Le Courage des oiseaux", del álbum *Un disque sourd*, 1991.

CONTRAPUNTO

Afuera se levanta un canto. Algunos trinos de entrada en escena, luego un aire virtuoso y puro, que hace que recule la noche.

—CAROLINE LAMARCHE[1]

Estamos a principios del mes de febrero. Hace algunos días que un mirlo viene a mi patio, frente a la casa. Picotea algunos granos que dejó el invierno sobre la vid que trepa la fachada, pero tengo la sensación de que no es más que un pretexto. A lo sumo una oportunidad. Ya está habitándolo otra cosa. Eligió un árbol más lejos sobre el callejón, y vigila allí por largos minutos, muy tranquilo. Lo veo desde la ventana de mi estudio. Observa, estirando a veces su cabecita hacia el cielo. No me distrae. Al contrario, asocia mi atención con lo que estoy haciendo –escribir–. A la noche, cuando la perra Alba y yo salimos a dar una última vuelta, lo escucho ejercitar su canto, todavía discretamente. No lo veo, pero sé que en ese momento está sobre un techo, muy cerca. Canta tranquilamente, sin demasiado convicción, como uno practicaría escalas. En el silencio, el canto es como una lamparita en la noche. El invierno no terminó, anuncian nieve para mañana. Pero sé que pronto el sol se levantará con el mirlo y que cada mañana me despertaré y viviré en un territorio cantado. Puedo sentir desde ahora que está tejiéndose una nueva historia. El mirlo está ahí. Y estoy feliz de que por la gracia de su presencia, y en su presencia, se escriban las últimas líneas de esta historia y comience otra. Que le sea retribuido.

[1] Caroline Lamarche, *Nous sommes à la lisière*, Gallimard, 2019, p. 153.

Posfacios
Poética de la atención

"Disminuir la velocidad: gente trabajando"

Vinciane Despret escucha cantar al mirlo y pensar a los ornitólogos.

A contrapelo de una ciencia apurada por promulgar grandes leyes universales como en física y en química, y por concluir rápido, demasiado rápido, que la naturaleza es una jungla donde reina la ley del más fuerte, Vinciane avanza sigilosamente. Observa las ideas de los ornitólogos, como estos observan a los pájaros. Convoca a los investigadores que observan incansablemente, vacilan, suspenden su juicio y se toman el tiempo para ver emerger las diferencias más pequeñas, las singularidades más modestas. Con mil precauciones, Vinciane recorre el laberinto de sus hipótesis. Va tras la pista de las ideas, las acorrala: bajo su pluma, aparecen, evolucionan, desaparecen, y a veces reaparecen. Hay como una ecología de las ideas. Vinciane está atenta a las atenciones de esos científicos: atención elevada al cuadrado, que le ofrece una oportunidad de expresarse a la diversidad sutil de las cosas, de los seres y de las ideas.

La biología más interesante hoy en día es la que se dedica con cortesía a los detalles más pequeños, a las más ínfimas singularidades. Las diferencias ya no son borradas por las estadísticas sino, al contrario,

son invitadas a expresarse. El mundo vivo está lleno de excepciones a la regla. La vida solo evoluciona a distancia del equilibrio. Sensores de una agudeza de percepción inédita, nuevas tecnologías de identificación y de seguimiento a larga distancia, permiten hoy en día tratar estadísticamente una masa increíble de observaciones que durante un largo tiempo fueron relegadas al rango de simples anécdotas. Desde entonces, la biología revela individuos; mejor aún, personalidades, historias de vida, genealogías, relaciones sociales elaboradas, aprendizajes y transmisiones de experiencia, culturas.

Los biólogos devienen biógrafos y la biología, una empresa literaria.

Elogio de la lentitud

Enseñándonos a observar pacientemente a todos los seres vivos que nos rodean, los naturalistas que invita Vinciane nos abren puertas, amplían nuestro imaginario, multiplican los puntos de vista y las oportunidades de enriquecer el mundo. La biología es una ciencia lenta. Hay una verdadera gracia en avanzar así, en puntas de pie, a pasos pequeños, para no dañar las cosas y los seres. Es una ciencia de la singularidad que encanta el mundo desplegando con delicadeza y elegancia otras artes del vivir y nuevas manera de pensar. Y el mundo deviene más complejo, más difícil de aprehender, desde luego, pero tanto más rico y apasionante...

Pero esta poética de la atención es también una política, pues si esta biología es una ciencia de la fascinación, es también una lección sobre el saber vivir. Pueden entreverse en ella maneras inéditas de vivir juntos, de cohabitar, de frecuentarse y de compartir espacios e historias sin excluirse y sin pelearse. En fin, imaginar pistas para pensar una nueva alianza con los mundos silvestres.

Que podría comenzar por aceptar que nos levante al alba el canto de un mirlo... e incluso esperarlo, anhelarlo y agradecerlo...

STEPHAN DURAND

Recoger los saberes que se cayeron del nido

"¡Un libro sobre los pájaros! Será bucólico, espiritual, delicado, *cozy* como un nido". Pero no, ni un átomo de sentimentalismo: el libro de Vinciane Despret está poblado de discordias, de desacuerdos, de deliberaciones interminables. "De acuerdo, nos estafaron –diremos–, no era un libro sobre los pájaros, sino sobre los científicos que hablan de ellos, sobre las controversias científicas". Pero no, tampoco. Sí es un libro sobre los pájaros, ante todo porque es un libro *para* los pájaros. No en un sentido militante ("Los pájaros, ¿estoy a favor!". Desde luego, ¿pero quién está en contra?). Más bien en el sentido en que decimos "es para ti" cuando damos un obsequio. Y sin embargo, ellos no saben leer.

Esta sensación de que *a ellos* se les regala algo, se me apareció algunos días después de haber cerrado el manuscrito. Estaba leyendo una novela al sol. Escucho el canto de un pájaro. Me pongo contento, porque reconozco de oído al mosquitero común. No obstante, algo me inquieta: es que no sé mucho más, solo sé el nombre de su especie. Es ridículo, es incluso insultante para él.

Pero al mismo tiempo tengo una sensación nueva: la de que ese canto susurra mil significaciones y usos que se me escapan, como un jeroglífico sobre un palimpsesto raspado y reescrito varias veces. La certeza de la existencia de esos sentidos múltiples, no jerarquizados, la obtengo de la lectura de *Habitar como un pájaro*: es solo el canto de un pájaro, y sin embargo unas mentes humanas han desplegado tesoros de inteligencia para captar su sentido; han multiplicado las hipótesis, han debatido, no llegaron a zanjar la cuestión. Las tres notas del canto del mosquitero están literalmente forradas con las centenas de páginas de razonamientos ornitológicos, de discordias, de hipótesis audaces. Tres tontas notas, y sin embargo los prodigios de la inteligencia colectiva humana no le han encontrado la vuelta, no han dicho la última palabra.

En mis trabajos filosóficos y de escritura, a menudo intento volver a describir a los seres vivos haciendo visible su riqueza a través de la densidad de su historia evolutiva, sus maneras de vida significantes, sus tejidos, sus libertades combinatorias. Se trata de enriquecer lo viviente con el murmullo de su evolución interminable, que sedimenta en él una historicidad infinita, plural y disponible en el presente para inventar su vida. Es mi manera de intentar restituirle a los seres vivos su dignidad ontológica, su grandeza incompresible, que presiento sin comprenderla demasiado. En este libro, Vinciane Despret inventa otro camino, que se comprende mejor por contraste: asciende a la misma cumbre, pero por la otra cara. Pues ha embutido en cada comportamiento vivo otro infinito, el de la controversia humana interminable, el de la hermenéutica sin fin, el de la discordia de las inteligencias. Y es un enriquecimiento más desnaturalizante que el de cualquier razonamiento ecológico o evolutivo clásico.

Para ello, opera discretamente un cambio de régimen al examinar las ideas enfrentadas. En efecto, en la historia de las ciencias las ideas no tienen todas el mismo estatus. Las explicaciones, tal como se las considera en las ciencias de la naturaleza clásicas, se comportan de cierta manera: se suprimen entre sí. Esquemáticamente: la última siempre anula todas las precedentes. Por ejemplo, la teoría de la evolución darwiniana anula, cuando se impone, a las teorías lamarckianas, buffo-

nianas, linnéanas del origen de las especies. En cambio, se sabe que cuando se analiza una obra de arte o una novela, las interpretaciones tienen una naturaleza diferente: se alían, se reticulan, se enriquecen. La última recompone, relativiza, rearticula las precedentes, pero tejiéndose con ellas. En ciertos aspectos, en las ciencias sociales sucede algo intermedio: cuando emerge una nueva idea sobre el origen de la Revolución francesa, o sobre el fin del Siglo de oro español, algunas explicaciones son desestimadas, pero la mayoría de las veces la nueva proposición se articula, deformándolo, con el edificio que las integra a todas. En este espacio intermedio, el espacio no popperiano de las ciencias históricas[1], el trabajo de Vinciane Despret hace que migren, sin bombos y platillos, las ciencias del comportamiento animal: no se renuncia a evaluar las hipótesis, a apartar las menos creíbles y las menos interesantes, pero las demás se articulan, a veces se jerarquizan, sin que la última anule las precedentes.

A través de este gesto, Vinciane Despret no crea nuevos saberes sobre los pájaros sino que transforma el estatus epistemológico de los saberes sobre los pájaros: alojados otrora en el imperio despiadado de las explicaciones, regido por la lógica competitiva y sustractiva propia de las ciencias naturales *mainstream*, ella los ha repatriado y recogido en el mercado abigarrado y cosmopolita de la interpretación, que es cooperativo e integrativo.

Sustituyó los abordajes explicativos por un abordaje hermenéutico. Esto es parte de la rareza de este pequeño libro que intenta elucidar sin querer explicar, que recluta todas las tentativas de explicaciones ornitológicas para desactivarlas en cuanto que "explicaciones científicas", es decir definitivas y excluyentes, para desviarlas como se desvía un avión, para convertirlas en *interpretaciones* que se acumulan y se componen en lugar de anularse. Las explicaciones se matan entre ellas por exclusión competitiva, mientras que las interpretaciones se articulan, juegan juntas (como juegan juntos los lobeznos). Aquí, elucidar un comportamiento animal no es encontrar la verdadera ley

[1] Este espacio de investigación se describe en *Le Raisonnement sociologique* de J.-C. Passeron, Albin Michel, 1991.

de la naturaleza, la causa primera, la ecuación definitiva, es poner en escena el debate interminable sobre sus significaciones posibles. La historia de las ciencias tradicional es a menudo un cementerio de ideas muertas. En este libro el cementerio florece.

Siguiendo este camino, a través de la controversia humana interminable sobre los sentidos de sus comportamientos, los seres vivos manifiestan que no pertenecen a la materia bruta y miserable, que son mucho más que eso, una *supermateria* cuyas potencias se nos escapan, sin ser por eso sobrenaturales.

El libro, entonces, no deriva hacia nosotros: no concluye lecciones sobre los humanos extraídas de la observación de las controversias científicas. Los pájaros no sirven de espejo para el humano, el propósito no está clavado sobre el planeta *Homo* por la fuerza gravitacional del antroponarcisismo (como cada vez que los humanos hablan de los animales para solo hablar de sí mismos). Al contrario, aquí se enriquece a los pájaros con toda la deliberación humana: se invierte la relación medio/fin. Ya no se trata de recuperar la delicadeza del ruiseñor y la astucia del cuervo como blasones para enriquecer la simbología humana, sino de secuestrar la investigación, las ciencias, los pensamientos de los humanos, para enriquecer la vida no humana.

Esto abre dimensiones más profundas en la experiencia del canto de un pájaro, en las tres notas del mosquitero común. Ya no es necesario que los animales sean capaces de manipular herramientas, de contar, o de ser "más inteligentes de lo que uno cree" (la estrategia clásica para intentar revalorizarlos) para que sean inagotables. El comportamiento más estereotipado, el canto más tosco, ya es siempre más complicado de interpretar de lo que somos capaces. Tiene la infinidad de la exégesis talmúdica. Lo vivo está sobrepoblado de inteligencia acéfala.

Qué magnífico truco de magia. Si los humanos agotan su inteligencia para comprender las tres notas del canto de un mosquitero, es que esas tres notas, por un absurdo silogismo, son más inteligentes que ellos (en un sentido *distinto* de inteligencia, el de los misterios paganos, simples e insondables).

BAPTISTE MORIZOT



Agradecimientos

Que también sean retribuidos:

Alexandra Elbakyan, cuyo incansable trabajo de compartir y de brindar libre acceso a innumerables artículos científicos hizo posible esta investigación.

Stéphane Durand, que me dio la idea de este libro, lo alentó, acompañó, comentó y releyó con una generosidad notable.

Baptiste Morizot, que le obsequió su título, su ímpetu y muchas otras cosas inestimables.

Marcos Matteos Diaz por las respiraciones melódicas.

Thibault De Meyer, por todo lo que comparte conmigo, por su notas que saben tan bien cómo captar y hacer sentir importancias, por sus correos electrónicos y relecturas tan generosas.

Maud Hagelstein, no solamente por haber releído el manuscrito con una atención minuciosa, sino sobre todo por su entusiasmo y apoyo, preciosos en el momento peligroso en el que uno se pregunta si hizo bien en escribirlo.

Isabelle Stengers, desde el principio hasta las últimas líneas.

Las personas que aceptaron discutir mis investigaciones y ponerlas, a menudo, bajo una luz inesperada: Serge Gutwirth y su equipo de investigadores sobre los *commonings*; mis colegas del centro de investigación "Materialidades de la política" de la universidad de Lieja, y más particularmente Florence Caeymaex, Édouard Delruelle, Jérôme Flas, Antoine Janvier y Ferhat Taylan; Sophie Houdart, Marc Boissenade, Élisabeth Claverie, Patricia Falguières, Élisabeth Lebovici del colectivo Call It Anything; Tomas Saraceno, Ally Bisshop y Filipa Ramos.

Pauline Bastin y sus encantos, Laurent Jacob, que me recuerda la cuestión de la desaparición, por su acogida y su presencia.

Laurence Bouquiaux y Julien Pieron, por su interés y su amistad.

Roger Delcommune, Christophe y Céline Caron, Samuel Lemaire y Cindy Colette, y Lola Delœuvre, por haber hecho mi vida y la de Alba más cómoda, de una u otra manera, mientras yo trabajaba.

Mi familia, Jean Marie Lemaire, Jules-Vincent, Sarah y Elioth Buono-Lemaire, Samuel y Cindy también, que me apoyan y al mismo tiempo me recuerdan que la vida no está hecha solamente de escritura.

Y Alba, por su infinita paciencia.